

LA NACION

REVISTA SEMANAL

BUENOS AIRES 15 DE JUNIO DE 1930

NÚMERO 50

AÑO I

PENAGOS
XXX





GRIPPE

La rápida acción del GENIOL contra la Gripe se completa, añadiendo unas gotas de "Limón" al agua con que se toma.



El GENIOL corta la fiebre, disuelve los venenos gripales, entona el organismo y produce un pronto y saludable restablecimiento.

EL LIBRITO
DE 4 DOSIS

30 cts.



UN CASAMIENTO DE CONVENIENCIA

POR

W. SOMERSET MAUGHAN

ILUSTRACIONES DE ALEJANDRO SIRIO



BANDONE Bangkok en un miserable barco de cuatrocientas a quinientas toneladas. Dos mesas estrechas con sillas giratorias a ambos lados estaban situadas a lo largo del sombrío salón que también hacía las veces de comedor. Los camarotes, ubicados en las mismas entrañas de la embarcación, eran de una suciedad extrema. Las cucarachas correteaban por el suelo, y por más tranquilo que fuera nuestro temperamento, resultaba difícil no experimentar un sobresalto cuando al dirigirnos a lavarnos las manos en la palan-gana veíamos salir un enorme ejemplar de estos insectos.

Navegábamos corriente abajo por el ancho río pacífico y alegre, cuyas márgenes verdes aparecían salpicadas

por las chozas que se agrupaban al borde del agua. Cruzamos la desembocadura, y ante mis ojos apareció la inmensidad del mar, azul y tranquilo, cuyo espectáculo y fragancia me impresionaron profundamente.

Me había embarcado muy temprano esa mañana, y al punto advertí que me hallaba entre la más extraña colección de personas que era posible concebir. Había allí dos comerciantes franceses, un coronel belga, un tenor italiano, el propietario de un circo americano con su esposa y un oficial francés retirado con la suya. El propietario del circo era lo que podemos llamar un "comodin", un tipo al que, de acuerdo con nuestro humor, huimos o damos la bienvenida. Sucedió que yo me encontraba a la sazón satisfecho de la vida, y antes de una hora de estar a bordo habíamos ya jugado algunas copas, me había enseñado sus animales y referido la historia de nuestros compañeros de viaje. Era un hombre extremadamente bajo y rechoncho; su camisa blanca, aunque no muy limpia, perfilaba las nobles proporciones de su abdomen, y su cuello le ajustaba en tal forma que estábamos sorprendidos de que no se sintiera sofocado. Poseía un rostro rubicundo y barbilampíno, unos ojos alegres color azul y un cabello corto y enmarañado color castaño claro. Llevaba un sombrero gastado colocado en la cúspide misma de su cabeza. Llamábase Wilkins y era oriundo de Portland, Oregón. Como, según parece, los orientales tienen una marcada afición por el circo, nuestro hombre se había pasado veinte años viajando de aquí para allá en el Este, desde Puerto Saíd a Yokohama, con sus fieras y sus artistas. Aden, Bombay, Madrás, Calcuta, Rangoon, Singapur, Penang, Bangkok, Saigon, Hué, Hanoi, Hong-Kong y Shangai eran nombres que la lengua repetía con fruición y evocaban esplendores, extraños sonidos y actividad multicolor. Su vida era una vida extravagante y extraordinaria, una vida que se nos ocurre presentaría innume-

merables ocasiones para toda índole de aventuras curiosas; pero lo más extraordinario en este hombre era que se trataba de una pequeña personalidad harto vulgar, que nos hubiera parecido sumamente natural hallar a la cabeza de un garage o administrando un hotel de tercer orden en cualquier ciudad poco importante de California. El hecho es, y lo he notado tantas veces que no comprendo el motivo por qué siempre me sorprende, que lo extraordinario en la vida de un hombre no lo torna extraordinario; al contrario, si un hombre es realmente extraordinario sabrá hacer cosas tales, ya sea llevando la vida de un hombre vulgar o la de un vicario en la campaña. Me gustaría tener motivo para intercalar aquí la historia del ermitaño que visité en una isla del estrecho de Torres, un marinero náufrago que residía allí desde hace treinta años; pero cuando se escribe un libro permanecemos prisioneros entre las cuatro paredes del tema y aun cuando fuera para solaz de mi espíritu, desisto por ahora ante la perspectiva de verme obligado a suprimirla al final, ateniéndome a lo que es o deja de ser conveniente para su aparición entre dos tapas. Como quiera que sea, lo cierto es que, pese a la extensa e íntima comunión entre la naturaleza y sus pensamientos, este hombre era tan torpe, tan insensible y tan vulgar al final de todas sus experiencias, como lo había sido en sus comienzos.

El cantor italiano pasó a nuestro lado y Wilkins me informó que se trataba de un napolitano que se dirigía a Hong-Kong a reunirse con su compañía, de la cual vióse obligado a separarse en Bangkok debido a un ataque de malaria. Era un hombre enorme y excesivamente gordo, que al desplomarse en una silla la hizo crujir. Al quitarse el sombrero dejó suelta una enorme cabellera on-deada y grasienta, en la que hundió sus dedos cortos y gruesos.

—No es muy sociable — dijo Wilkins —. Aceptó el cigarro que le ofrecí, pero no quiso beber nada. No me extrañaría que existiera algo anormal en él. ¿Qué feo aspecto tiene, verdad?

Una mujercita gorda vestida de blanco apareció luego sobre cubierta llevando de la mano a un mono Wa-Wa, que caminaba a su lado con aire solemne.

—Esta es la señora de Wilkins con su hijo menor — dijo el propietario del circo —. Acerque una silla, señora, y conozca a este caballero que no sé quién es, pero que ya lleva pagados dos vasos para mí y que si no encuentra algo mejor que hacer, pagará también otro para usted.

La señora de Wilkins tomó asiento con una mirada seria y distraída, fijos sus ojos en el mar azul, y sugirió que también podía tomar una limonada.

—Hace tanto calor! — murmuró abanicándose con el sombrero que se había quitado.

—La señora de Wilkins sufre mucho del calor — dijo su esposo —. Hace veinte años que lo viene soportando.

—Veintidós y medio — rectificó la dama sin dejar de contemplar el mar.

—Y todavía no se ha acostumbrado.

—No; tú bien lo sabes — respondió ésta.

Poseía más o menos la misma talla de su esposo y era gorda como él; tenía su mismo rostro redondo y rubicundo, y su mismo cabello enmarañado de color castaño. Pensé si se habrían casado por el hecho de ser tan exactamente iguales o si sería el curso de los años lo que les había hecho adquirir ese parecido tan sorprendente. Ella no volvió su cabeza y continuó en su contemplación del mar.

—¿Le has mostrado los animales? — preguntó.

—Puedes apostar tu vida a que lo he hecho.

—Y qué ha pensado de Percy?

—Que es muy hermoso. No pude menos que sentirme alejado de la conversación de la que, en parte, era el tema, y pregunté:

—¿Quién es Percy?

—Percy es nuestro hijo mayor. Elmer, mira: un pez volador. Es el orangután más grande que se halla en cautividad y no le daría por miles de dólares.

—¿Y qué parentesco tiene el elefante? — pregunté.

—Ninguno. Es tan sólo un amigo.

El mozo trajo una limonada para la señora, un whisky con soda para el esposo y para mí un poco de gin-hen. Pagamos a los chicos y tuve que firmar la factura.

—Le va a resultar muy caro.



pierde siempre — murmuró la señora mirando al horizonte.

—Querida, me parece que a Egberto le gustaría un trago de tu limonada — dijo Wilkins.

La dama movió un tanto la cabeza y observó al mono sentado sobre sus rodillas.

—¿Te gustaría un trago de la limonada de tu madre, Egberto?

El mono lanzó un grito y ella, rodeándolo con su brazo, le alcanzó una pajita. El animal chupó el líquido y cuando hubo tomado lo suficiente se recostó hacia atrás sobre el ancho regazo de la mujer.

—La señora de Wilkins tiene chuchera con Egberto — dijo el esposo —. Y no es de extrañar, puesto que es su hijo más pequeño.

La dama tomó una pajita y bebió toda su limonada.

—Egberto se siente perfectamente — observó — no hay nada anormal en él.



En ese instante el oficial francés, que hasta entonces había permanecido sentado, se puso de pie y comenzó a pasearse de un lado a otro. Sus compañeros de a bordo eran el ministro francés en Bangkok, uno o dos secretarios y un príncipe de sangre real. Al partir, había habido allí un gran despliegue de saludos, apretones de manos, y al paso que la embarcación se alejaba del puerto, un cúmulo de sombreros y pañuelos que se agitaban. Evidentemente se trataba de una persona de importancia y oí que el capitán al dirigirse a él le llamaba señor gobernador.

—Ese es el causante de todo el alboroto que hay en el barco — dijo Wilkins —. Fué gobernador de una de las colonias francesas y actualmente efectúa un viaje alrededor del mundo. En Bangkok vino a mi circo. Estoy por preguntarle qué es lo que le gustaría tomar. ¿Cómo lo llamaré, querida?

La señora de Wilkins volvió lentamente la cabeza y miró al francés que continuaba su paseo ostentando la roseta de Honor en el ojal de su traje.

—No le llames nada — contestó ella —. Muéstrale un aro y verás cómo salta a través.

No pude menos de reír. El señor gobernador era un hombre pequeñito, muy por debajo de la altura normal, de cuerpo menudo y con un rostro feísimo de rasgos gruesos semejantes a los de un negro; contaba, además, con una abundante cabellera gris, con recias cejas grises y con un frondoso bigote también gris. Parecía un perro de aguas y, como dicho animal, tenía los ojos suaves, inteligentes y brillantes. La primera vez que pasó a nuestro lado, Wilkins le llamó:

—“Monsoo. Qu'est-ce que vous prenez? Une petite verre de porto?”

Me es imposible reproducir lo extraordinario de su acento. Dirigiéndose a mí, dijo después:

—Estos extranjeros, por lo general, toman siempre oportito, de modo que por ese lado podemos estar tranquilos.

—Pero no los holandeses — dijo la señora de Wilkins dirigiendo su mirada inexpresiva al mar —. Esos sólo saben tomar “schnapps”.

El caballero francés se detuvo y observó a Wilkins con cierto desconcierto, mientras éste, dándose un golpe en el pecho, exclamó:

—Moa, proprietarre cirque. Vous avez visité?”

En ese instante, por una razón que no llegué a comprender, Wilkins hizo un arco con sus brazos y con un ademán representó a un perro saltando a través. Luego, señalando al mono que su esposa tenía todavía en las faldas, dijo:

—“La petit fils de mon femme”.

La mente del gobernador se iluminó entonces y prorrumpió en una risa peculiar y contagiosa. Wilkins, riéndose también, exclamó:

—“Oui, oui. Moa circus proprietar. Une petite verre de porto? Oui, oui. N'est-ce pas?”

—Wilkins había francés como un francés — declaró su esposa, dirigiéndose al mar.

—“Mais très volontiers” — contestó el gobernador sonriendo todavía. Le acerqué una silla y tomó asiento. Al mismo tiempo que hacía una reverencia a la señora de Wilkins.

—Dile a ese cara de perro que su nombre es Egberto — dijo ésta observando la línea del horizonte.

Llamé al mozo y pedimos de beber.

—Firma tú la factura, Elmer — dijo la mujer —. ¿Para qué tentar la suerte con este señor “quien sabe cómo se llama” que no es capaz de sacar nada mejor que un tres.

—“Vous comprenez le français, madame?” — preguntó atento el gobernador.

—Quiere saber si sabes hablar francés, querida.

—¿Y dónde cree que me he criado, en Nápoles?

El gobernador, con una exuberancia de gesticulaciones, se desató entonces en un torrente de oratoria, hablando en inglés tan fantástico que tuve necesidad de recurrir a todo mi conocimiento del francés para comprender lo que decía.

Antes que nada, Wilkins llevó a nuestro hombre a visitar sus animales y más tarde nos reunimos en aquel asfixiante salón para almorzar. La esposa del gobernador, que apareció a

separarnos, dirigiéndonos cada uno a nuestros respectivos camarotes para pasar durmiendo el calor de la tarde. En una embarcación tan estrecha y una vez hecho el conocimiento de mis compañeros de viaje, resultaba imposible, aunque lo deseara, no pasar con ellos todos los momentos del día que no estaba en mi cabina. La única persona que se mantenía alejada era el tenor italiano. No hablaba con nadie y solía sentarse solo y aparte, haciendo vibrar una guitarra en un tono tan bajo que era menester aguzar el oído para poder oír las notas. Navegábamos a la vista de la costa y el mar parecía un cubo de leche. Hablando de diferentes temas contemplábamos el atardecer, luego comíamos y volvíamos a sentarnos sobre cubierta debajo de las estrellas. Los dos comerciantes jugaban al “piquet” en el salón caldeado y el coronel belga se unió a nuestro grupo; mostrábase cohibido y apenas si abrió la boca para pronunciar una palabra de cortesía.

Al rato, tal vez influido por la noche y animado por la obscuridad que le producía la sensación de hallarse solo con el mar, el tenor italiano, acom-

pañándose con su guitarra, comenzó a cantar; primero en voz muy baja y luego cada vez más fuerte hasta que dominado por su música lo hizo con todas las fuerzas de sus pulmones. Poseía esa verdadera voz italiana, mezcla de “macaroni”, aceite de oliva y luz de sol; sus canciones eran las mismas canciones napolitanas que había escuchado en mi juventud en la Piazza San Ferdinando y también fragmentos de “La Bohème”, “Traviata” y “Rigoletto”. Cantaba emocionado y con un falso énfasis; al oír su trémolo recordé a todos los tenores italianos de tercer orden que conocía, pero allí, con la hermosura de aquella noche, sus exageraciones sólo provocaron una sonrisa y no podíamos menos que sentir en nuestro corazón un gozo suave y sensual. Siguió cantando durante una hora más o menos, mientras nosotros permanecíamos en silencio; dejó luego de cantar, pero no se movió y podíamos advertir la silueta de su voluminosa figura perfilarse contra el cielo iluminado.

Noté que el gobernador francés había sostenido entre sus manos la de su esposa; el cuadro me pareció absurdo, aunque emocionante.

—¿Sabe usted que hoy es el aniversario de la fecha en que conocí a mi esposa? — dijo rompiendo bruscamente el silencio que, por cierto, debía pensarle, puesto que jamás había conocido una persona tan locuaz —. Es también el aniversario del día en que prometí ser mi esposa y lo que más sorprenderá a usted será saber que todo sucedió en un mismo día.

—“Voyons, mon ami” — dijo la dama —. Me imagino que no vas a aburrir a nuestro amigo con esa antigua historia. Realmente eres insoportable.

Pero hablaba con una sonrisa en su rostro y por su tono se adivinaba su deseo de volver a oír dicha historia.

—Eso le interesará, “mon petit chou”.

Así la llamaba siempre, y no dejaba de resultar cómico oír a este hombrecito dirigirse de esta suerte a su majestuosa cara mitad.

—¿Verdad que sí, señor? Es una novela, ¿y quién no se interesaría por lo novelesco en una noche semejante?

Aseguré al gobernador que todos nos encontrábamos ansiosos de escucharle, oportunidad aprovechada por el coronel belga para mostrarse amable.

—Han de saber ustedes que nuestro casamiento ha sido puro y sencillamente un casamiento de conveniencia.

—“C'ets vrai” — dijo la dama —. Estúpido sería negarlo. Sin embargo, a veces sucede que el amor llega después del casamiento y no antes; esto resulta mejor porque dura más.

No dejé de advertir que al decir esto, el gobernador acariciaba dulcemente la mano de su esposa.

—Pues bien; yo pertenecía a la armada y al retirarme contaba cuarenta y nueve años. Era fuerte y activo, y me sentía animado y deseoso de hallar una ocupación. Busqué por todos lados; moví todos los resortes que me fué posible. Afortunadamente, tenía un primo bastante influyente en política. A la verdad que una de las ventajas del gobierno democrático es que cuando se cuenta con suficiente influencia o mérito, que por otra parte pasaría inadvertido, se recibe, por lo general, una recompensa merecida.

—Tú eres la modestia personificada, “mon pauvre ami” — exclamó la señora gobernadora con ironía.

—Hace poco fui llamado por el Ministerio de las Colonias para ofrecérseme el puesto de gobernador en una de las colonias. El lugar adonde se me destinaba era distante y solitario, pero para mí, que había pasado la mayor parte de mi vida de puerto en puerto, eso no fué motivo que me molestara y

acepté complacido. El ministro me manifestó que debía estar listo para partir en el plazo de un mes y le respondí que para un solterón que sólo tiene en el mundo unas cuantas piezas de ropa y unos pocos libros, eso resultaba muy fácil.

—¿Cómo! ¿Es usted soltero?

—Efectivamente y tengo la seguridad de que seguiré siéndolo.

—En ese caso, mucho me temo tener que retirar mi ofrecimiento, porque para desempeñar este puesto es indispensable estar casado.

La historia resultaría larga para contar, pero el caso es que, a raíz del escándalo causado por mi predecesor, un soltero, que vivía en la Residencia con varias muchachas nativas, y con motivo de la consiguiente queja formulada por los blancos y por las esposas de los funcionarios, se decidió que el próximo gobernador debería ser un modelo de respetabilidad. Yo protesté, probé con argumentos, enumeré los servicios que había prestado al país y los que mi pariente prestaría en las próximas elecciones; todo fué inútil, el ministro permaneció inflexible.

Pero entonces ¿qué puedo hacer? — exclamé desolado.

—Cátese — replicó el ministro.

—“Mais voyons, monsieur le ministre”. No conozco ninguna mujer. No soy hombre a gusto de las mujeres y, además, tengo cuarenta y nueve años. ¿Cómo puede crearme capaz de hallar una esposa?

—Nada más sencillo. Inserte un aviso en un periódico.

Me sentí desconcertado y no supe qué decir.

—Bueno; reflexione usted bien — dijo el ministro — si dentro de un mes es capaz de hallar una esposa, irá usted; de lo contrario no hay nada de lo dicho y esta es mi última palabra. Se sonrió un tanto; para él la situación no dejaba de tener su parte divertida.



esa hora, fué colocada a la derecha del capitán. El gobernador le explicó quiénes éramos y nos dirigió un saludo muy atento. Era una mujer esbelta, alta, de robusta constitución y que contaba más o menos cincuenta años. Vestía un traje negro un tanto severo y sobre su cabeza llevaba un enorme sombrero de forma redonda. Sus rasgos eran tan pronunciados y tan regulares, y su figura tan estatuaría, que no podíamos por menos de evocar a esas estatuas femeninas que forman parte de las procesiones. Podía haber desempeñado admirablemente el papel de Colombia o de Britania en una demostración patriótica. Se elevaba sobre su diminuto esposo lo mismo que un rascacielo sobre una edificación pequeña. Su esposo hablaba sin cesar, con vivacidad e inteligencia, y cuando contaba algo divertido la tosca fisonomía de su compañera se ablandaba en una amplia y tierna sonrisa.

—“Que tu es bête, mon ami” — dijo ella; y dirigiéndose al capitán — No le haga caso, porque siempre es así. Nuestro almuerzo fué a la verdad muy entretenido y al terminarse nos

—Y si se decide por el aviso, le recomiendo el "Figaro".

Sali del Ministerio con el corazón desolado. Conocía el lugar adonde se me destinaba y estaba seguro de que me convendría; el clima era tolerable y la residencia espaciosa y confortable. La idea de ser gobernador estaba lejos de disgustarme; contaba tan sólo con mi pensión de marino, de modo que el sueldo no era digno de despreciarse. Inmediatamente tomé una resolución. Me encaminé hacia las oficinas del "Figaro", compuse un aviso y lo entregué para su publicación. Excuso decirles que cuando atravesaba más tarde la avenida de los Campos Eliseos, mi corazón latía más violentamente que en los momentos difíciles de mi carrera, cuando mi barco corría peligro.

El gobernador se inclinó hacia adelante y colocó su mano sobre una de mis rodillas.

—"Mon cher monsieur", no creará usted, pero obtuve cuatro mil trescientas setenta y dos respuestas. Fué una avalancha. Yo sólo había esperado media docena y tuve que tomar un vehículo para llevarme las cartas al hotel. Mi habitación se vió inundada con ellas. Existían cuatro mil trescientas setenta y dos mujeres que ansiaban participar de mi soledad y convertirse en señoras gobernadoras. ¡Era conmovedor! Las había de todas edades, desde los diez y siete hasta los setenta años. Las unas eran jóvenes de ascendencia irreprochable y de alta cultura; las otras, damas solteras que cometieron un pequeño desliz en su época y deseaban ahora regularizar su situación; también había viudas cuyos hijos se convertirían en una distracción para mi vejez. Las había rubias y morenas, altas y bajas, gordas y flacas. Algunas hablaban cinco idiomas y otras tocaban perfectamente el piano. Las unas me ofrecían amor y las otras lo imploraban. Unas sólo me ofrecían amistad sólida con un tanto de estimación. Había quienes tenían fortuna y quienes contaban con doradas perspectivas. Me sentí sofocado y desconcertado. Por fin, perdí toda dosis de paciencia, pues soy hombre de carácter, me puse de pie y pisoteando todas aquellas cartas y fotografías exclamé: "¡No me casaré con ninguna!" La situación no podía ser más desesperante. Ahora contaba con menos de un mes y no me era posible examinar en ese tiempo más de cuatro mil aspirantes. Estaba convencido de que si no las examinaba a todas, el resto de mi vida me quedaría la duda de haber perdido a la única mujer que el destino me reservaba para hacerme feliz y como si fuera algo malo, desistí completamente.

Abandoné mi habitación obsesionado con todas aquellas fotografías y cartas, y con el objeto de distraerme me encaminé hacia el bulevar, donde tomé asiento en el Café de la Paz. Al rato de estar allí, un amigo que pasaba me saludó sonriendo. Traté, a mi vez, de sonreír, pero sentía mi corazón repleto de angustia. Estaba convencido de que mi perspectiva para los años que me restaban de vida era una pensión barata en Tolón o Brest como "oficiero de marino en retraite". Mi amigo se detuvo y acercándose a mí, tomó asiento.

—¿Qué te pasa, "mon cher", que pareces tan fastidiado? ¡Tú, el más alegre de los mortales!

Me alegré al en-

contrar una persona a quien confiar mis dificultades y le relaté toda la historia. Mi amigo rió de buena gana. Pensé entonces que el incidente podría tener quizá su lado cómico, pero les aseguro que para mí no tenía nada de risible. No sin rudeza hice la observación a mi amigo, y éste, disimulando todo lo posible su risa, me dijo:

—Pero, amigo mío, ¿deseas francamente casarte?

Aquí perdí todos los estribos.

—Eres un perfecto idiota—le dije—. ¿Crees que si no quisiera casarme, y aun más, casarme inmediatamente dentro de quince días, me iba a pasar tres días leyendo cartas amorosas de mujeres que no conozco ni de vista?

—Cálmate y escucha—replicó—. Tengo una prima que vive en Ginebra. Es suiza y pertenece a una familia sumamente respetable del país. Su moral es intachable; es de una edad adecuada y soltera por haberse dedicado estos últimos quince años al cuidado de su madre enferma que hace poco ha muerto. Posee una buena instrucción y, sobre todo, no es fea.

—Parece un verdadero modelo—dije yo.

—No digo eso, pero ha sido muy bien educada y aceptará la posición que tú tienes para ofrecerle.

—Pero olvidas una cosa. ¿Qué motivo la llevará a abandonar sus relaciones, la vida a que está acostumbrada y acompañar a un hombre desterrado, de cuarenta y nueve años, que no tiene nada de hermoso?

El gobernador interrumpió su relato y encogiéndose de hombros en tal forma que parecía que iba a desaparecer entre ellos, nos miró de frente.

—Soy feo, lo admito. Soy de una fealdad que no inspira terror o respeto, pero que es ridícula, y esa es la peor fealdad. Cuando las personas me conocen por primera vez no se estremecen con horror—por lo menos esto podía halagarme—, sino que se echan a reír. ¡Atiéndanme! Esta mañana, cuando el admirable Wilkins me enseñó los animales, Percy el orangután me tendió los brazos y a no mediar los barrotes de la jaula me hubiera apretado en su regazo como a un hermano que hacía mucho que no veía. Efectivamente, una vez que me hallaba en el Jardín de Plantas de París y se me dijo que uno de los gorilas se había escapado, atiné a buscar inmediatamente la salida ante el temor de que confundido con el prófugo me tomaran prisionero y, pese a mis explicaciones, me encerrarán sin más trámites en la jaula.

—"Voyons, mon ami"—dijo su esposa con voz suave y profunda— es-

tás diciendo más tonterías que nunca. No digo que seas un Apolo; en tu posición no es necesario que lo seas, pero tienes dignidad, tienes tino y todo aquello que es menester para que seas distinguido en el concepto de una mujer.

—Resumiré mi relato. Al hacer esta observación a mi amigo, él replicó: —Nunca se entiende a las mujeres.

Hay algo en el casamiento que las atrae y no habrá inconveniente en preguntárselo. Después de todo, es un honor para la mujer ser solicitada en matrimonio; lo único que podrá hacer será negarse.

—Pero yo no conozco a tu prima y no sé cómo podré conocerla. No puedo ir a su casa, pedirle una entrevista y luego, al penetrar en la sala,

decirle: "Voilà, he venido a pedirle que se case conmigo". Me creará un loco y pedirá auxilio. Además, soy un hombre extremadamente tímido y jamás podría tomar esa determinación.

—Yo te diré lo que debes hacer—dijo mi amigo—. Vete a Ginebra y llévale de mi parte una caja de chocolates. Ella quedará encantada de tener noticias mías y te acogerá con placer. Charlaréis un poco juntos y si no te gusta su aspecto, te despedirás y asunto concluido. Si, por otra parte, te gusta, procederás a dirigirle un pedido formal.

Me hallaba desesperado y me convencí de que era la única solución. Nos dirigimos en seguida a una confitería y adquirimos una enorme caja de chocolate; esa misma noche estaba en viaje hacia Ginebra. No bien hube llegado, le envié una carta manifestándole que era portador de un obsequio de parte de su primo y que deseaba tener el placer de entregárselo personalmente. A la hora, más o menos, recibí la contestación en la que me decía que me esperaba a las cuatro de esa misma tarde. Pasé todo ese tiempo delante del espejo y até y desaté mi corbata cerca de diez y siete veces. Cuando el reloj daba las cuatro me presenté en la puerta de su casa e inmediatamente fui introducido en el comedor. Allí me esperaba. Su primo me había manifestado que no era fea. Imaginen mi sorpresa al ver a una joven, vale decir a una mujer aun joven, de noble aspecto, con la dignidad de Juno, los rasgos de Venus y la expresión inteligente de Minerva.

—Eres absurdo—dijo la dama—. Ahora estos señores podrán darse cuenta de que no hay que creer ni la mitad de lo que dices.

—Les juro que no exagero. Fué tan grande mi sorpresa que casi arrojé al suelo la caja de chocolates. Pero me dije: "La garde meurt mais se ne rend pas". Hicé entrega de la caja de bombones. Di noticias de su primo. La encontré amable y charlamos durante un cuarto de hora, al cabo del cual me dije a mí mismo: "Vamos".

—Señorita, debo decirle que yo no he venido solamente para hacerle entrega de la caja de chocolates. He venido a solicitar el honor de casarme con usted.

La joven experimentó un sobresalto.

—Pero, señor, ¡usted está loco!

—Le pido que no me diga nada antes de conocer los hechos—dije in-

terumpiéndola, y antes de que pudiera pronunciar otra palabra le relaté la historia íntegra. Le conté lo del aviso del "Figaro" y ella se echó a reír hasta que las lágrimas corrieron por su rostro.

—¿Habla usted en serio?

—Jamás he sido tan serio.

—No niego que su ofrecimiento me ha causado sorpresa. No tenía la menor idea de casarme. He pasado ya la edad, pero evidentemente su ofrecimiento no es de los que una mujer rechazaría sin consideración. Me siento halagada. ¿Me dará usted unos días para reflexionar?

—Señorita, siento mucho—repliqué—. Pero no tengo tiempo. Si usted no se casa conmigo, debo regresar a París a reanudar la lectura de las quinientas cartas que todavía aguardan mi examen.

—Pero es que es imposible absolutamente darle una respuesta en seguida. Debo consultar con mis amigos y con mi familia.

—¿Qué tienen ellos que ver en la cuestión? Usted tiene bastante edad. El asunto es urgente y no puedo esperar. Yo ya le he dicho todo y usted es una mujer inteligente. ¿Qué podría añadir una prolongada reflexión al impulso del momento?

—No pretenderá usted que le conteste "sí" o "no" en este mismo minuto.

—Eso es exactamente lo que deseo. Mi tren sale para París dentro de un par de horas.

Ella me miró preocupada.

—Evidentemente, es usted un loco. Debería estar encerrado, en bien de su seguridad personal y la del público.

—Bueno; ¿cuál será entonces? ¿Sí o no?

Ella se encogió de hombros.

—"Mon Dieu!"—Y al cabo de un minuto, en que me tuvo sobre ascuas:—¡SÍ!

El gobernador señaló con su mano:

—Héla aquí. Nos casamos a los quince días y yo me convertí en gobernador de la colonia. Me casé con una joya, señores míos, con una mujer de carácter encantador, única entre mil, una mujer de inteligencia masculina y sensibilidad femenina, una mujer admirable.

—Pero cállate, "mon ami",—dijo la esposa—, me estás haciendo tan ridícula como tú.

Y dirigiéndose al coronel belga dijo el hombre:

—¿Es usted soltero, amigo mío? Si es así, le recomiendo especialmente que vaya a Ginebra. Es un nido de mujeres admirables y jóvenes. Allí hallará usted una esposa como ninguna en el mundo. Además, Ginebra es una ciudad encantadora. No pierda usted el tiempo, yo le daré una carta para las sobrinas de mi esposa.

La señora gobernadora resumió la historia:

—El hecho es que en un casamiento de conveniencia se espera menos y, por consiguiente, se tiene menos desilusiones. Al no exigirse mutuamente ningún derecho falta de sentido, no hay motivo para exasperarse. No buscamos la perfección y por eso somos tolerantes con las faltas de cada uno. La pasión está bien, pero no es una base apropiada para el matrimonio. "Voyez vous", para que dos personas sean felices en el matrimonio deben respetarse mutuamente, tener la misma condición y los mismos intereses; además, si son gente decente y saben dar y recibir, vivir y dejar vivir, no hay razón para que su unión no sea tan feliz como la nuestra. —Guardó unos instantes de silencio y luego añadió: — Pero, por supuesto: mi marido es un hombre extraordinario.





Carátula del primer tomo de "Cousas"

El caracteriza la dirección del intelecto gallego contemporáneo por una prescendencia voluntaria y tenaz de las normas espirituales entendidas comúnmente como españolas. La agitación intelectual y europeizante de la postguerra encuentra en Galicia a una juventud — ya aleccionada por una espléndida generación anterior a la que pudiera llamarse cronológicamente "novecentista", aun cuando sus postulados poco tengan que ver con lo que se entiende por "novecentismo" — ansiosa de liberaciones que anhela recibir, por caminos directos, la mención de las rutas nuevas y aplicarlas a la trayectoria de su temperamento, sin que an-

tes hayan sido condicionadas y mediatizadas, por el punto de vista "español", al través de los filtros del comentario, ensayo y glosa de los definidores consuetudinarios. Así, por ejemplo, Joyce entra primordialmente en las lenguas peninsulares, con la traducción de Otero Pedrayo para la revista "Nós", por la puerta hidalga del dúctil romance galaico remozado; igual que, hace años, entrara en el castellano Tagore traído por otro gallego ilustre, Vicente Risco, que lo denunció, con traducciones originales, en el Ateneo de Madrid y que lo estudió con sagacísima nota en la revista "La Centuria"; ventana abierta en el muro pétreo y antañón de la vieja ciudad de Orense, hacia los ventarrones de la nueva cultura del mundo portadores del polen que fecundó tantas virginidades espirituales.

Hondas huellas de esta impropria europea y universal, se encuentran hogaño en Eugenio Montes, escritor de órbita ambiciosa, múltiple en disciplinas, poeta, prosista y crítico de gran consistencia; en Jesús Bal, Johan Carballeira, Fernández Armesto, Rafael Diez, ensayistas y creadores de nítido perfil moderno; en Correa Calderón, que escala con igual seguridad todas las texturas y registros literarios; en los poemas de Manoel Antonio y de Amado Carballo, muertos ambos cuando apenas pudieron mostrarnos las primeras espléndidas espigas nunciales de una cosecha incalculable; en las pinturas de Juan Luis, Suárez Couto y Maruja Mallo; en las tallas de Bonome, en los dibujos de Prieto y Maside, en la música de Obdulio Prieto... por no citar sino algunos de los jóvenes entre la espesa promoción más cercana a nosotros.

Entiéndase bien que esta posición de pangalleguismo explícito no quiere significar un aislarse con hosquedad estéril dentro de lo comarcano y de lo regional, sino un ávido desplazarse hacia las enseñanzas de Europa, sin perder de vista a la tierra patria, sin quebrar el ético cordón umbilical por el que ha de volver el torrente de los nuevos alimentos espirituales hacia la entraña de la raza — apta para aquella forma de asimilación; ya que Galicia es, sin duda alguna, racial, geográfica e históricamente, dentro del complejo ibérico, la tierra europea, por definición. Además, la nueva Galicia no podría nun-

ca alcanzar su expresión plena dentro de lo comarcano y de lo regional, porque en la conciencia de sus jóvenes está incrustada la firme voluntad de no sentirla, estéticamente, ligada a un criterio de región o comarca tal como lo enuncia, sin ir más lejos, Ortega y Gasset en su "España invertebrada" (libro de premisas geniales que desemboca en una consecuencia del todo fantástica), sino con el acento y la convicción de un pueblo que se siente pueblo en sí, gajo, pedazo y parcela del planeta, que no estévil sumando y elemento de un cierto imperialismo intelectual, frente al que Galicia levantó, desde los "precursores" en el siglo pasado, una picuda e irreductible rebeldía que ha de salvarla, mediante el genio de sus hijos, del ludibrio injusto de tantos siglos negros.

Nos hemos dilatado en esas líneas prefaciales, porque es en la cúspide de este cono de luz nueva, donde nos situamos los de la generación presente para comprender a los maestros que nos han precedido y que han creado las doctrinas llamadas "nacionalistas", entre los que se cuenta el preclaro Castelao.

Este afán de revivir, de reintegrarse, de regresar a lo suyo que sacude con esperanzas mesiánicas, desde hace unos años, a aquel pueblo, ha traído como consecuencia inmediata,

ALFONSO CASTELAO

DIBUJANTE
Y ESCRITOR
HUMORISTA

POR
EDUARDO BLANCO AMOR

una urgencia crítica, un escorzor revisionista tal vez extremo — ya que el deber principalmente juvenil debiera consistir en una esencial labor creadora — pero grávidos de futuro y de enseñanzas. Verbigracia, ciertas palabras del idioma que antes significaban algo así como estados semi-sonambólicos de conciencia racial, fueron atacadas con todos los ácidos y los reactivos semánticos, hasta obligarlas a presentar su precipitación más honda y trascendente. Las palabras nacen del panel del espíritu pristinas y claras, para regresar, luego de vuelos seculares, cargadas con la miel de nuevas significaciones libadas en sus contactos múltiples, en su ir y venir de una a otra pluma, de finos a otros labios, en la flor del verso, en el fruto de la prosa. Así ciertos vocablos que eran entendidos a medias, raquíticamente utilizados o desviados, por el desuso, de su primaria inteligencia, viéronse de pronto guardados por todas las gualdrapas de la preferencia y enriquecidos por eminente resalte ideológico.

En pocas palabras se ha engastado tanto valor conceptual como en esta de "enxebre", hasta hace poco tiempo humilde y cativa, como una mujeruca aldeana, y aldeana ella misma, refugiada en los fieles predios campesinos que conservaron virgen el lenguaje a través de los siglos oscuros y de los hombres desertores. Pues bien, Alfonso Castelao que, como todo humorista auténtico es poco fácil de cercar en la empalazada de un ensayo periodístico, que ha de ser breve para no ser dos veces malo, cabe, no obstante, desde el punto de vista gallego en esta

sola palabra. Castelao sería entonces, en su doble aspecto de dibujante y escritor, un artista "enxebre".

Pero, ¿es acaso lo "enxebre" alguna famosa panacea filológica, algún espejo poliédrico del idioma capaz de refractar todos los matices de un temperamento creador o todo el sector psicológico de una raza? De cierto que no. Pero en lo de ser "enxebre" se contiene implícita una conducta, un modo de ser específicamente gallego. Lo "enxebre" es un influir de la costumbre sobre el hombre y un fluir del hombre hacia su "producirse"; es una estratificación de inmensos impulsos étnicos que enlaza la relativa "libertad" del hombre con la "fatalidad" de su raza; que inscribe la potencia del individuo en el complejo esencial de la tradición. Lo "enxebre" es, en cierto modo, una atmósfera espiritual. Es lo típico trascendido hacia una finalidad creadora, un metabolismo entre el hombre y su medio; es base y marcha, inmovilidad y gesto; es una continuidad que va desde lo precursor hasta lo persecutor compás de un ritmo infinito que rige la relación entre el hombre y su país. Lo "enxebre" es lo típico, lo castizo, pero es algo más. En arte, lo típico y lo castizo son callejones sin salida, porque en cuanto se alejan de su ser nuclear hacia procesos de estilización dejan de existir como tales. Lo típico, lo castizo, son movimientos circulares que cierran en sí. Lo "enxebre" es espiral que arranca de un punto hacia las grandes curvas aventureras que abre el alma creadora en su vuelo.

En lo de ser "enxebre" tal vez no se contenga una estética, pero sí se contiene una ética. No implica un modo de hacer referente a la forma, pero ordena una conducta en cuanto al ser espiritual de la obra. Y en un pueblo que trabaja en el desescombro de sí mismo y en la propia revelación de su alma cíclica, que busca sus posibilidades de reacción frente al espectáculo del mundo, entre las que se encuentra el arte, la ética de sus creadores, su fidelidad rectilínea, ha de ser norma suprema, sin vacilaciones ni concesiones secundarias con vistas a los devaneos de otros pueblos que por haber dado lo suyo, ya pueden permi-



LA HIJA

La vieja no cesa de alabar su felicidad: "¡Esta rapaza bajó del cielo para ser la alegría de mi vejez! Un ángel me mandó Nuestro Señor. Una florcilla maravillosa que nació de mi cuerpo de tierra. ¡Ay, qué sería de mí, sola en el mundo, sin el agarimo de nadie!" Y la vieja siguió derramando alabanzas: "Esta mi hija, por fuerza es una santa. Sus manos desvanecen los dolores y curan las heridas. Ella es la luz de mi noche y el calor para el frío de mi vejez. ¡Qué otra cosa sería de mí sino morir espereñada como una bestia, en un camino cualquiera!" La vieja siguió su letanía de bendiciones: "Mi cuerpo perdió sus remos; cuando causáronse mis brazos, de los de ella me valí. Cuando las heladas del tiempo embazaron las ventanas de mi rostro, aun seguí viendo por los limpios ojos de ella. ¡Qué sería de mí! Comenzó siendo mi hija y ahora es mi madre. Ya puedo morirne, que no faltará un padrenuestro floreciendo en este valle de lágrimas". La vieja continuó de lágrima melopea de su dicha.

Y un día le pregunté: "¿Y quién fué el padre de su chica?" Y la vieja respondió: "No sé cómo se llamaba. Pero... ¡bendito sea su nombre!"

tirse el lujo de las modas y de los malabarismos teóricos.

Castelao lo entiende y lo pregonaba así en sus palabras y en sus obras. Por ello se le juzga en su país como el artista más grande y más popular; y no hablamos de popular en un sentido populachero, sino como una devota imantación del respeto y de la admiración de los cultos y de los incultos. Y es que Alfonso Castelao, dueño de un estilo en lo plástico como en lo literario, comprensible, sutil y vigoroso, parte para sus creaciones de ese ángulo común donde inciden todas las bisectrices del pensar y del sentir gallegos en sus raíces más hondas. Produce con un coraje de artista nato, desentido de lo accesorio y de lo académico, buceando en los más recónditos entresijos del alma gallega, hundiendo la poderosa son-



UN AHOGADO

En las aguas había un ahogado y la aldea marinera estaba sumida en la angustia y en el silencio. Amalgara el viento y aquietárase el mar bajo el triunfo del sol renacido. Pero la aldea no despertaba, como si aun fuese de noche, como si las gentes rehusasen las regalías de Dios. La luz del día no llegaba a las almas, que estaban embazadas por las angustias de la tragedia. Por el mar iban y venían las barcas en procura del cuerpo de Ramón. En la Iglesia, una mujer y un rapaz lloraban delante del Cristo milagrero. Y así fueron corriendo ocho días en el silencio y en la angustia, hasta que una mañana atracó al muelle el barco que portaba el cuerpo del desdichado. La aldea levantó un llanto horripilante, y con muestras de hondísimo dolor fué soterrado en el atrio. Y cuando Ramón quedó entre todos los muertos de la feligresía, entonces la aldea respiró fuerte y las gentes erolvieron de nuevo con canciones el trabajo cotidiano.

La tierra no quiere perder el cuerpo que nos presta, y los pescadores obedecen a su mandato porque también son de la tierra. Si así no fuese, ¿qué mejor lecho para un marinero que el fondo del mar?



DÍA DE DIFUNTOS

En la noche de la última novena de difuntos, la Iglesia estaba invadida de miedos. En cada vela titilaba un ánima, y las almas que no cabían en las velas encendidas ocultábanse en los rincones sombríos y desde allí atisbaban a los rapaces y les hacían muecas y cucamonas. Cada luz que el sacristán apagaba era un ánima que se deshacía en hilos de humo, y todos sentíamos el vaho de las almas en cada vela que moría. El abate cantaba el responso delante de un cajón lleno de huesos, y al final de cada "paternoster" daba comienzo el pranto. Cuatro hombres adelantábanse, apartando mujeres enloquecidas de dolor, y erguían con una mano el ataúd, empujando en la otra una vela.

La procesión terminaba en el osario del atrio. Los cuatro hombres llevaban el ataúd casi rozando con el suelo, y las hachas golpeaban cerna sobre los huesos. Detrás seguía un enjambre de mujeres, que levantaban sollozos aturdiridos, mucho más terribles que los de un pranto de ahogados. En aquella procesión todos tenían por quien llorar y todos lloraron. Y también lloró la Baltasara, una chiquela criada por la caridad de todos, que apareciera dentro de un canasto en una encrucijada, que no tenía padre ni madre ni por quien llorar. Pero ella fué también poseída por el contagio del pranto y también se deshacía sollozando con todos sus alientos.

Caminando hacia las casas, una vecina inquirió de la rapaza:

—Y tú, ¿por quién llorabas, Baltasara?
—Y ella contestó sollozando:
—¿Acaso le parece que es poca desgracia el no tener por quien llorar, señora?



EL PADRE DE MIGUELINO

El padre de Miguelino llegaba de las Américas, y el rapaz no cabía de gozo en las holganzas del traje nuevo. Miguelino sabía, con los ojos cerrados, cómo era su padre. Pero antes de salir, todavía le echó una ojeada al retrato.

Los "americanos" estaban desembarcando. Miguelino y su madre esperaban en el muelle. El corazón del chico golpeábase en la tabla del pecho, y avizoraban sus ojos entre la multitud, en busca del padre ensoñado. De pronto lo avistó a lo lejos. Era el mismo del retrato y, quizá, aun mejor portado. Y Miguelino sintió por él un grande amor, y a medida que se acercaba, subían sus deseos de cubrirlo de besos. ¡Ay, el "americano" pasó de largo, sin mirarlo siquiera! y Miguelino dejó de quererlo.

Ahora sí, ahora sí que lo era. El pequeño avistó otro hombre, tal vez mejor trajado, y el corazón le daba que aquel no podía ser otro que su padre. ¡Tenía un porte de tanto señorío! ¡Con qué ganas iba a besarlo...! ¡Ay, el "americano" pasó de largo, y el "americano" reparó en la angustia que empañaba los ojos del niño. Así Miguel eligió muchos padres que no lo eran, y a todos quiso ardentemente. Y cuando miraba con más ahínco, dióse cuenta de que un hombre abrazaba a su madre. Aquél en nada se parecía al del retrato. Muy flaco, muy amarillo, metido en un traje muy flojo, un hombre de cera con las orejas lividas, con los ojos encovados, tosiendo... ¡Aquél sí era el verdadero padre de Miguelino!

da de su intuición hasta dramáticas profundidades a las que se llega desposeído de propósitos laterales y de credos "snobistas". Su obra resulta así, de una levantada prestancia moral, en el sentido más humano de la palabra. Y como a todo auténtico moralista moderno, el humorismo se le da por añadidura. ¡Quién sabe si este humor no es otra cosa que una moral escarmentada y el humorista un moralista que re-

gresa! Es común observar que, cuando el dogmático moralista habitual va hacia las cosas, el humorista ya está de vuelta. Diríase que ha vivido una previda más honda, más sabia y más humana, donde todas las presuntas esfinges abrieron ante él una irónica risa grande, mostrándole las entrañas de carbón fofa...

Castelao no engloba a su pueblo en una visión totalista y genérica de símbolos y abstracciones. Su tipo moral no es pragmático, sino lírico. No parte de lo apriorístico, porque rodaría hasta lo irónico; sino de lo empírico que desemboca en la realidad, es decir, en el dolor. Frente a la realidad es burlón y crítico. Pero conviene decir que su crítica se origina de un estado previo y temperamental de ternura. Este es justamente el eje de su "enxebri-mo" esencial y morfológico que consiste en reaccionar ante el dolor con la piadosa sonrisa; fenómeno "enxebre" de la psicología gallega. Castelao encuentra así fácilmente su inspiración en el hecho racial gallego, unido a su temperamento personal por todas las afinidades más secretas y por las más delicadas sintonías. Para él no es la raza un prejuicio épico, sino una intimidad lírica. Es así como el artista llega a sentir el dolor de su pueblo enraizado en su corazón como el propio dolor. Igual acontecía en otras manifestaciones del arte con Rosalía Castro. Y decimos manifestaciones y no sentimientos, porque, en lo fundamental, análogos impulsos cordiales sacudieron ayer, frente al pueblo en derrota, las antenas de aquel espíritu extrahumano que mueven hoy los lápices de este tremendo y tiernísimo burlón.

Al través de varias conversaciones — inolvidables tardes en la Pontevedra dorada y barroca! — hemos entendido que este artista concibe el arte de su tierra como ligado a ciertos compromisos históricos, frente a una naturaleza inédita y a una raza en cautiverio de los demás y de sí misma. Frente a toda su obra parece descubrirse este postulado: es necesario volver el pueblo hacia sí mismo. Mostrarle el esplendor del suelo trasmutado por la magia del arte y, mediante el arte también, crearle la conciencia de su propio dolor convertido ya por un fatalismo de siglos, en un estado habitual que se lo torna insensible y connaturalizado con el hecho mismo de vivir.

Contra este irredentismo tácito, consagrado ya por demasiadas lágrimas de demasiados poetas, se alza en el coro de

su generación la voz mansamente trágica de Castelao con sus escalofriantes diseños y sus afiladas prosas. Su cosecha no es de gavillas, sino de espigas. Necesita parcelar el martirio de su pueblo, fragmentándolo en el episodio de cada ser y de cada suceso, que es el episodio posible en la vida de todos; obteniendo con ello que el vigor de la anécdota alcance toda la fuerza edificante del ejemplo. Su obra es más rapsodia que sinfonía. Le importa más aprender el romance de cada tristeza que erigir las vastas polifonías a gusto de todos, que cimentan la nombradía personal. Le inquieta bastante más la vida de su país que su reputación de artista. Y más la secuela demagógica — en el puro sentido del término — que pueda subseguir a su obra, que la obra en sí.

Lo mejor, lo más fresco, lo más fecundo de la obra de Alfonso Castelao, se halla, lógicamente, diseminado en las columnas de los diarios y revistas de Galicia y de España y en afiches, carátulas, proyectos escénicos, etc. Desde hace tres lustros se prodiga con amplio y harto ademán de sembrador. Publicados en libro cuenta en su haber con una admirable novela ilustrada: "Un ojo de vidrio. Memorias de un esqueleto", (Un ojo de vidrio. Memorias de un esqueleto), que por cierto pasó casi inadvertida por los pontifices de las letras madrileñas, pero que mereció el honor de ser inmediatamente traducida a varios idiomas cultos. En estos últimos años dió Castelao dos tomos de dibujos glosados, bajo el título genérico de "Cousas", donde el vigor y la intención de los diseños, están recostados sobre un fondo de prosa del más legítimo, vertical y serio humor gallego: que es el mismo que florece en las mejores páginas de Julio Camba, de Fernández Flórez y del argentino Arturo Cancela, considerado este último, en Galicia, como un valor propio aunque adscripto a otros medios y a otra cultura. Estamos seguros de no ir demasiado allá, presentando a Castelao como uno de los más recios humoristas de la época presente. Su galleguismo ortodoxo le liga al triste destino de su pueblo, tan desconocido, alejándole de la justa apreciación de la crítica y de una fama fácil e inmediata. Según sus últimas noticias, está ordenando para una próxima edición las páginas del álbum "Nós", cuyos originales expuso ya en diversas ciudades de España y que será la obra monumental que cierra su primera época. Conocemos la obra y podemos afirmar que se trata de un trabajo digno de los mayores elogios. Seguirá después una novela grande cuyos protagonistas son unos "comellons" — comilonos —. Nos ha contado de viva voz el plan de la misma (fué uno de los mejores días de nuestra vida) y trabaja asimismo en un "Anecdotario" que por cierto comienza en la Argentina, en la Pampa, donde Castelao pasó los años de su niñez. También pensaba recoger en un tomo su sagacísimo "Diario de viaje por Europa", publicado fragmentariamente en revistas.

En otro aspecto de su labor, el Seminario de Estudios Gallegos anuncia la publicación de un gran estudio sobre cruceros gallegos (formas de iconografía cristiana popular de la mayor importancia para la historia integral del arte ibérico) estudio debido a Castelao, quien visitó Irlanda y Bretaña para tratar de establecer una comunidad de origen céltico entre la plástica popular gallega y la de aquellos países. Solamente de Galicia, en la sesión de nuestro viaje, hace ahora un año, había dibujado del natural unos 400 monumentos de esta índole, lo cual in-



LA MARQUESA

Le llaman la Marquesita, y sus pies jamás se calzaron. Va y viene a la fuente, fregotes y ayuda, y le llaman la Marquesita. Jamás fué a la escuela, por no tener blusa que ponerse, y le llaman la Marquesita. No probó más golosinas que un terrón de azúcar, y le llaman la Marquesita. Su madre es tan pobre que trabaja de jornalera en las tierras del Marqués. ¡Y aun le llaman la Marquesita!

forma sobre la categoría y la seriedad de este meritísimo trabajo.

Sin embargo—y adrede hemos dejado la denuncia de tan grande pena para el final —, existe el peligro de que esta fecunda juventud, de que esta gran voluntad y esta fértil vocación, tengan que enmudecer y agostarse mucho antes que la propia vida del artista. La fatalidad que en estos últimos años se llevó con diligencia trágica a hombres de tan sólido valer como los filósofos Viveira y Losada Diéguez; políticos como Luis Porteiro y Leonardo Rodríguez, poetas como Carballo y Antonio, también ronda a Castelao con mimos quizá más lúgubres que la muerte misma. Ya está herido en la fuente misma de su arte: en los ojos, pellizcados por uñas impalpables y seguras, de cuyo contacto se regresa difícilmente indemne. Una dolencia, cuyo avance solamente puede detener el milagro, araña con lentitud, como se hace saltar el azogue de un espejo, el fondo de sus claros ojos que, por escarnio mayor ofrecen en su convexa superficie el gozo más intenso, más azul y más optimista del mirar, que puede darse en unas pupilas llenas de luz inútil. Pero allá en el fondo está la mano invisible que va desenhebrando, uno a uno, los hilos encandilados de la retina. Castelao que, por ser médico ni siquiera le es permitido el manso don de la ignorancia, vive consciente de su cal-

vario y persigue con su mirar interior el avance de este veio de sombra que, lentamente, implacablemente, le va aislando del mundo, de su mundo que es por encima de todo el mundo de las formas expresivas y de los colores en danza, y le hunde en profundidades aterradoras. ¡Quién sabe si en esa manía de Castelao por hacer de los ciegos el leitmotiv de sus más desgarradores dibujos no se contenía ya, intuitiva y desgraciadamente certera, la presciencia de su mal!

Sin embargo, Castelao sonríe, sonríe siempre. Y cuando, volviendo de las periódicas excursiones a la noche infinita que le anticipa su enfermedad por espacio de semanas enteras; cuando un mínimo resplandor atraviesa el agua de oía de su iris para caer, como un dorado pececillo pescado por la primera malla que la ciencia remienda en su desgarrada retina; cuando apenas el mundo se le ofrece de nuevo por la parva misericordia de un resquicio del día, ya Castelao pasea sonriendo su corpachón de gigante con cara de niño, por las ruas doradas de la Pontevedra helénica y barroca, y ya los lápices le brincan desesperados por cuajar en una forma, que ha de ser lágrima y sonrisa, aquel latríqueo cazurro y sutil de dos paisanos feriantes o la áspera tragedia de la mujeruca enlutada que aspa sus brazos y lanza al cielo la livida serpentina de su alarido, frente a la furia imparable de ese bello y gozoso asesino, que es el mar...



"SARAMUQUINO", BUSCADOR DE TESOROS

ESTOY PREOCUPADO! MI REUMATISMO ME MOLESTA TANTO QUE NO PUEDO IR AL TRABAJO. ANOCHE NO PUDE DORMIR.

PONTE LINIMENTO DE SLOAN EN LAS PARTES DOLORIDAS. TE ALIVIARA EL DOLOR ENSEGUIDA. PODRAS TRABAJAR Y DORMIR TRANQUILAMENTE. VOY A COMPRARTE UN FRASCO AHORA MISMO.

REUMATISMO? Linimento de Sloan MATA DOLORS

TODAS las tardes sucedía lo mismo: en las últimas horas de luz el mar se alborotaba; sus lomos innumerables, de un verdor opaco bajo la plateada floración de la espuma, acumulaban odios para la embestida que por la noche llevaban contra el acantilado.

Primero, su voz antigua era un murmullo distante; una saudosa plática de mujeres de agua. Así lo quería mi imaginación de adolescente, sobreexcitada por el extraño paraíso y por una presencia, no menos inmutativa, que aun hoy repercute en mis horas. Pero después llegaba la sombra más grande que el mar; los horizontes, amarillos o grises, morían en un estiramiento solitario; un olor de otra edad, un olor húmedo de grutas tomaba posesión de la costa, al tiempo que el lejano murmullo, transportando el tono, se convertía en una música tremenda que perduraba hasta el avance suavísimo del alba.

Yo escuché varias noches aquella salvaje sinfonía del mar. Con el oído atento y el pulso apresurado, trataba de no perder ni un solo matiz, de interpretar aunque fuera una sola frase; pero el esfuerzo y la tensión nerviosa hacían descender sobre mis párpados un sueño de plomo, sofocador de rumores, que me sumergía en un mundo desconocido; entonces, el despertar violento, la vuelta fatigosa al estado de vigilia—después de uno de aquellos viajes a través de altas galerías de cristal verde o entre un coro infernal—venía precediendo siempre una decisión: "Mañana partiré. En la ciudad no padeczo sueños como este. El mar, el odioso mar, está muy lejos allá..."

Horas después, el sol y la conversación amical de mi hospedante — un anciano culto y acicalado, gran amigo de mi familia — ponían en fuga mis temores; mi propósito y el duro ceño de la víspera se transformaban en una sonrisa de indulgencia frente a mis razonamientos: "He sido cobarde. Este monstruo verde que se alborota entre la sombra, no me vencerá. He de pasar aquí mis vacaciones". Y me daba a vagar entre las peñas, gustando mi libertad de acción, recordando, para ahondar el contraste, el edificio viejo de la Universidad, con sus aulas grises, con sus profesores que no sabían reír.

Las tardes, de aliento salobre y luces desmayadas, eran el rincón más apacible de mis días.

En una concavidad de la roca constituí mi refugio vespertino; en él me visitaba el re-

uerdo de mi vida de estudiante y el murmullo del mar.

Fué en aquel paisaje rupestre que conocí al Amor; y sucedió del siguiente modo: El mar crecía. Una brisa dema-

siado fresca para la estación estival comenzó a correr sobre las rocas. La luminosidad grisrosada del crepúsculo se fué empañando con rapidez hasta reducirse a una franja mortecina y estrecha en el horizonte. Recogí el libro y un cuaderno de apuntes y abandoné mi refugio para encaminarme a la casa; entonces, en la tristeza salvaje de la tarde, el murmullo de las olas me hizo sonreír con cariño: mis mujeres de agua platicaban con raro fervor. Tal vez, embelesado, pensara en aquel momento: "Son ellas...", o algo así; pero las palabras debieron ser emitidas porque alguien, a mis espaldas, preguntó:

—¿Vd. también las oye?
Sentí un ambiguo temor al escuchar aquella voz de mujer, nunca oída hasta enton-

ces, que me interrogaba. Mentalmente repetí la pregunta dudando su significado, y antes de volverme, traté de interpretarla en varias formas: "¿Vd. también las oye?... ¿Usted también?...?" Esto significa que ella "las" oye... Que sabe de su existencia... Y que sabe que yo sé que existen... Pero ¿cómo pueden existir para ella? ¿Las "mujeres de agua" no son fruto de mi imaginación?... Siendo así ¿cómo sabe lo que pienso?... No lo he comentado con nadie; se hubieran reído de mí... Pero ¿quién está a mis espaldas? ¿Quién me preguntó?"

Me volví bruscamente. La belleza del atardecer, del mar estupendo, de las rocas húmedas y musgosas, estaba personificada, a diez pasos de distancia, en la figura de una mujer.

No hallando palabras, creo que sonreí. Lo mismo pude haber emitido una queja o un sollozo... Pero ella, sin recoger la torpe sonrisa de mi azoramiento, se alejó lentamente, con mansa suavidad de oleaje. Cuando quise seguirla, la sombra... o el mar... o el misterio se la habían tragado.

Si. Sucedió de ese modo. Yo tenía entonces diez y siete años y ninguna experiencia en las cosas del amor. Estaba pasando mis vacaciones junto al mar; en casa de un viejo amigo de mi familia.

Aquella noche, la cena, en el amplio comedor—rojo y oro—transcurrió como de costumbre: entre la conversación del dueño de casa y la música, distante, del mar; pero mi pensamiento peregrinaba lejos de allí. Mi imaginación hacía esfuerzos para pintar a "aquella mujer" con los pocos detalles que guardaba la memoria; y éstos eran: unos ojos levemente oblicuos... de cualquier color. Una nariz fina. Una boca frutal, apasionada. Luego el cuerpo maravilloso, insinuado por la brisa que le adosaba el vestido verde y luciente como si fuera de agua...

Por momentos, la entrada del valet o el cambio silencioso del servicio me volvían a la inmediata realidad. Observaba a mi anfitrión; al verle achispado por el magnífico Borgogna, al oírle hablar sobre temas innumerables, sin requerir, ni una vez tan solo, mi opinión, le abandonaba para regresar a la costa abrupta, al atardecer fatigado, a la mujer que despertara en mí tan hondo turbamiento.

Una angustia nueva, algo así como la nostalgia de muchas muertes, me oprimía el alma. El corazón se agitaba como queriendo demarcar su situación precisa. Las mejillas comenzaron a arderme... ¿Qué fácil era enamorarse! Creo que me alegré al comprobarlo. Quise entonces interrogar al an-



ciano — la única persona próxima — sobre la aparición de aquella tarde; tal vez, él conociera a aquella mujer... Interrumpí:

—Esta tarde...
No me oyó. Su soliloquio — no puedo decir que conversara conmigo — era un muro de palabras que no permitía ni una mínima rendija de silencio por donde llegar hasta su atención. Y en el muro sonoro desfilaban cosas interesantes; citas oportunas, imágenes expresivas. Pero no estaba yo aquella noche para hacer cátedra ni escucharla. ¡Aquella noche! Con todo un amanecer en el alma y una fiesta de la naturaleza en el recuerdo!

Ya que todo era inútil, me puse de pie y pedí permiso para retirarme. El enmudeció un instante; luego, elevando su copa de cristal empurpurada por el vino añejo, dijo, mirándola con fruición:

—¿Verdad que es hermosa? ¡Vea Vd. qué matices! ¡Rubíes! ¡Púrpura cardenalicia! ¡Sangre, del sol!... Es bella, ¿verdad? Sí. Y es bueno tener a quien decirlo. Cicerón sostenía que la belleza no brinda verdadero placer si no hay una persona con quien comentarla... ¡A su salud, joven! Y que descanse.

Agradecí su cortesía y, llevándome su última cita, me retiré a descansar.

Durante varias horas, la boca frutal encontrada en la costa pobló la azulada penumbra de mi habitación.

El sueño, hábil forjador de realidades, me condujo aquella noche hasta un sitio extraño. Era un pequeño valle cubierto de césped gris y que, encajonado por altas rocas geométricas, moría en el mar próximo.

Yo ambulaba por el valle con uno de mis compañeros de estudio y le repetía:

La belleza no brinda verdadero placer si no hay un amigo con quien comentarla...

El muchacho no quería oírme; hablaba, a la vez, no sé de qué viaje a la India... De la música de Ravel y de una copiosa lluvia caída sobre unas tierras de sembradío... Esto terminó por enfadarme. Nos separamos.

Solo ya, tomé por un atajo y me senté sobre una piedra desde la que columbraba el mar y el valle gris. Las olas, que adquirirían gran altura para deshacerse luego en espumosas cribas, no tenían voz. Asustado, pregunté: "¿Por qué no oigo la palabra del mar?" Pero el silencio se hizo profundo hasta dolerme en los oídos.

De pronto, tuve conciencia de que aguardaba a alguien... ¡Cómo demoraba en llegar! Una voz sonora, una voz de maravillosa campana abrió rumbos en el silencio:

—¿Tú también las oyes? ¿Tú también?

La mujer que yo había visto en la tarde, apareció. Avanzaba tras un esbelto lebril de Grecia que la draba al mar. Ahora sus palabras musicales

iban dirigidas a él. Un amor sobrehumano, un sentimiento de gozo y congoja me movía a hablarla. Cuando lo intenté, no pude hacerlo; yo (Continúa en la pág. 38)

ILUSTRACION DE BARTOLOME MIRABELLI

No sufra para digerir

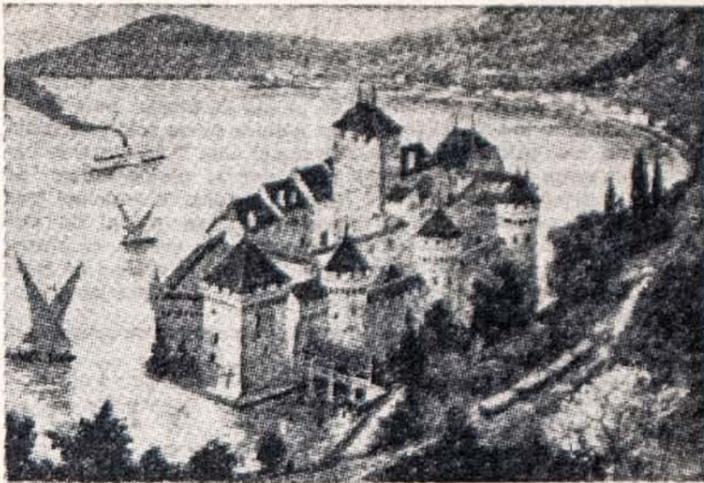
Los que se ven atormentados por una digestión pesada o laboriosa, con sus malestares, ardor, dolor, acidez, flatulencia, etc., deben saber que recurriendo al bicarbonato católico se librarán al instante de toda molestia.

El bicarbonato católico es un producto científico, muy concentrado, bastando media cucharadita en un poco de agua, después de cada comida para eliminar el exceso de acidez, calmar el dolor y obtener la digestión más perfecta.

Pida para amplios detalles el folleto gratis editado por los Sres. Lanch & Rey, calle Belgrano 2544, Buenos Aires



"EL PRISIONERO DE CHILLON" ~ I



EL ROMANTICO CASTILLO DE CHILLON

HECTOR DIAZ LEGUIZAMON

rano hechizo: "Para crear y vivir así una vida más intensa, es que dotamos de forma nuestra fantasía, apropiándonos al darla esa otra vida que inventamos, como lo estoy sintiendo ahora... ¿Qué soy? Nada. ¡Mas no así eres tú, alma de mi pensamiento! Contigo recorro la tierra, espectador invisible. Confundido con tu aliento, mezclado a tu origen, palpito en ti con sensibilidad nueva, después que la mía se ha apagado". Y en el renovado encanto de la ruta, esa melodía metafísica irá afinándose, cobrando plasticidad y movimiento. Llega Byron a Ginebra, en las orillas del Lemán, el lago, cuyo cristal refleja en plácido espejo, idealizando las imágenes con un más allá de serenidad y de ensueño, su eterno escenario de montañas cubiertas de nieve en la cima. Ese marco de bellezas naturales arranca a la lira panteística del bardo inolvidables acentos. Siento, cantará Lord Byron, mientras, al atardecer, surca las aguas luminosas en su esquife, que me vuelvo parte y me identifico con lo que me rodea. ¿Y mi alma, acaso, no está destinada, un día, a tomar el vuelo para incorporarse al firmamento, a la montaña, a la llanura encrespada del mar o a las estrellas, poesía del cielo?... ¿No son esas cosas parte de mi ser como yo soy de ellas? ¿Y entonces, cuando el polvo vuelva al polvo, no contemplaré mi espíritu, de manera más substancial e íntima, lo que en este instante suspende mis miradas? ¿El pensamiento incorporóreo? ¿El genio de cada lugar, todo aquello cuyos atributos inmortales ya me es dado, a veces, compartir, desde ahora?...

Tan purificada atmósfera lírica no predomina en todo el canto III. Antes de alcanzarla, el fugitivo de Albión empieza por compararse, en su errante trayectoria, al alga desprendida de la roca y entregada a la furia de la tempestad, empujada hacia donde la lleve el viento, en medio de la espuma y de las olas. Ha meditado sobre la caída de un imperio en el campo de batalla de Waterloo. Con admirable destreza nos hace el relato de los preparativos, del lado inglés, nos transporta en medio de aquel baile turbado de pronto por el lejano estampido del cañón. Cifando el taller de las rubias bellezas de Inglaterra, de las pálidas ladies, los brillantes oficiales de Brunswick giran en la embriaguez de la danza que unas pocas horas separan de la trágica hecatombe. Luego, al navegar el Rin, había evocado la leyenda de los burgos feudales, y en Drakenfels, con sus ruinosas

(Continúa en la pág. 41)

plenamente al rapto de libertad creadora que transforma al hombre en artista.

Esa transmutación de los valores de la vida, que el poeta restituye en valores del arte, es la que infunde raro atractivo y sirve de tema fundamental al Canto III de "Childe Harold", volcado todo entero, con urgencia de burbujeante inspiración, entre mayo y julio de aquel año de 1816. La transmutación se opera en el momento en que el poeta se vuelve el espectador de su destino y trasciende el significado auténtico de su mensaje. Ha conquistado ese botín espiritual al precio de agudos males en aquella parte de su ser que podía herir la vida. Pero el precio ha sido infimo a cambio de la exaltación de su partícula inmortal. Un Oscar Wilde tendrá que pasar por la cárcel de Reading para elevarse al nivel artístico de su "De Profundis". Lord Byron, indomesticable como el halcón, que, a estar a su propio símil, se desgarró y ensangrientó el plumaje contra los barrotes de su jaula, sólo ha necesitado evadirse de la prisión burguesa del matrimonio y verse también cruelmente cercenado, por el convencionalismo social, en afectos y lazos de la sangre, privado de su mujer ante Dios y de su hija Ada, para sentirse dueño de la embriaguez de vuelo, de soledad y de dolor que provocará la explosión de su genio.

Entre las obras de Byron, los cuatro cantos del "Peregrinaje de Childe Harold" presentan la característica única de desenvolverse como un fresco de su existencia íntegra, de ir componiendo su trama conforme el poeta avanza y se adentra en su destino maravilloso y de ir librando, hora por hora, los secretos de su mundo interior. Es como participan del misterio y de la frescura de una creación incesante. Prueba de ello es la reaparición de Byron detrás del incógnito de Harold, que muy pronto habrá perdido su razón de ser. El mismo se lo advertirá a Hobbouse, al dedicarle, en 1818, el canto IV del poema que no vacila en dar, hasta ese momento, por "el más largo y fuertemente pensado de sus trabajos".

Desde los dos primeros cantos, fruto de sus correrías por España, Grecia y el Oriente, la estancia spenseriana ya se mezcla indolentemente, con esa mezcla de candor y de majestad que encadenaba los oídos a la descripción de luminosos climas, donde había nacido la epopeya y había tenido su santuario la belleza. El éxito incontrastable revelaba la afinidad secreta del rapsoda juvenil con el ansia de independencia y de errabundez de los espíritus, en medio al rígido conservatismo de los hechos y de la política. Y el precipitado byroniano ya actuaba en ese brevaje como reactivo violento sobre las almas. Más tarde, cuando lleguemos a la magnífica evocación italiana del canto IV, nos hallaremos en presencia de una inteligencia fecundada por el saber austero de Gibbon, el grandioso analista de la decadencia y la caída del Imperio

Romano". Bajando de la ciudad de las lagunas, el poeta arrastrará por la península el cortejo deslumbrante de sus rimas, haciendo levantarse de sus tumbas a los dueños del mundo antiguo y a los que edificaron sobre sus escombros. Sabrá despertar el genio clásico en las ondas de Clitumno, divisará al Soracto de la reminiscencia horaciana, "erguido como una ola que viene de lejos y que, a punto de derribarse, queda un instante suspendida en su rizo". En Roma, "la Niobe de las naciones", "la ciudad del alma", nos sobrecogerá de admiración ante el Foro, San Pedro, el Panteón. Y le sumirán en meditación sobre la efímera grandeza de toda estirpe humana los arcos colosales del Coliseo, bañado por la luna, mientras la brisa nocturna balancea en su pináculo una inmensa guirnalda de hiedra, "semejante al lauro en la frente calva del primero de los Césares". Y todo ello, por supuesto, orgullosamente compartido por Byron, pretexto para conjurar a la Némesis, cuyo espíritu se cierne sobre las ruinas ingentes, de no dejar sin castigo a los enemigos de Byron, a los instrumentos de su desgracia y de su voluptuosidad en el dolor.

Para los grandes amantes de la vida hay un acre placer en la contemplación de la muerte, cuando palpitan sus cenizas con el aliento perdurable de la belleza. Pero el estado de pura contemplación no es habitual en Byron. Y menos podía serlo en la época subsiguiente al "gran revés" de su existencia, a que nos retrotrae el canto III. Herido por las amargas decepciones de su trato con los hombres, Byron buscará y encontrará un refugio inaccesible en la naturaleza, comunión con lo infinito, y en la idea de su ser inmaterial. Y es como brota el lirismo de ese canto III.

Es, en la mitad del poema, el momento crepuscular y casi irreal, en que un ruisecor modula de pronto la suavidad de sus trinos. El prelude musical del tema se anuncia con sobe-



AS circunstancias en que se producía la separación de Lord Byron y de su esposa daban en tierra con la envidiable situación social del poeta.

Corrido por el vacío de los salones, por la murmuración que subía de tono, por esas sanciones severísimas del puritanismo inglés hacia quienes, creyéndose invulnerables en su pedestal de ídolos, infringen sus preceptos de moralidad, Byron se embarcaba precipitadamente en Dover, el 25 de abril de 1816, con rumbo a Ostende, en compañía de su médico y de su criado Fletcher. Y, por una extraña coincidencia de destinos, al mes escaso de la partida de Lord Byron, en ese mismo escenario de lujo y de refinamiento mundanos que fué el Londres de Sheridan y del Regente, Georges Brummell, el famoso dandy, venido a menos, rociaba con una botella de Burdeos su última cena de Watier y tomaba, a escondidas, la diligencia que lo conducía al destierro.

El árbitro del buen gusto había sido el rival afortunado de Lord Byron en el torbellino elegante y aristocrático. En cierta ocasión, Byron sostuvo, con ironía, que le tenía más envidia a la suerte de Brummell que a la de Napoleón. La frase era incisiva y reflejaba la psicología de un medio, cuyo brillo fugaz y desvanecido se ha aplicado a hacer revivir la pluma de Barbey d'Aurevilly, en su magistral estudio acerca del "Dandismo y de G. Brummell". Por sus prestigiosas páginas surge, vuelta a vuelta, la fi-

gura de Byron, vinculado a Brummell por un amigo común, el cínico y truhanesco Scrope Davies. El chispeante mago de las "Diabólicas", dado como el que más a adorar luciferinos encantos, profesó un culto clarividente por Byron. Así y todo, insinúa, con paradójico acierto, que Brummell, por haberse impregnado de él los poetas de su tiempo, ha sido tal vez una de las musas de "Don Juan", invisible para su autor.

Pero, arrancado a la feria de vanidades, Brummell se desvanece como una sombra. En tanto que Lord Byron, cortadas definitivamente las amarras que lo retenían a su patria, es, en la fuerza de la juventud, la personalidad madura, labrada por el sufrimiento que la vida depara a los hombres de su especie y anhelosa de remontarse en el vuelo de la creación poética.

Hay algo de providencial en ese instante del destino de Byron. No huye de las sollicitaciones de una mente inquieta, preñada con los vagos sueños de la adolescencia, sino que corre hacia la desnuda soledad de sí mismo. Su imaginación no le abusa con fantasmas vanos. La conmoción moral, la violencia del padecer ha sido de esa magnitud, que desborda los diques de defensa del alma y las reacciones fisiológicas del individuo ante el dolor. Y de pronto se encuentra sumergido Byron en el estado de ánimo que su temperamento requiere como ninguno para traer a la superficie los tesoros acumulados en el fondo dramático de su conciencia. Se despoja de toda máscara, hace abandono absoluto de cuanto se opone a su verdadero avatar y se entrega

Byron

Por

Ernesto Mario Barreda



Byron (dibujo de George Henry Harlow)

Yo soy una tea, que en luz se desangra. Abren mis rosas de invierno, en la noche de plata. Fulguran tus ojos. Al cielo van tus manos pálidas. Y como una hechicera bajo la luna, cantas y bailas. (Los besos tienen sabor a manzana. Un paradisíaco deleite, la boca nos embriaga.) Yo soy una tea que se abrasa viva... En suplicante rondalla, dulces mujeres llegan, locas de amor, al sacrificio sin esperanza: como grandes mariposas nocturnas, que vinieran a quemarse las alas. Ríe la herida de tu boca. Bajo la luna, bailas y cantas. (El galán en la ventana Y el muerto en la plaza.) Yo soy una tea que alumbra en la noche la soledad trágica, cuando te vas y me abandonas. En la fantástica selva de mi angustia, el viento barre las hojarascas. Por sus largos hilos, las venenosas arañas bajan a tejer, sigilosamente, el lino áspero de la mortaja. Te vas y me abandonas.

Pero vuelves...

Y el corazón me desgarras. Yo soy una tea, que en luz se desangra! ¿Qué será de mi ensueño? ¿Qué será de este amor, que me embruja el alma? Un poco de tierra sobre mis huesos, mañana...

¿ESTA USTED HERNIADO?



Si Ud. está herniado es seguro que habrá usado braguetas y fajas más o menos cómodas, e infinidad de otros métodos para curar la hernia, pero sin resultado; es también muy posible que habrá sido OPERADO una o más veces sin conseguir la cura deseada. Por tales motivos debe Ud. desear esos VIEJOS SISTEMAS que ya no sirven para nada.

Todas las hernias (quebraduras), se reducen radicalmente reteniéndolas en forma suave y cómoda y endureciendo el tejido muscular al propio tiempo. Este método ha producido cientos y cientos de curaciones

de hernias de todas clases y en brevísimo tiempo, y puede darle inmejorable referencias de personas respetables y bien conocidas que han sanado con su aplicación sin sufrir ninguna molestia.

No importa que su hernia sea muy antigua y voluminosa. Este método ha sanado hernias de más de 40 años y de un tamaño enorme.

Escribame sin demora, y a vuelta de correo, recibirá gratis mi precioso ALBUM-FOLLETO que regalo a todos los herniados, explicando el método único que necesita para sanar la hernia en el hogar.

Pídalo ahora mismo. S. MORASSUT (ESPECIALISTA) SANTIAGO 1584 ROSARIO (Argentina)



REINTA años van a cumplirse, en el curso del nuevo año, de la instalación del primer cinematógrafo que hubo en

Buenos Aires. Tres décadas, que para la vida de una ciudad no son gran cosa, pero que sirven para jalonar las evoluciones más significativas en los últimos tiempos hacia lo más moderno, aventando los recuerdos del Buenos Aires viejo. Seis lustros que llenan toda una época. ¡Quién habría de imaginarse que en tan corto plazo se pudiese llegar a tan grandes adelantos!, y que el cinematógrafo alcanzase tan alto prestigio y aun llegara al "film" sonoro, como la expresión más acabada de esta ciencia, que es arte y que es industria a la vez.

Así como los tranvías eléctricos concluyeron con la tracción a sangre, en el Buenos Aires de entonces, y así como la luz eléctrica concluyó con los faroles y los picos de gas de luces mortecinas con que se alumbraban los frentes de los edificios públicos, unidas como guías de luces de pabilo, así también la vieja ciudad fué adaptándose a los nuevos inventos y, entre ellos, al cinematógrafo.

¿Qué era el cinematógrafo en concepto de la población que tenía Buenos Aires hace treinta años? La novedad, desde luego, de una máquina proyectora que animaba las figuras fotográficas y que servía para difundir las bellezas panorámicas del mundo.

Los que no tenían la fortuna de poder viajar, recurrían al cinematógrafo como una manera de conocer los principales rincones de las ciudades europeas, mostradas de esta forma a los ojos del mundo, con la expresión exacta de la animación de cada una. Europa llegaba así a los ojos de Buenos Aires con sensación de vida.

Y hoy, si de Buenos Aires se dijo antes que era la ciudad de los tranvías, puede decirse sin exagerar que es la Meca sudamericana del cinematógrafo, dado el número crecidísimo de sus salas de espectáculos, destinadas al "film", que la señalan ocupando el primer puesto como consumidora de películas en el Continente.

Hollywood, en los Estados Unidos, en tierras de la California, es el centro mundial de estrellas y de los preparadores de películas, en forma tal que no es aventurado predecir que posiblemente no habrá en treinta años más quien pueda realizar cosa igual. La ciudad de Buenos Aires, con haber hecho algunas películas, no se señala más que como consumidora.

¡Y pensar que hace treinta años apenas si se anunciaba en los diarios la inauguración de este nuevo espectáculo, tal vez por la incredulidad con que se recibía todo lo moderno y nuevo!

Era necesario, como argumento decisivo, invitar a las familias más representativas, asistir gratis y por turno, y así, con insistencia heroica, lo que es ahora una maravillosa creación del ingenio humano consiguió penetrar en el alma porteña. Quedó entonces consagrado de manera definitiva, como un nuevo espectáculo, pero aun no había salas para exhibir sus películas.

Y correspondió la suerte de la iniciativa a un salón Cine-

matógrafo Nacional, quien fué el primero que brindó al público porteño las sorpresas de este nuevo esparcimiento.

¡El cinematógrafo!... El lujo de sus decoraciones precipitó la guerra que le hizo al teatro, desde los primeros momentos, con sus telones y moldajes que dejaban mucho que desear cuando no reflejan con la época de los trajes que lucían los actores. El cinematógrafo renovó la decoración teatral de bambalinas y obligó a la fidelidad en la reproducción de las épocas interpretadas. Sirvió así el cinematógrafo de escuela de historia.

¿Qué era el cinematógrafo? Esto es lo que se preguntaba entonces, y los entendidos traducían diciendo que era la fotografía animada, como no se había visto jamás en la tela, salvo en los caleidoscopios de papel, movidos a manija, que se veían en algunos salones de la calle Florida y especialmente en el Novedades, salón que ocupó antes el Teatro Nacional y donde hoy está la confitería L'Aiglon, sucesora de la del Aguila.

Y el público comenzó así a llenar hace treinta años esa primera sala ubicada en la calle Maipú entre

hasta las costumbres sociales con su enseñanza liberal.

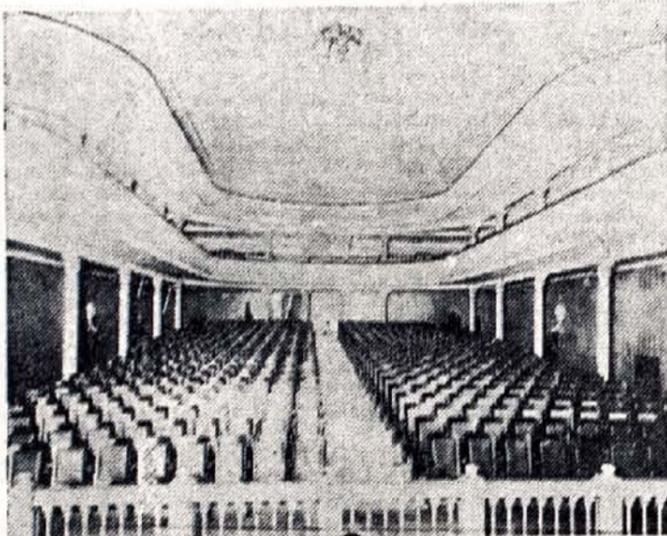
De ese primer cinematógrafo sólo se conservan tres plateas, que revisten el carácter de piezas de museo, pero no se ha hallado ni un solo programa de aquel año. Todo ha sido barrido por el olvido aclago de alguna escoba. Y aquellas tres plateas parece que al fin van a distribuirse entre el Museo Municipal de la ciudad de Buenos Aires y el Histórico y Co-

ASPECTOS DEL VIEJO BUENOS AIRES LOS PRIMEROS CINEMATOGRAFOS

P O R JULIO A. QUESADA



THEDA BARA



La sala del Palace Theatre, al inaugurarse este cinematógrafo, veinte años atrás



PERLA WHITE

Corrientes y Lavalle, próxima a la esquina de esta última, sobre la acera de la numeración impar, en un solar de la familia Cossio, donde hoy se levanta un edificio de renta. Ni rastros de aquella sala quedan hoy...

Era un modesto galpón improvisado, por el que se pagaba en esos días sólo 300 pesos mensuales de alquiler y en el que tenían cabida 250 plateas y donde se "filmaba" solamente de 8 a 11 de la noche. Antes se comía más temprano y los teatros nunca terminaban a media noche. El cinematógrafo no daba para más de las 11 (o sean las 23 horas de hoy), y en los domingos y feriados se registraban matinales.

Hoy los cinematógrafos tienen servicios permanentes y matinales y hasta sección vermouth, trabajando diariamente.

Aquella instalación deficiente que no se admitiría hoy en un salón de cinematógrafo de una barriada de arrabal, congregó, sin embargo, los primeros apellidos de aquella época y muchas personalidades de la política y del mundo oficial.

Fué la casa Gregorio Ortuño y Cia., hoy extinguida, la que instaló en el año 1900 aquella sala modesta, con un galpón de paredes lisas, lavadas a cal y cuyo único animador fué el Sr. Angel Rodríguez Melgarejo, oriundo de la Madre Patria, que hoy vive de sus recuerdos frente a la plaza de Almagro, recientemente abierta.

De aquel cinematógrafo no se conserva ni una sola fotografía, ni de su frente, ni de su interior. ¡Es lástima! Esto hubiera puesto de relieve en forma gráfica lo que la pluma de un narrador no puede describir con acierto: la pobreza casi franciscana de ese solar, cuna del espectáculo que hoy tiene más adeptos en Buenos Aires y que ha revolucionado



MAX LINDER

lonial de Luján, a mérito de que en ellos se sentaron como espectadores eminentes los presidentes de la República Mitre y Roca y el reverendísimo arzobispo monseñor Espinosa.

También participó la Iglesia en el cinematógrafo y en sus comienzos, porque una de las primeras exhibiciones que se hicieron en esos días fué la de Su Santidad León XIII y la de los interiores del Vaticano. Fué una película traída al país por los religiosos del Colegio San Carlos y exhibida en el Cinematógrafo Nacional por el R. P. Ernesto Vespigniani, que además de religioso era arquitecto.

Son épocas estas que para el cinematógrafo pueden parecer lejanas. Tanto más que no se conocían cintas de argumento y el metraje de las mismas oscilaba entre 20 y 50 metros las más largas. Todas eran de temas cómicos, en otro

estilo del actual; otras eran panorámicas con trayectos en ferrocarril como único sistema; las demás con desfiles militares. El turismo se hacía antes por medio de los trenes con el cinematógrafo; hoy se hace en los automóviles con los ojos de los propios turistas.

Por lo demás, contrariamente a lo que se creyó antes, el cinematógrafo no nació para descubrir el amor, sino que fué éste quien descubrió a aquél en su corto reinado.

Una de las primeras cintas que más atracción lograron en aquellos días fué "La Cenicienta", por haber sido además la de metraje más largo (250 metros), y que por ser preparada con la base de un argumento interesado más al público. Fué el primer éxito cinematográfico que señaló una orientación hacia el futuro.

Luego, la visita del ex presidente de los Estados Unidos del Brasil, Dr. Manuel Ferraz de Campos Salles llegando a Buenos Aires el 24 de octubre de ese año, dió lugar al primer trabajo cinematográfico realizado en el país. Se hizo una instalación especial para tomar los detalles del desembarco del huésped brasileño, a quien esperaba el presi-

ente argentino

ente argentino general Julio A. Roca, en un templete levantado en el puerto, en el costado este, entre los diques 3 y 4, frente a la esclusa, en la que arrojó sus amarras a tierra el acorazado brasileño Riachuelo, que traía a su bordo al presidente Campos Salles y a su comitiva. El pueblo de Buenos Aires y las familias ocupaban las plataformas de los depósitos nuevos de los diques, convertidos en amplios palcos balcones.

Días después se tomó otra película al Sr. Campos Salles durante su visita al establecimiento La Martona, en Cañuelas, y más tarde otra al teniente general Bartolomé Mitre, en la estancia San Jacinto, en Mercedes, como huésped de D. Mariano Unzué, película que estuvo en poder de D. Jorge Drago Mitre, y que creemos está archivada en el Museo Mitre.

Las dos películas de la visita del Dr. Campos Salles se dieron a conocer al presidente Roca en su casa particular de la calle San Martín 577, asistiendo en pleno su ministerio.

El general Mitre, que, por su parte, era un entusiasta del cinematógrafo, obtenía de la casa Ortuño que después del almuerzo hasta pasadas las 3 de la tarde se le hicieran conocer los acontecimientos europeos de más actualidad, y era infaltable. Lo mismo le ocurrió al Dr. Carlos Pellegrini, que, en alguna película que se conserva, se le ha visto en la rambla de Mar del Plata jugar al Carnaval con agua, junto a Emilio Mitre, Ernesto Tornquist y tantos otros personajes de una generación que ya no existe. Porque no hay que olvidar que Mitre, Quintana, Pellegrini y Bernardo de Irigoyen, que alcanzaron a conocer el cinematógrafo, fallecieron

en 1906, pocos años después que éste se instalase en Buenos Aires. El segundo cinematógrafo sentó sus reales en un salón de los llamados corridos, en la calle Rivadavia entre las de Artes (ahora Carlos Pellegrini) y Cerrito. Era también como el Cinematógrafo Nacional, un local sin palcos. Se instaló cinco meses más tarde que aquél. Y fué su empresario, según cuentan las crónicas revisadas, un joven Villanueva, hijo de uno de los socios de la extinguida firma Villanueva, Leguineche y Cia., que se había disuelto anteriormente.

El tercero que se abrió, lo fué el martes 23 de octubre de 1900, en el salón Florida, antiguo Palacio Novedades, ex Teatro Nacional, y ya con el anuncio de ser el cinematógrafo que en París había ganado el primer premio y de creerse que llamaría mucho la atención con la novedad y la variedad de las vistas, algunas de ellas en colores. El empresario de esta sala fué un brasileño, cuyo nombre se ha perdido de nuestros recuerdos.

En seguida se dieron exhibiciones cinematográficas en los teatros San Martín y Odeón, pero siempre películas de panoramas y cortitas. Cuando el cinematógrafo de la calle Maipú debió dejar el local, sus empresarios se trasladaron al vecino del Teatro de la Opera, bajo el mismo nombre —en el lugar en que hoy se levanta el Teatro Porteño— y fué éste el primer cinematógrafo que se instaló con palcos.

Ya más tarde se hicieron los esfuerzos más ponderados: el Cine Sulpacha, hoy completamente modernizado, que fué en sus comienzos un salón corrido, revestido de chapas de cinc, y el Palace Theatre, construido en el lugar que ocupó una caballeriza céntrica, en una época en que no se veían los automóviles, sino como rara excepción.

El Palace Theatre fué obra

Después del Trabajo Fuerte o Ejercicio...



IODÉX con Salicilato de Metilo, en la característica caja verde. Con él se alivia lo dolorido de los músculos. Puede usarse con confianza: no mancha ni irrita la piel, por tierna que sea.

Se vende en todas las farmacias. Los médicos lo recomiendan.

IODÉX

MENLEY & JAMES, LTD. 20 West 4th St. Nueva York, E.U.A.

EL CENTENARIO DE UN GRAN HISTORIADOR FUSTEL DE COULANGES



¿BIEN no conoce "La cité antique", el estudio magistral de Fustel de Coulanges sobre las creencias que dominaron en la civilización grecoromana? Presente en una forma impecable y como cincelada en bronce, esta tesis clásica ha dado la vuelta al mundo. Ha suscitado un gran movimiento de discusión y de investigaciones. La misma obra del sociólogo argentino Juan Agustín García, "La ciudad Indiana", ¿no tributa en su título un homenaje a la memoria de Fustel?

Pero sería injusto que aquella pequeña obra maestra, por perfecta que sea en su género, hiciera olvidar el conjunto de los trabajos del gran historiador. En seis volúmenes, que no tuvo tiempo de acabar él mismo, estudió minuciosamente la formación de las "Instituciones políticas de la antigua Francia". Agreguemos que siendo profesor en la Universidad de Estrasburgo y después en la Universidad de París, encontró manera de presidir, al mismo tiempo, nuestra Escuela Normal Superior, a la que a veces se llama, para recordar a sus más puras glorias en el orden de las ciencias y en el de las letras, la Escuela de Pasteur y de Fustel.

Sobran, pues, razones para justificar la iniciativa de la "Sociedad de los Amigos de la Escuela Normal Superior"—que preside actualmente M. François Poncet, subsecretario de Estado de la Economía Nacional, la que, después de haber celebrado hace tres años el centenario de Edmond About, quiere celebrar este año, en el gran anfiteatro que ilustra el fresco de Puvis de Chavannes, el de Fustel de Coulanges.

Las ceremonias que se organizan en Francia, con motivo de los centenarios, no son sólo congratulaciones solemnes. Dan pretexto a exámenes de conciencia. Son oportuna ocasión para dar balances. Hasta sirven para oponer puntos de vista y despertar viejas dispu-

tas. ¿No sucede con frecuencia que las "diversas familias francesas", como decía Barrén, reunidas alrededor del recuerdo de sus grandes hombres, dan, en cierto modo, el espectáculo que los troyanos y los griegos disputándose el cadáver de Patroclo?

Respecto de Fustel de Coulanges había, en efecto, una vieja disputa que renovar. Al partido neo-realista, buscándose padrinos, hace unos treinta años, se le ocurrió colocar entre ellos al autor de las "Instituciones de la antigua Francia". Hasta le dió a una de las aulas del instituto que creó, el nombre de Fustel de Coulanges. La mayor parte de los discípulos y colegas del gran profesor, los Paul Giraud, los Camille Jullian, protestaron contra esta tentativa de acaparamiento. Y Jaurés unió su gran voz a la de ellos, haciendo observar que Fustel estaba muy lejos de ser un apologeta a ultranza del antiguo régimen, y que, por lo menos, había refutado más de una teoría predilecta al monarquismo que se dice "científico".

La ceremonia que se desarrolló en la Sorbona, en medio de la mayor serenidad, ha despertado en los diarios algunos ecos de esa controversia. Monárquicos y demócratas se tiraron a la cabeza, como antaño, algunas citas de Fustel de Coulanges. Los primeros han recordado que Fustel tenía miedo, si no terror, a la democracia, a la intervención de las masas en la arena política. Los segundos han repetido que amaba, ante todo, la libertad, y que le parecía que la República podía ofrecerle garantías a la libertad mientras que la monarquía no le concedía ninguna.

En verdad, Fustel de Coulanges ocupaba, a este respecto, una posición intermedia. Es muy cierto que no era de temperamento democrático, y mucho menos socialista. Pero

esto no quiere decir que el poder personal le inspirara plena confianza.

Precisamente con motivo de su centenario, se ha publicado una serie de estudios suyos en que se refleja, con bastante claridad, su complejo pensar. Son sus famosas "Lecciones a la Emperatriz sobre los orígenes de la civilización francesa", que la guerra de 1870 debía interrumpir en el momento en que hablaba de Luis XI. El gran historiador insiste en



FUSTEL DE COULANGES
DIBUJO DE MACAYA

ellas, por supuesto, respecto de los grandes servicios que prestó la monarquía a la unidad francesa. Refiere el prestigio que hombres como San Luis supieron dar al poder real. Pero sabe que ese poder hubiera necesitado tener contrapeso. Y deplora que no se les hubiera dado antes a las "instituciones representativas" el sitio que la Francia deseaba se les concediera.

Durante la guerra de 1870,

CELESTIN BOUGLE

(PARA LA NACION)

PARIS, mayo de 1930.

bulos. Y en su torno se instalaron los restaurantes de más tono del Buenos Aires alegre y trasnochador.

Todo lo conocido hasta entonces era producto de la industria cinematográfica francesa; después vino la italiana, que realizó mucha fantasía y películas de largo metraje, reproduciendo obras del tiempo de los romanos.

Ya once años más tarde, en 1911, una película francesa titulada "Las manos" motivó la prohibición de la Municipalidad. Era una cinta donde aparecía un insano estrangulador, que elegía sus víctimas buscando siempre mujeres jóvenes y bonitas. Pero en esa época producían tal efecto las escenas traidoras del insano, que el público se sentía molesto y lanzaba gritos de desesperación, contagiado por el despertar brusco de su sistema nervioso. Hoy, esa película como tantas otras, exhibida de nuevo, no produciría el efecto que señaló hace 19 años.

Y por último, ya terminada la guerra mundial vino para el cinematógrafo la época del argumento de novelas, algunas de las cuales, sobre todo las primeras, se pagaron a precio de oro por la escasez de artistas y porque aun no se conocía la producción norteamericana de Hollywood.

Treinta años han bastado para transformar y crear nuevos valores, renovando el panorama del Buenos Aires viejo, descubriendo actividades insospechadas y gustos selectos de un público cada vez más exigente, iniciado en una época reciente, en ciertos aspectos, en la cual fué una revelación

la primera muestra de un gramófono con cilindros, en vez de discos, y en los que se grababan las primeras canciones populares.

Ese primer gramófono fué expuesto en movimiento en la puerta de una vieja juguetería que existe aún en la calle Sarmiento, antes casa Baques y Parera, y recién a los cinco días era adquirido por Bartolito Mitre y llevado a La Nación.

La moda y la vida social determinaron que los casamientos debían tomarse con el cinematógrafo, y la crónica registra la primera tentativa: en la iglesia de Nuestra Señora de la Merced, el enlace de la señorita Ercilia Cabral Hunter con D. Enrique de Anchorena.

Hoy ya es harina de otro costal hablar del cinematógrafo: su propagandista personal más elocuente, revisados sus archivos, resulta ser el doctor Joaquín S. de Anchorena, que a los 21 años de edad sostenía su auspicio a los iniciadores, facilitándoles todos los recursos imaginables para desenvolverse.

Era, por lo demás, ponerse a tono con el ambiente moderno que la ciudad reclamaba; después el mismo que fué jefe de su comuna mereció la consagración de los pelliculeros, con el recuerdo que de él hacen, porque el cinematógrafo no sólo es fuente de recursos, sino signo evidente de progreso edilicio, demostrativo de una influencia social y de la evolución operada en las costumbres y tradiciones de todas partes del mundo, resultando en la actualidad objeto y tema de estudios.

Fustel medita sobre las condiciones del equilibrio político. Llamando en su ayuda a las lecciones de la historia, se ocupa en buscarle contrapesos al mismo cuerpo legislativo.

Hubiera querido darle poderes bastante amplios a una Cámara de Cuentas, a una Alta Corte, a un Consejo de Estado. Servirían, a lo que parece, de compensadores a los excesos posibles del parlamentarismo.

En resumen, ni demócrata ni monárquico, liberal ante todo y deseoso de asegurarle garantías a la libertad construyendo diques contra el absolutismo, ya sea éste de abajo o de arriba, tal nos resulta Fustel de Coulanges. Y hubiera encontrado muy buenas razones para desoir tanto a los que pretendían arrastrarlo a la derecha como a los que querían arrastrarlo a la izquierda.

Sin embargo, en su filosofía, en su concepción de las fuerzas que engendran la historia, si bien se las examina, se ve que tienden más a acercarse al pensamiento de la izquierda que al pensamiento de la derecha.

¿Cómo termina el historiador de la "Cité Antique" su magistral demostración? "Hemos trazado la historia de una creencia. Se va radicando; la sociedad humana se constituye. Se va modificando; la sociedad atraviesa una serie de revoluciones. Desaparece, al fin; la sociedad cambia de faz. Tal ha sido la ley de los tiempos antiguos". ¿Qué quiere decir esto sino que por medio de una creencia, de una idea colectiva e imperativa, Fustel explica la génesis y las transformaciones de la ciudad? Tesis que se aproxima mucho más a la de Augusto Comte, afirmando que todo el mecanismo social descansa sobre opiniones, que a la de Karl Marx, sosteniendo que toda la ideología sólo es superestructura. En todo caso, esa tesis lo pone en oposición con los "realistas" de

todo origen, puesto que se fundan en las fuerzas materiales más bien que en un ideal moral.

¿Se dirá que Fustel creyó ver en ese predominio de las ideas, la ley de los tiempos antiguos, y que respecto de los tiempos modernos hubiera tenido muy distintas vistas? El mismo indica, en efecto, que en los tiempos modernos el interés alza cada vez más la voz. Habría concedido, por lo demás, que en la constitución de los estados, la religión ocupa cada vez menos sitio. ¿Quiere esto decir que hubiera excluido de las fuerzas motrices de la historia todo lo que significa sentimiento y, sobre todo, la idea de que las naciones las forma su unidad y su voluntad de mantenerla? Muy lejos de eso.

Es imposible no recordar a este respecto la actitud severa que adoptó Fustel respecto de los teorizadores alemanes de la nacionalidad, que tendían—sin tener en cuenta los sentimientos expresados por las poblaciones—, a identificar nacionalidad y raza. ¿Qué paliza no le dió al gran historiador Mommsen, demostrándole que en los tiempos modernos las naciones tienen cada vez menos en cuenta la unidad de razas y aun la unidad de lengua? Es la unidad de ideas, es la comunidad de voluntades lo que prima, lo que hace ley. La carta a Mommsen se terminaba así: "Es posible que Alsacia sea alemana por la raza y por la lengua; pero por la nacionalidad y el sentimiento de la patria es francesa. ¿Y sabéis quién la hizo francesa? No fué Luis XIV. Fué nuestra revolución del 89."

El pensamiento de Fustel de Coulanges se confunde aquí con el de Renán en su famosa conferencia: "¿Qué es una nación?" "Una nación es un alma, respondió, un principio espiritual". Y nos es lícito ver en esta emergencia una prueba del ascendiente que conservan tradicionalmente en Francia, sobre la mayor parte de nuestros historiadores, como sobre la mayor parte de nuestros filósofos, las tendencias idealistas. Las ideas invasoras del "realismo" están lejos de poder sumergir esos faros.

La Afeitada que Será una Sorpresa



La crema de afeitar Palmolive le dará máxima comodidad y rapidez al afeitarse. El método antiguo de frotarse primero la crema o espuma con los dedos para ablandar la barba ya no existe en la afeitada moderna, pues un poquito de crema de afeitar Palmolive ablanda la barba más dura en un minuto.

La crema de afeitar Palmolive supera a las demás en 5 cosas:

- 1—Su espuma se multiplica por sí misma 250 veces.
- 2—Ablanda la barba más dura en un minuto.
- 3—Su untuosa espuma se conserva fresca en la cara 10 minutos.
- 4—Sus fuertes burbujas soportan los pelos para cortarlos.
- 5—La mezcla de sus aceites de palma y oliva obra como una loción después de afeitarse.



\$ 1.40

el tubo en la Capital

Cada mañana afeitese con la crema de afeitar Palmolive. Acentúa su personalidad, pues conserva la cara bien afeitada en todo momento. Toda persona que usa la crema de afeitar Palmolive una o dos veces, decide usarla siempre. Compruébelo enviando este cupón.

7 Afeitadas Gratis
Cortar Palmolive Para Lida.
Dpto. del Este 1907 - Bs. Aires

1—Envíame envíos 1 muestra gratis de
1 Crema de Afeitar Palmolive incluído
5 centavos para impuestos

Nombre (Escritura clara) _____
Dirección (Escritura clara) _____

CREMA DE AFEITAR PALMOLIVE

"Maquiavelo pensaba de las mujeres, que cumplan su misión como la tierra labrada produce sus cosechas. Salvo esta función, a su juicio, proporcionaban un matiz humorístico a la existencia, estimulando al trabajo a las personas honradas y haciendo perder el tiempo a los príncipes. Cuando entraba a su cuarto para escribir, Maquiavelo dejaba a la puerta, con sus ocupaciones vulgares, el recuerdo de la Mujer.

Yo creo que con ella dejaba, no sólo el barro, sino el alma insospechada de la vida". —(WELLS, "El nuevo Maquiavelo").

SON los escritores ingleses, a mi juicio, quienes estudian actualmente el problema social de la mujer — como, asimismo, todos los que con él se relacionan — con un criterio más inteligente, más profundo, más desinteresado y más sano.

La causa de esta extraordinaria comprensión que, a despecho de lo que ha dado en llamarse "antagonismo de sexos", confiere al novelista dignidad de psicólogo sutil, tiene raíces lejanas en el tiempo. Tendríamos que remontarnos para encontrarlas hasta aquellos primitivos pueblos de raza anglosajona, cuyas tribus, crueles y bárbaras, demostraron, sin embargo, en todo momento, respeto y consideración a la mujer. Y este sentimiento, que uno de los pueblos más tradicionales de la tierra conserva intacto, encuentra adecuada expresión, no sólo en las costumbres en el arte y en la literatura. A este respecto, es oportuno recordar que con Edmundo Spenser se introduce en la poesía inglesa un asunto desconocido o desdeñado por las literaturas de origen latino: el amor conyugal, la felicidad apacible del "home" como motivo inspirador.

¿Qué de extraño, pues, que frente a la inquietud que agita el alma femenina en estos momentos, el novelista, el dramaturgo, el ensayista, sepan recoger todos sus ecos con extraordinaria fidelidad? Y este es, en particular, el caso de Heriberto J. Wells, cuya profusa obra refleja los múltiples aspectos de una lucha encaminada a la consecución de un ideal, confuso a veces, claro y determinado otras, pero siempre complejo por su contenido y rico en posibilidades. Caso, por lo demás, raro si no único.

Y ahora corresponde tratar de justificar la afirmación, en apariencia quizá excesiva, con que se inicia este comentario.

So pretexto de defender los derechos de la mujer ha surgido, en estos últimos años, una pléyade de escritores de ambos sexos, avezados, según parece desprenderse de sus métodos de novelar, al estudio de almas femeninas. ¿Quién desconoce el tipo de novela que han realizado?

Se abusa en ellas de la fisiología y del psicoanálisis freudiano; los motivos de acción de sus personajes, por lo común mujeres, tienen por único origen sentimientos primarios y primitivos; sus aparentes complejidades psicológicas (sus "complejos", para llamarles con el nombre técnico) pueden, con muy poco gasto de actividad imaginativa, verse reducidos a un común denominador. Por lo que se refiere al conflicto, queda limitado en casi todas estas obras al dilema sobre el que insistió con su natural gracia el humorista holandés Multatuli. (Remito al lector curioso al capítulo de sus "Páginas Selectas" titulado "Las heroínas"). En cuanto al "vivir su propia vida", lema y mote de todas estas almas exquisitas, hace convertido hoy en un manoseado eufemismo cuyo torpe significado no engaña al más inocente...

En términos generales puede afirmarse que muchos de los presuntos analistas dieron prueba de un absoluto desconocimiento del alma femenina, ya porque aplicaron al estudio de ella los principios de su propia psicología, ya porque echaron mano a procedimientos basados en fórmulas falsas, en clisés convencionales. En otros casos es lógico suponer, dada la forma en que encararon el asunto, que no fueran sino pescadores ansiosos de agitar el río de la disconformidad femenina, a fin de alzarse con el provecho.

Cuando no ignorancia o mala fe, ha habido elegante menosprecio semiencubierto por el brillo de un finísimo humor. Se recordará, tal vez, como una réplica vigorosa a todos estos casos, el muy especial de Ibsen; pero sus heroínas sobrepasan la talla común. La más cercana a ella es Nora, pero no creo que su psicología convenga a todo el mundo. Por lo que a mí respecta, encuentro acertado el concepto de Spengler cuando afirma que Nora es "una provinciana desorientada por la lectura".

Le falta motivación psicológica y, por ende, humanidad.

Muy otra es la actitud de Wells ante un problema que considera de trascendencia más que individual. Comienza por reconocer modestamente, por boca de uno de sus héroes, la escasez de recursos con que cuenta para emprender su obra de crítica y de revisión de valores: "Las mujeres se engañan hasta a sí mismas, por lo que jamás nos dicen nada verdadero y eso destruye mi pobre capacidad para el psicoanálisis". Pero porque se libra del grillete de prejuicios y rechaza por inútiles las "recetas" para escribir obras de tesis, llega mucho más lejos que todos sus predecesores en la materia.

Por eso, ¡qué extraordinariamente rica en sugerencias resulta, comparada con las anteriores, la obra de Wells!

¡Cuánta realidad hay en su galería de tipos femeninos! Frente a todas aquellas enfermizas o convencionales criaturas, ¡qué sana, qué segura de sí misma resulta una Ana Verónica, una Cristina Alberta! Tipos representativos de una clase social, de un momento, han sido creadas con tal calor de humanidad que creemos ver agitarse tras de sus fuertes individualidades toda una legión de valientes muchachas inglesas.

"Yo no me inclino. Yo me sublevo, no para maldecir con débiles gestos de desafío, sino para conseguir la victoria. Yo soy un orgulloso insubmisivo. Yo tengo el corazón lleno del orgullo de Dios. (WELLS, "La llama inmortal").

LA experiencia de la guerra, tan dolorosa como fecunda, incita a Wells a lanzar una mirada de conjunto sobre la organización y marcha de la sociedad actual considerada en su multiforme aspecto. Una conclusión desoladora surge de esta confrontación con la realidad, conclusión que se repite como un leit-motiv doloroso a través de las páginas de su obra: la sociedad es un caos; sus dirigentes y organizadores marchan a ciegas y la obra de que se jactan carece de plan, es hija del azar. El mundo actual vive en la ignorancia absoluta de su papel en la historia, en la ignorancia absoluta del que le reserva el porvenir.

El espectáculo que le ofrece el mundo no puede ser, en verdad, más desmoralizador. "He llegado a esto — dice en una de sus conferencias —: todas las mañanas abro el periódico con el corazón oprimido y casi nunca encuentro en él nada que lo consuele. Todos los días hay un nuevo cuento de sangre imbecilmente derramada. Todos los días leo de cólera y de odio, de tiranía, dolor y miseria — cólera y odio estúpidos, miseria y dolor inútiles — de insultos y desconfianzas de los unos y del inane y horrible contento de sí mismos de los otros". Pero la llama inextinguible de una orgullosa fe se mantiene constantemente encendida en su espíritu: fe en los valores eternos y profundos de la vida. "A mí el don de la vida no me deja ingrato. Dondequiera que hay vida y espíritu humano hay motivos y belleza, aunque los motivos sean muchas veces fieros y la belleza trágica y terrible".

Este hombre, cuyo espíritu atesora reservas inagotables de optimismo, no se gasta en vanas lamentaciones. Una esperanza ardiente lo sostiene: ella le muestra el cuadro de la sociedad futura, obra armónica de hombres de estado, educadores, críticos y artistas, gracias a quienes una raza mejor florecerá sobre la tierra. Y a la conquista de esta humanidad sobre la cual debe proyectarse la obra de la inteligente minoría, se lanza el escritor con entusiasmo. Wells agarró su ideal, lo llama lo llama con nombres sonoros y simp-

losos: Prometeica, La Aventura Inmortal, El Salvamento de la Civilización...

Se ha dicho alguna vez — y casos numerosos confirman la apreciación — que la obra suele ser el reflejo del hombre. Si la cabeza dolocéfala y la sonrisa fina de George Bernard Shaw rirían con su brillante paradoja y su desconcertante humorismo, la cabeza braquicéfala y la mirada al infinito de Wells hablan de una recia personalidad de utopista y constructor.

Lo más admirable en él es que, no obstante glosar en casi todas las últimas obras el mismo asunto, jamás se repita. Cada una de ellas plantea un nuevo problema, pone en pie un nuevo conflicto: en "Ana Verónica", la situación de la mujer emancipada legal, pero no económicamente, frente a la familia; en "La esposa de Sir Isaac Harman", la de la esposa avara de sus derechos frente al marido; en "El padre de Cristina Alberta", el conflicto que podríamos llamar, parafraseando a Turgueniev, de madres e hijas, y la actitud de la mujer moderna frente a la vida; en "El nuevo Maquiavelo", los resultados de una deficiente educación sexual; en "El mundo de William Clissold", junto a una filosofía general sobre las instituciones según los puntos de vista del autor, la revelación de "la fuerza y la belleza del amor, entre la mujer y el hombre".

El mensaje de Wells abre, así, ante nuestro espíritu una serie de interrogantes, insinúa como respuesta una serie de soluciones. Su vasta labor crítica no es el ariete demolidor que destruye por destruir. Destruye para reconstruir; señala las fallas, insiste sobre los males con valentía.

Con el ardor del sabio que se rodea en su laboratorio de casos y, escalpelos en mano, corta, experimenta, anota, para alcanzar su verdad, Wells observa los conflictos creados a su alrededor, pone el dedo en la llaga, prescribe y sueña en curar. Lleva a la vida, a la novela, su entusiasmo por la vivisección. Su gesto, en una palabra, es el del sembrador que arranca la maleza y la cosecha ruin, para derramar con gesto generoso una simiente nueva.

La necesidad de plantear el primero es obvia: siempre se ha confiado en manos de los educadores el tesoro misterioso del porvenir. En cuanto a la mujer, la "eternamente herida", ¿qué papel desempeñará en la obra de la reconstrucción social? ¿Se mantendrá como hasta el presente, mera espectadora, al margen de ella, o entrará a actuar de lleno junto al hombre, su natural compañero?

Veamos antes cómo y desde cuándo se plantea el problema de los derechos femeninos en la obra de Wells: Un examen somero de ella nos infunde la convicción de que la forma en que encara dicho asunto varía fundamentalmente desde sus primeras novelas hasta las del presente. Mejor dicho, en aquellas Wells no se ha avocado aún el estudio de un asunto que, al revelarse más tarde, no revelará la complejidad de aspectos que asume en

los últimos capítulos de sus novelas. Pero de cualquier modo, desde las unas hasta las otras, advertimos una cadena invisible que las eslabona y que hace girar el mundo de sus criaturas en torno a los más profundos conflictos vitales.

A lo largo de esta evolución pueden señalarse tres etapas que corresponden, en cierto modo, a tres de sus maneras de escritor. (Descarto, por supuesto, la novela utópica y fantástica representada por "La guerra de los mundos", "Hombres como dioses", "Los primeros hombres en la luna", "El hombre invisible" y otras).

La primera de ellas, puramente humorística, nos presenta una obra sin trascendencia filosófica ni social, cuyo héroe es el modesto empleado de tienda que disipa sus horas de ocio recorriendo en bicicleta las soleadas carreteras de Londres; el inventor de específicos, ducho en multiplicar el anuncio comercial de acuerdo a los dictados de un ingenio y una fantasía envidiables; el preceptor que, ansioso de llegar, ajusta su vida a un implacable horario de trabajo. A este héroe corresponde una heroína de mediocre talla: la muchacha sin carácter, de mentalidad inferior, o el tipo más común de la "marisabidilla" que Wells sabe pintar con finísimos rasgos de humor. "Almas artificiales", todas ellas, profesan las ideas del último libro que han leído. A esta época corresponden los personajes de "Ruedas de fortuna", "Tono Bungay", "Kipps" y "El amor y el señor Lewisham".

Viene luego la novela que por su contenido ideológico podríamos llamar de transición. "Ana Verónica" y "La esposa de Sir Isaac Harman" me parecen las más representativas de este momento. En ellas tenemos diseñado el tipo de la "sufragista", en cuyo espíritu una evolución demasiado brusca empuja el equilibrio perfecto; cuya noción de deberes y derechos, de responsabilidad y libertad, aun no se ha definido claramente. Ana Verónica y Elena, en especial la segunda, protagonistas de las novelas citadas, corresponden a esta categoría. Los rasgos con que han sido perfiladas adquieren por momentos escorzo de caricatura.

Y, por último, en el lugar cimero, la muchacha cerebral, segura de sí misma y del camino que se ha impuesto, ajena a toda preocupación que no sea la de su propio perfeccionamiento, cuya figura mejor lograda es, a mi juicio, Cristina Alberta. Y alrededor de ellas, en segundo plano, una serie de criaturas de menor dignidad espiritual que no constituyen otra cosa que la gran masa.

A través de todas estas novelas podemos seguir paso por paso el progreso de la falange femenina y la evolución que ha sufrido el concepto de su misión social. Pero esto no es todo; esto no es nada. Lo interesante y alentador es comprobar cómo a esa sucesiva conquista material corresponde un perfeccionamiento interior, una suerte de superación cuyo proceso podemos estudiar también, paso tras paso, a través de la nutrida galería de mujeres que nos brinda la obra de Wells.

¿A qué responde en ella esa variedad de puntos de vista? No podemos suponer en el autor una intención previa, desde el momento que el mismo motivo se repite con persistencia en sus últimos libros. ¿Es que ellos van reflejando fielmente, como pudiera hacerlo un espejo, las conquistas del derecho femenino en la Gran Bretaña? ¿Es la reacción de post-guerra en lo que concierne a la crítica de todos los valores?

Cualquiera de estas hipótesis, o ambas a la vez, son admisibles considerando el orden cronológico de aparición de sus libros. Pero sí, por otra parte, reconocemos que los últimos de ellos son hasta cierto punto autobiográficos en que Wells hace entroncar con la anécdota que les da vida, su individual concepto de las instituciones sociales, la religión, la moral, etc., podemos admitir como propia la manifestación que sirve de epigrafe a este trabajo. A este tercer período corresponden "El nuevo Maquiavelo", "El mundo de William Clissold" y "Mister Blettworsthy en la Isla Rampole", de publicación reciente, libro que contiene como sintetizadas las distintas maneras de Wells y en el que la narración alegórica encubre una vigorosa sátira política y social.

Novelas de recia envergadura todas, en las que, sin embargo, echamos de menos aquel delicioso humorismo en tono menor propio de las primeras, constituyen por su contenido un nuevo tipo dentro del género. En algunos de sus capítulos realiza el genial escritor una revisión completa de todos los va-

(Continúa en la pag. 33)

LA MUJER EN LA OBRA DE WELLS



H. J. WELLS
Caricatura de Raphael Nelson

POR ANA MARIA BENITO

"La conciencia social de las mujeres me parece una mina de riquezas aun inexplorada y casi intacta para los planes constructivos de la sociedad". —WELLS.

DE esta compleja cuestión que parece obsesionarle dolorosamente, dos aspectos revisten para él capital importancia: la mujer y el niño, de donde surgen los dos grandes problemas que polarizarán en gran parte su entusiasmo, el problema de la educación de éste y de los derechos de aquélla.

La necesidad de plantear el primero es obvia: siempre se ha confiado en manos de los educadores el tesoro misterioso del porvenir. En cuanto a la mujer, la "eternamente herida", ¿qué papel desempeñará en la obra de la reconstrucción social? ¿Se mantendrá como hasta el presente, mera espectadora, al margen de ella, o entrará a actuar de lleno junto al hombre, su natural compañero?

Veamos antes cómo y desde cuándo se plantea el problema de los derechos femeninos en la obra de Wells:

Un examen somero de ella nos infunde la convicción de que la forma en que encara dicho asunto varía fundamentalmente desde sus primeras novelas hasta las del presente. Mejor dicho, en aquellas Wells no se ha avocado aún el estudio de un asunto que, al revelarse más tarde, no revelará la complejidad de aspectos que asume en



Femenil

La mejor revista para el hogar

mañana aparecerá

el

número

extraordinario

dedicado a las

modas de invierno

PRECIO DE COSTUMBRE:

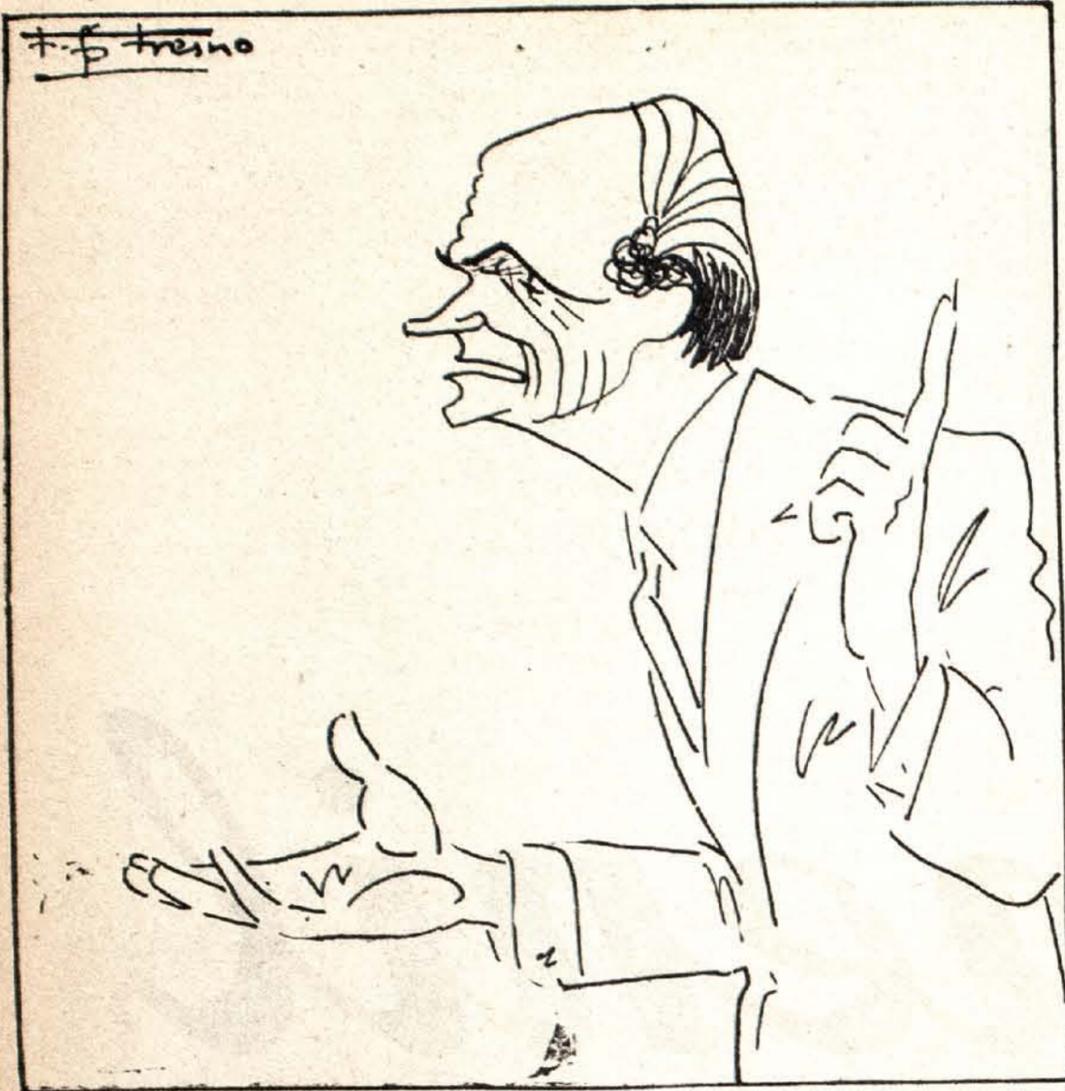
20 ctvs. **30** ctvs.

EN LA CAPITAL • EN EL INTERIOR

• • EDICION DE • •

200 PAGINAS

ADMINISTRACION - BALCARCE 236



Ortega y Gasset (caricatura de Fresno)

LOS ARGENTINOS SEGUN ORTEGA Y GASSET

mos—en que nos considera "el pueblo con más vigorosos resortes históricos que existe hoy". Si ha visto en el hombre de este país algunos defectos, es indudable que ha callado los más graves.

Ortega y Gasset ha incurrido, antes de empezar su ensayo, en varios errores. No hay un tipo único de argentino. Yo señalaría, por lo menos, dos: el provinciano y el porteño. Si bien el provinciano va siendo influenciado cada día más por el espíritu materialista, cosmopolita y superficial de Buenos Aires, es indudable que todavía en él persisten algunas virtudes, siquiera sólo latentes — y algunos defectos — que le diferencian del porteño. Ortega ha hablado del porteño creyendo hablar del argentino. Tampoco me parece acertado excluir a las mujeres de la psicología que atribuye al hombre de este país. Todos nuestros defectos — desde la vanidad hasta la ausencia de vida interior — los encontraremos también en las mujeres. Y por fin, es evidente que el escritor español sólo ha tenido ante el microscopio a una clase de argentinos: a los que actúan en el ambiente social o en el ambiente universitario. A los escritores, a pesar de ser sus colegas, me consta que no los conoce bien. Al hombre de las clases intermedias — tan argentino como el otro — no lo ha tratado. Y al pueblo, creo que lo ignora casi en absoluto. Y no se diga que el conocimiento del pueblo carece de importancia para este caso, pues no sólo el pueblo es lo que más carácter tiene siempre, sino que, en este país, del pueblo proceden numerosas familias que ahora actúan en el gran mundo, así como importantes figuras de la política, de los negocios y de las actividades intelectuales. Me parece que Ortega, como casi todos los escritores y conferencistas ilustres que nos visitaron, ha preferido recoger su información entre las bellas e inteligentes damas que acostumbran a agasajar a los extranjeros eminentes. No critico a los otros por haber consentido en tan agradable acaparamiento de sus personas. Por el contrario, los considero dignos de envidia. Pero es evidente que las mujeres de nuestra "élite" social — y a la vez intelectual — no constituyen el mejor observatorio de la vida argentina. Viven espiritualmente en Europa — en París —, y las felices circunstancias de su existencia les han evitado las molestias de conocer, entre otras cosas, las provincias del interior, así como las opiniones y los sentimientos que no sean los de la restringida clase a que pertenecen.

Hay aquí dos clases de hombres: "un núcleo perfectamente nacionalizado y en torno una periferia de la reciente inmigración". El primero es el hombre histórico que la tierra ha plasmado; el segundo — hombre de aluvión — es el que parece predominar ahora. El afán de riqueza, traído por el inmigrante, ocupa en este país un lugar anómalo. Con tal de ganar dinero, todo es bueno. Se ha multiplicado la audacia de los audaces. "Cualquier individuo puede, sin demencia, aspirar a cualquier puesto, porque la sociedad no se ha habituado a exigir competencia". Son innumerables las personas que ejercen actividades de manera improvisada. Es muy frecuente que un argentino sea una cosa hoy y otra mañana. Y la consecuencia de la improvisación es la necesidad de defenderse, de no mostrar que se ocupa una situación sin merecerla. Esta falta de adherencia y amor al oficio se da en las factorías. El argentino tiene tal falta de vocación que no se entrega a nada, ni siquiera a los placeres. Sólo se interesa por sí mismo, y es egoísta. Está encantado de sí mismo; pero no de lo que es, sino de la imagen que de él se ha formado. "La forma desmesurada y más gruesa de esa propensión a vivir absorto en la idea de sí mismo, que padece el argentino", es el guarango.

Buen número de estas ideas u observaciones son, como ya dije, verdaderas, pero el punto de partida no es un hecho suficientemente general. El argentino medio no es precisamente reservado. Tal vez lo sea el provinciano del interior; no el hombre del litoral. Somos reservados, naturalmente, si se nos compara con los españoles, quienes, según me refiere un amigo que ha frecuentado la aristocracia madrileña, le cuentan a uno, en la primera conversación, las características y defectos de todas las personas de su familia. Nosotros, en general, decimos lo que pensamos, y con toda claridad, sin velar nuestras opiniones con eufemismos u otros disfraces. Ignoramos la admirable "politesse" de los franceses, y los cumplimientos y alabanzas a que son tan aficionados, por ejemplo, los italianos y los brasileños. Jamás se ha dicho que seamos reservados con los extranjeros, y la prueba del error de Ortega y Gasset está en la fácil aclimatación, en esta tierra, de hombres de todas las naciones.

Es posible que exista una aparente indiferencia y reserva entre las escasísimas personas que poseen pretensiones de aristocracia. No habiendo aquí aristocracia, no faltan, en el mundo social, los que, creyendo así ponerse por encima de los demás, adoptan aprendidas maneras frías. Santiago Rusiñol, en su libro "Un viaje al Plata", ha observado con bastante gracia la "pose" de indiferencia del porteño. "El porteño — dice — parece indiferente a todo lo que le rodea y a todo lo que ve. Amante del teatro, va al espectáculo con aparente pasividad; y nunca ha habido un espectador que pueda llamarse espectador con más derecho; y va a los grandes círculos y en las discusiones siempre habla a media voz, y hace el efecto de que el discutir le parece una cosa inútil; va a Palermo en su automóvil, y se pasea medio tendido, como si padeciese "de" indiferencia". En realidad — y aparte de lo que acabo de decir, existe entre nosotros, en cuanto a los hábitos sociales, una gran influencia británica. ¿De dónde viene? ¿Acaso de que en el país se establecieron numerosos ingleses de los que nos invadieron en 1808? ¿Acaso la relativa frialdad en ciertos grupos sociales proviene de una reacción contra las moda-

(Continúa en la pág. 17)

P O R MANUEL GALVEZ

POCAS novedades, a mi entender, contiene el reciente y ya famoso ensayo sobre los argentinos, de José Ortega y Gasset. En la tarea de definir al hombre de este país le han precedido otros escritores, españoles o argentinos. La trascendencia del trabajo de Ortega y Gasset se explica por la general ignorancia respecto a sus antecesores; por la autoridad que da a todas sus páginas el prestigio del escritor español; y por el arte con que se expresa.

Pero el ensayo de Ortega no ha indignado, como él supone, a los argentinos capaces de juzgarle. Los ataques de que ha sido objeto carecen de valor: han aparecido en publicaciones que practican el "periodismo sensacional" y que estimulan a sus colaboradores para todo aquello que avive el interés del público. El ensayo del escritor español era un plato excelente; podría afirmarse que no lo dejarían pasar en silencio. De un tiro se mataban tres pájaros: atacar a un escritor aristocrático, pasar por patriotas y atraer la atención sobre sí.

No todos los argentinos pueden juzgar las observaciones de Ortega y Gasset. Su punto de vista europeo reclama un conocimiento, siquiera superficial, de lo que es la cultura en Europa. Quien no haya pasado el Atlántico, por lo menos espiritualmente, no comprenderá a Ortega y Gasset. He hablado con numerosas personas cultas y puedo asegurar que casi nadie lo desaprovecha.

Lejos de indignarnos, debemos agradecerle su benevolencia. Entre sus elogios citaré éste: "El hombre del Plata es uno de los mejor dotados que acaso haya". Y esta frase, que no parece aplicable a nosotros — tan escasamente la merece-

Armonía Perfecta



Vigor Juvenil — Dientes Primorosos

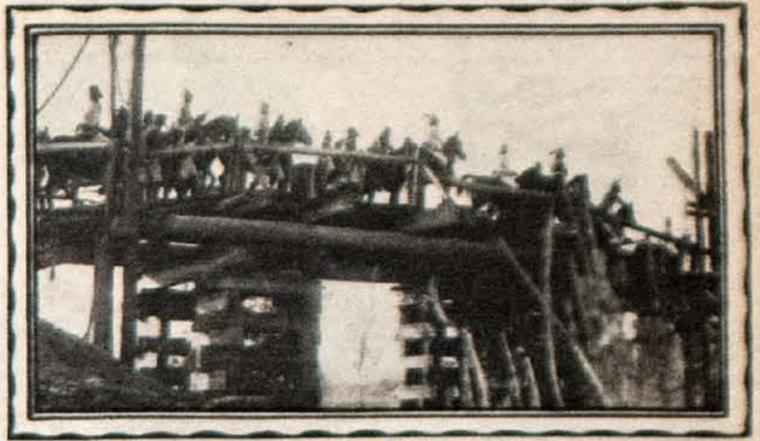
ELLA deshza sus dedos como una caricia sobre el teclado. Por entre sus labios asoma una blanca hilera de preciosos dientes. ¡Perfecta y encantadora armonía! La Crema Dental Squibb ha conservado exquisitamente su dentadura, y la ha protegido debido a que contiene más de 50 por ciento de Leche de Magnesia Squibb, la cual penetra a los puntos inaccesibles al cepillo y neutraliza los ácidos perjudiciales en La Línea del Peligro, donde la encía toca el diente



CREMA DENTAL SQUIBB
E. R. SQUIBB & SONS, NUEVA YORK
Químicos Manufactureros Establecidos en el Año 1858

SIGFRIDO ESPECTADOR

Una escena de la misma película



cometía un error de perspectiva por el deseo impaciente de conocer la verdad, y se rechazaba de antemano toda otra exposición de la guerra por donde sólo se suponía que la falsedad podía presentarse.

De las dos acciones directas que comete el hombre para ver las cosas: la acción telescópica de acercarse las cosas a sí y la acción microscópica de acercarse él a ellas, se eligió y consideró ésta como la única valedera para ver la guerra mayor de que se ha tenido noticia. Se empezó tomando del lobo de la guerra — muy de cerca — un pelo, cual si fuera bastante. El éxito de la novela de Arnold Zweig señaló ya una evolución en la curiosidad pública.

Conocido el dato inmediato de las trincheras, la curiosidad no quedaba satisfecha.



La novela que mostrara el mecanismo de la guerra había de tener éxito. Arnold Zweig presenta el mecanismo de un estado mayor alemán como una máquina de injusticia inexorable que tritura a un pobre prisionero ruso a pesar de los esfuerzos que por salvarlo hacen los funcionarios, los que tienen el secreto, los resortes de la maquinaria. Ni el juez militar, abogado judío volteriano y humanitario, por lo tanto; ni su secretario, un escritor en la vida civil; ni el ayudante del general, oficial brillante; ni el general mismo, noble y protestante prusiano, que no es la personificación — mejor dicho: la mecanización — de la guerra, que no es Ludendorff; ninguno de los que disputan a esta personificación mecánica de la guerra la vida del sargento Grischa, prisionero ruso escapado y recogido, pueden salvarlo.

Para los alemanes, uno de los aspectos más interesantes de la obra es la oposición entre la clase burguesa, apoderada con hombres como el general Ludendorff (o el almirante von Tirpitz) de los mandos prusianos, según debe suceder en el fin del Imperio, y la clase de los nobles auténticos, relegados inevitablemente a segundas partes, los viejos nobles con el aire aun de soldados a la federica. Este aspecto no es el único aspecto histórico de la novela de Arnold Zweig. Toda ella tiene algo de novela histórica, en el buen sentido de la palabra, pues es lo que tiene de "Guerra y paz". Desde luego, el historicismo, la justificación no ya psicológica, también histórica de los personajes, el

Durante la filmación de "El resto de la compañía", en los estudios de la UFA



Conrad Veidt en "El resto de la compañía"

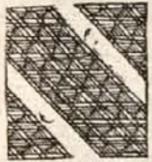
EL TEATRO, EL CINEMATOGRAFO Y LA GUERRA

POR

CORPUS BARGA

(Para LA NACION)

BERLIN, mayo de 1930



NOLLENDORFF-PLATZ es una plaza que no puede ser más berlinesa. Tiene un nombre de general; tiene atravesada, como una banda, una pesada estación aérea del tren metropolitano; tiene un teatro y dos salas cinematográficas, una con el nombre de un gran músico, nada menos que Mozart; tiene más de media docena de restaurantes y cafés con pastelería; tiene cuatro o cinco tiendas de tabacos... Sólo le falta el gran almacén de todo, que además no lo tiene lejos, para ser un surtido completo de Berlín servido en un plato de gigantes.

En el teatro de la plaza de Nollendorf resuena ahora el último eco de las novelas de guerra. ¿Por qué las novelas de guerra, las mejores novelas de guerra, son contra la guerra? No pienso al hacerme esta pregunta en las novelas, alemanas o francesas, referentes a la guerra última; pienso, naturalmente, en la mejor novela de

guerra, en la novela de Tolstoi: "Guerra y paz", pues no se trata de un problema sólo alemán o francés y únicamente debido al estado actual de Europa, sino de un problema consecuente y literario, con categoría universal.

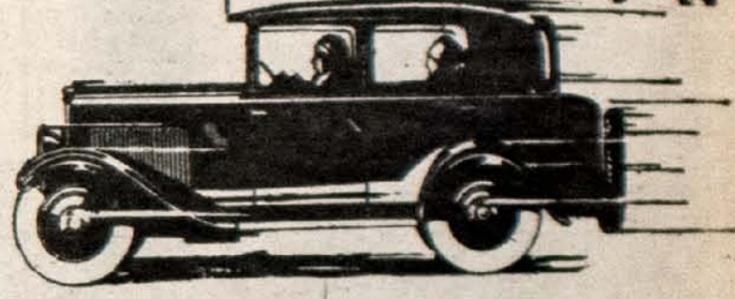
Semejante modalidad de las novelas de guerra se explica, en efecto, por motivos literarios más que por motivos políticos o sociales. La novela, por ser la prosa de la épica, es el género literario que encuentra motivo para hacer la crítica de la guerra, como la poesía épica es el género literario que encuentra motivo para exaltarla.

Y hasta qué punto el teatro se ha hecho prosaico y novelesco, véase ahora en este teatro de la plaza de Nollendorf, donde se representa una obra que es la crítica de la guerra simbolizada en el nombre de un general precisamente con la misma resonancia que Nollendorf, el general Ludendorff.



La novela de Arnold Zweig, traducida al castellano bajo el título de "El sargento Grischa", fué concebida, y me parece que escrita primeramente, como drama. Publicada como novela tuvo tanto éxito, que algunos han llegado a considerarla como la mejor novela motivada por la guerra última. Recuerda a "Guerra y paz", a una parte de la antiépopeya tolstoyana, la parte que presenta la guerra vista en un Estado Mayor.

El primer interés hacia las novelas de guerra, después de la guerra última, fué a las novelas — de Barbusse, de Remarque, cuando se renovó el interés — que presentan la guerra en las trincheras. "La guerra es eso" se pensaba. Se



Comentario Halagador...

Dirección suave... liviana... Motor seguro... obediente... Carrocería elegante... confortable... Tales son los principales requisitos que la mujer exige en un automóvil... Tal el comentario que provoca PEUGEOT "201", motor de cuatro cilindros, 1 lt. 112 de cilindrada, 6 H.P., 2,45 mts. de distancia entre ejes y cuya velocidad se acerca a los 100 kms. por hora!!!

S. A. des Automobiles Peugeot

Sucursal Argentina
 Agencia General de Panhard y Levasor
 Salón Exposición y venta: Callao esq. Tucumán U. T. 44 - Juncal - 3982
 Talleres: Franklin 708, esq. Guona U. T. 60 Caballito 3371

SEDAN TRES SERIES Desde \$ 1.995 m/n

¡Hasta 300 Kms. con 20 Lts. de nafta!

Automóviles Peugeot

EL CUATRO

Insustituible para la ciudad... Incomparable para el campo...

Las COCINAS MALUGANI

son las más ECONÓMICAS

SOLICITE CATÁLOGO "N"

Visiten la Exposición Humberto 1° 1084 al 86 BUENOS AIRES



La muerte de un soldado en "El resto de la compañía"

quita virulencia a la novela de guerra.

mostrar que en los estados mayores alemanes y en la vieja Alemania no se había perdido el sentido de la justicia,

Pero la novela de Arnold Zweig es todavía más contra la guerra que la de Remarque o la de Barbusse. Su carácter objetivo, puesto que histórico, hace más horrible el horror de la guerra. Lo que hace tam-

bién, justamente porque se extiende este horror, es que lo separa de las trincheras y señala una teoría de horrores que puede llevar sin querer a dar la vuelta a la visión de la guerra. La guerra tiene cruz (ni que decir tiene); y por monstruosa que sea, ¿no tendrá también alguna cara.

“La disputa en torno al sargento Grischa”, la adaptación o la versión teatral de la obra de Arnold Zweig, puesta en escena por Granowsky en el teatro de la plaza Nollendorf, resulta de un dramatismo más logrado que el de la novela. Granowsky ha sido director de uno de los mejores teatros del mundo, el teatro judío de Moscú. Con él dió la vuelta a Europa hace dos o tres años y, luego, separado de su teatro, se quedó solo en Berlín. Se quedó trabajando en los teatros berlineses sin conseguir el éxito que tuvo con el teatro judío. “La disputa en torno al sargento Grischa” ha sido el triunfo de Granowsky, quien ha utilizado como pintor escenógrafo a George Grosz, el ferroz dibujante de la nueva burguesía.

Granowsky no ha querido hacer esta vez ninguna innovación escénica, pero ha realizado de mano maestra, por ejemplo, una barraca de Estado Mayor en el frente, los puestos telefónicos de la guerra y, valiéndose de la escena giratoria, la visión de un cuartel en sus diferentes partes: muros, patio, cuerpo de guardia, calabozo... Procedimiento muy alemán, muy de Reinhardt. Es imposible dar idea por fotografías de semejante decoración sucesiva. Su virtud se halla en el movimiento. Se diría que es el procedimiento cinematográfico si no tuviera su plasticidad propia.

El cinematógrafo puede meter los ojos del espectador en todos los rincones, acercarlos a los detalles y, no obstante, la pantalla deja siempre misteriosamente a los espectadores a la puerta. Tal es el encanto cinematográfico. Su irrealidad. El realismo de la corporeidad escénica en el teatro hace entrar a los espectadores en la escena. El teatro es más dramático. El cinematógrafo es más poético.

Enfrente del teatro de la plaza de Nollendorf, en el cinematógrafo de la U. F. A. el Pabellón Conrad Veidt vuelve a estar tan bien como en el “Doctor Caligari”, representando un papel opuesto, colocándose en el polo opuesto de lo horrible, haciendo de ángel exterminador, de héroe militar. La película hecha por Krut Bernhart se llama “El resto de la compañía”, y es una película histórica que viene a poeti-

Dagny Servaes en el papel de Babka de “El sargento Grischa”



Herman Thimig y Dagny Servaes en una escena de “El sargento Grischa”

zar la guerra cuando ya parece agotada la lectura de las requisitorias contra la guerra. Se refiere a una heroicidad alemana en tiempos de Napoleón. Trátase de una leyenda, váyase a saber hasta qué punto histórica, todavía no olvidada en Alemania. Trece soldados, resto de una compañía, cumplen la orden de encerrarse en un molino para retrasar la marcha de las tropas francesas, y allí se defienden hasta el fin, allí perecen los trece y la muchacha del molino que no ha querido abandonarlos.

La película es sonora con toda la perfección técnica posible hasta hoy. Pasea la mirada del espectador sobre los detalles de un campo de batalla mientras lleva a los oídos el graznido de los cuervos. Hace ver y oír cómo se hunden en el cieno un jinete y su caballo: los juramentos, los resoplidos, el pataleo. Hace sentir la soledad y el silencio que rodean al molino.

Está hecha con toda sobriedad. No es declamatoria ni patriótica. Los soldados franceses son tan heroicos como los alemanes. Pero la sombra de Hugenberg, jefe del Partido Nacionalista alemán y eminencia gris de la U. F. A., acoge a la película de guerra. La guerra en ella no está presentada engañosamente, no está dulcificada. Está poetizada, exaltada. Tiene los cañonazos, las canciones. Tiene, y esto es lo grave, una verdad primaria que diría: la guerra también da la cara. Tiene la cara del heroísmo.

El público alemán no aplaude la película, a pesar de ser cinematográficamente una de las buenas películas sonoras alemanas. Aplaude en cambio el drama de enfrente. Aplaude al sargento ruso, fusilado por los alemanes; y no aplaude al

capitán alemán muerto por las balas francesas. Sería vano sacar consecuencias y más vano aun profecías políticas de tal actitud. El público alemán mira, al parecer, la película histórica del tiempo de Napoleón, como una película de guerra, y el drama de la guerra última como un drama histórico.

Sin embargo, queda sensiblemente aceptado el ciclo de las concepciones populares de la guerra después de la guerra última. Del dato horrible de las trincheras, pasando por las novelas de retaguardia y de los no combatientes, se vuelve a la línea de fuego para exaltar, no lo horrible, lo heroico. Se vuelve por arriba, como por aeroplano.

Si la poesía de la guerra hubiera que buscarla ya en un aeroplano y no en un molino, aunque “El resto de la compañía” fuese una película de guerra moderna, y su capitán heroico, un capitán aviador, sería una obra de espíritu anacrónico.

Su técnica moderna encierra una verdad antigua. No se puede negar lo heroico de la guerra; sólo que el heroísmo es una terquedad, y a una sensibilidad moderna no le puede interesar la terquedad de la guerra lo mismo que le interesa la terquedad, por ejemplo, de los héroes de la mecánica.

El capitán que se deja matar heroicamente en el molino es con respecto al aviador que atraviesa el océano, lo que la carroza es al avión. El aviador de guerra interesa como aviador, no como guerrero a la antigua.

Lo más horrible de la guerra es lo que tiene de vieja.

LA MUJER ARGENTINA, CREA LA MODA

GRATANDOSE de medias, los colores que se piden hoy en el país son los mismos que copiarán los fabricantes de Europa y Estados Unidos, para la temporada próxima. El gusto argentino anticipa la moda.

Si las “Medias París” son predilectas de las damas, es porque siguen instantáneamente las oscilaciones del gusto.

Los fabricantes de ellas ofrecen sus primicias al público argentino.

Las Medias París están en la vanguardia de la moda.

VENTA AL DETALLE

En las principales casas del ramo de toda la República.

PARIS

MEDIAS DE CALIDAD para señoras, caballeros y niños.

Fabricantes: N. MUÑOZ SAUCA Y SALZMANN
Distribuidores LOPEZ GOYA & Cia. — Alsina 1273
al por mayor: STAUDT & Cia. S.A.C. — B. de Irigoyen 330.

RIO DE JANEIRO

Ciudad del sol y de naturaleza maravillosa, con un Invierno de agradable Primavera.



RIO DE JANEIRO ofrece al turista: UNA HERMOSA CIUDAD MODERNA. CLIMA INCOMPARABLE, AMPLIOS Y LUJOSOS HOTELES RECIENTEMENTE CONSTRUIDOS.

TRES GRANDIOSOS HOTELES PALACE:

Copacabana, Gloria y Palace

Para cualquier información relativa a viajes a Río de Janeiro y reserva de alojamiento en los Hoteles Palace, dirigirse a:

Agencia SALVATIERRA

FLORIDA 524-1er. piso—U. T. 31—Retiro 0936—BUENOS AIRES

Al cumplir 55 años Nicolás Páez cobró \$ 26.500... y se retiró a una vida descansada

Lea cómo lo hizo, en ésta interesante narración... Usted también puede conseguir la misma sorprendente ayuda económica, con toda facilidad.

LA compra de la quinta se convirtió ya en realidad. El 7 de enero de 1930, Nicolás Páez finalizó los trámites para su compra, pues el día anterior, al cumplir 55 años, había cobrado \$ 26.500 en la Compañía de Seguros Sud América. Esto, unido a otras inversiones que había efectuado, le hace posible disfrutar ahora un descansado retiro.

Se sentía, quizás, un poco fatigado, después de tantos años de vida laboriosa y pensaba contentísimo en los años tranquilos de su retiro, suavizados por una madurez experimentada y animado por un espíritu vivaz y un vigor natural, pues, a pesar de todo, Páez había vivido con bastante desahogo.

Consiguió sus fines con este sistema de ahorro metódico.

Hace veinte años soñaba en retirarse. El campo lo encantaba, y sabía que en su vejez desearía más que nunca gozar de un ambiente tranquilo y de los encantos de la naturaleza. Por eso, cuando un representante de la que llegaría a ser la prestigiosa Compañía de Seguros Sud América, le explicó las innegables ventajas del seguro dotal, de inmediato tomó una póliza.

Quería decir, sencillamente, un ahorro metódico. La Compañía invertía este dinero, junto con el de muchas otras personas a quienes había asegurado, para devolver al término del período estipulado, el capital establecido más las utilidades acumuladas:

Y vivió con la tranquilidad de quien sabe a los suyos más protegidos

Además si, por desgracia, Páez no hubiera llegado a vivir hasta los 55 años, su esposa estaría a cubierto de mayores infortunios, debido a que al fallecer Páez, la Sud América le habría pagado inmediatamente el total del valor de la póliza. Pensar ésto, por cierto, da gran tranquilidad.

Páez, apoyado en la ventana, reflexionaba... escuchando el bullicio de la ciudad, que pronto iba a dejar para vivir en el fragante y quieto ambiente de su quinta. Estaba hondamente agradecido. "Qué suerte—decía—que existan compañías de seguros tan excelentes como la Sud América."



10 situaciones que el seguro solucionará para usted...

1. Asegura la adquisición definitiva de la casa o propiedad adquirida por mensualidades.
2. Lo ayudará a guardar dinero.
3. Es la manera mejor para proveer a las personas que dependan de usted.
4. Es indispensable para aquellos que no tienen capital y que gastan todas sus entradas para mantener su hogar.
5. Elimina preocupaciones del espíritu, acrecienta la eficiencia en el trabajo.

6. Fortalece su crédito.
7. Seguros recíprocos entre socios garantizan inversiones de capital.
8. Permite a los padres asegurar una sólida educación a sus hijos.
9. Facilita la formación de un capital.
10. El seguro cubrirá los gastos e impuestos de una testamentaria.

Señale el párrafo que más le interesa. Llène el cupón y mándelo con el cuadro a nuestra sección consultas. Le enviaremos información completa sin que esto signifique obligación alguna para usted. ¡Verá como el seguro puede ayudarlo! ¡Hágalo hoy mismo!

COMPANÍA NACIONAL DE SEGUROS

Sud América

Av. Pte. ROQUE SÁENZ PEÑA 530 - BUENOS AIRES

Esta Compañía tiene el 40% de las pólizas en vigor en el país. Pago \$ 1.329.456,07 durante 1929.
Sus pólizas se liquidan de inmediato. Capital y reservas \$ 35.573.718,77

MANDE ESTE CUPON HOY MISMO

Sección Consultas
Sud América, Compañía Nacional de Seguros
Av. Pte. Roque Sáenz Peña 530 - Buenos Aires
(Para informes verbales diríjase a la Agencia Metropolitana, 25 de Mayo 267 - Buenos Aires.)

Sírvase mandarme gratis información completa explicando como el seguro puede ayudarme.

NOMBRE

DIRECCION

CIUDAD

www.ahira.com.ar



LA VERDAD ACERCA DE RODOLFO VALENTINO

POR

NATACHA RAMBOVA

Una escena de "El hijo del sheik", la última película filmada por Rodolfo Valentino

III

La película "Los cuatro jinetes del Apocalipsis"

L principio Rudy me era intensamente antipático. Resultaba demasiado molesto con sus atenciones, pues siempre estaba pronto para acercar una silla, alzar del suelo el lápiz que se me caía, o alcanzarme el cuaderno de apuntes. Sus chistes infantiles llegaron a cansarme, pero no podía eludirlo, porque, como directora artística, siempre debía encontrarme presente, para cuidar de que todas las escenas se "filmaran" correctamente y con todos sus detalles.

Sólo cuando comprendí que era capaz de actuar, me tomé algún interés por él. Era la persona más fácil de dirigir del mundo. No se hacía necesario hablarle a gritos cuando estaba ante la cámara. Bastaba decirle: "Ahora, Rudy, haga el favor de mostrarse apenado", o si no: "Ahora, un poco de alegría; sonríase. No; así no. Más humano".

El director se limitaba a describir lo que sucedía en escena, y Rodolfo lo interpretaba.

Recuerdo, sobre todo, una escena de "Camila", la más patética de la película, en que Armando, apenado por la muerte de la heroína, se precipita en la habitación de ella, donde están siendo rematadas todas sus pertenencias. Allí ve un libro que él había regalado años atrás, y que ella conservó siempre, e interviene en la puja para adquirirlo.

Antes de empezar esta escena, Rudy pidió permiso para retirarse un momento; luego regresó, y la cámara fué puesta en movimiento. No hubo una sola interrupción. Cuando la escena terminó, todos derramábamos lágrimas, desde el director hasta el chico de los mandados. En cuanto a Rudy, poco después lo hallé sentado en una silla, con la cara oculta entre las manos, llorando como una criatura. No se trataba de una pena fingida, sino de una emoción verdadera.

Quando era aprendiz jardinero

Con frecuencia lo encontré llorando de esa manera, porque recordaba a su madre, a quien quería entrañablemente, o cuando estaba muy afligido porque todo le había salido mal. Como era extranjero y desconocido, su carrera no fué fácil, ni mucho menos. Cuanto lo diferenciaba de los demás era considerado como algo ridículo, desde su acento extranjero hasta su falta del sentido del humor. La gente no comprendía sus intenciones, y no hacía ningún esfuerzo para tratar de comprenderlas.

Se preocupaba mucho por parecerse a los norteamericanos, pero eso no le era posible. Su ideal lo constituía Norman Kerry, quien se había revelado como un excelente amigo. Gracias a Norman, Rudy logró introducirse en el mundo cinematográfico, después de varios años de tentativas inútiles para ganarse la vida en los Estados Unidos, en cualquier forma, ya fuera arrancando yuyos en el Parque Central, o como bailarín en los "cabarets".

Rudy había desembarcado en Nueva York el día de Navidad de 1913, cuando tenía diez y ocho años y no sabía una sola

palabra del idioma inglés, con la cabeza llena de sueños románticos, y cuatro mil dólares, que constituían el regalo de su querida madre, en los bolsillos. Derrochó su fortuna casi inmediatamente vistiendo con elegancia y viviendo bien, y no tardó en verse sentado en un banco de plaza, sin albergue y sin tener qué comer.

Había estudiado para agrónomo en la Academia Real de Agricultura de Milán, y su primer empleo en este país fué el de ayudante en el trazado y plantación de un jardín italiano, en la propiedad de Long Island de Mr. Cornelius Bliss, junior. Pronto se vió, sin embargo, despedido, por haber roto la motocicleta que pidiera prestada a un compañero.

Su mejor amigo fué Norman Kerry

Como los días de escasez contribuyeron a templar su espíritu, se dedicó a aprendizaje de jardinero en el Parque Central, pero al presentarse a examen para conseguir el puesto de empleado público, se le hizo notar que no era ciudadano norteamericano, y que no podría serlo hasta cinco años después. Nuevamente se vió en la calle y sin recursos, pero Valentino siempre caía de pie. En una comida de gala en el Maxim's, a la que concurrió con un traje de etiqueta prestado, el capataz de mozos reconoció en él al joven y elegante extranjero que, algunos meses antes, cuando poseía sus cuatro mil dólares, había bailado también con las damas. Gracias a ese reconocimiento, logró un puesto de bailarín a sueldo en los restaurantes lujosos de Nueva York. Tuvo por compañera de baile a Bonnie Glass, y más tarde hizo una gira de "vodevil" con Joan Sawyer, y bailó en diversas ciudades del país. En San Francisco, Rodolfo dejó su oficio de bailarín para dedicarse al de corredor de títulos. Pero era incapaz de realizar ese trabajo, y fué rescatado de la miseria esta vez, por Norman Kerry, quien le ayudó a introducirse en Hollywood.

Norman Kerry, como todos saben, es el hombre más simpático del mundo, de un humorismo notable y con un repertorio riquísimo de cuentos buenos. Todos sienten cariño por Norman, desde el presidente del Banco hasta el muchacho de los mandados. Pero cuando Valentino, en sus esfuerzos para hacerse popular, trataba de imitar a Norman Kerry, sólo conseguía ponerse en ridículo. Cuando refería un cuento, se olvidaba siempre del chiste. Cuando daba palmadas en la espalda a un sujeto, su actitud parecía más bien una manifestación agresiva, y en consecuencia, no tardó en convertirse en el blanco de todas las pullas de la colonia cinematográfica. Como era un muchacho sensible, esto le hacía sufrir enormemente. Pero a la gente de Hollywood ello no le importaba nada, porque se trataba simplemente de un advenedizo, que no merecía la menor atención.

Más tarde, después que alcanzó éxito, los mismos que antes lo despreciaron, fueron los primeros en halagarle y hacerle objeto de toda clase de adulaciones. Rudy y yo solíamos reír con mucha frecuencia, al comentar estas cosas. Pasé la mayor parte de los últimos dos años de nuestro matrimonio tratando de librarlo de los aduladores.

Rodolfo no olvidaba nunca (Continúa en la pág. 30)

La mejor gala del cutis

es la suavidad que conserva en él la diaria caricia de espuma del

JABÓN HENO DE PRAVIA

Cuide usted de que en su jabonera haya siempre una pastilla de este delicioso jabón de tocador.

Es el único verdaderamente digno de la innata distinción de la mujer porteña.

Su rico aroma no ha podido ser imitado.

Precio, \$ 0,70 en toda la República. En Tiendas, Farmacias y Perfumerías.

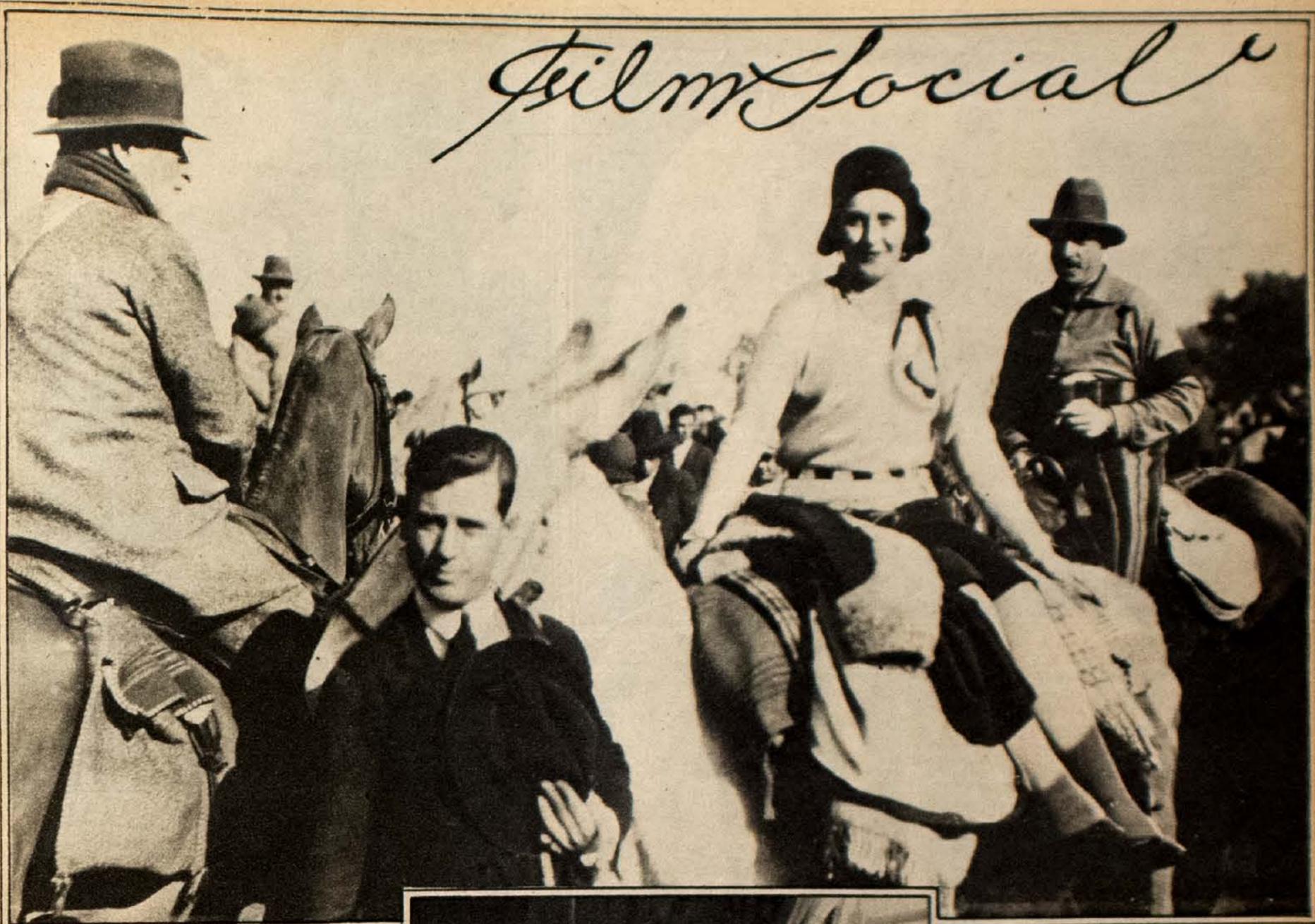
Perfumería Gal. - Madrid.

Sucursal en la Argentina: Maure, 2010-14. - Buenos Aires.

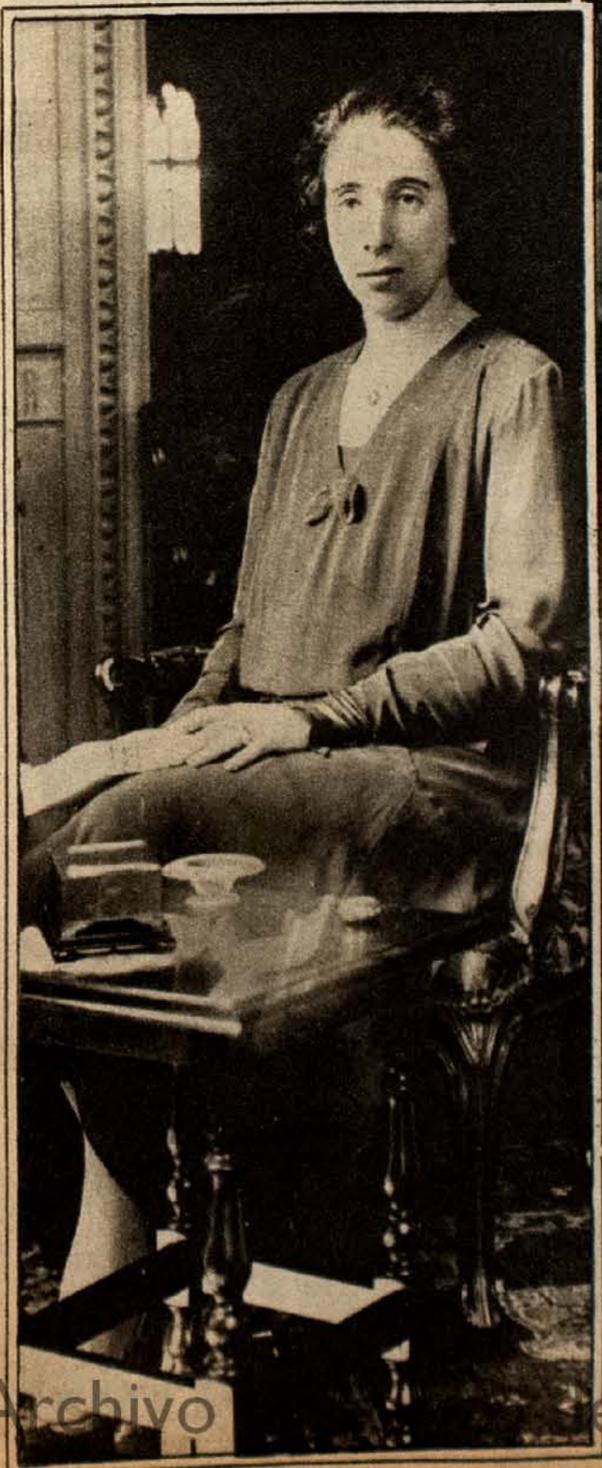
Proveedores de S.S. MM. los Reyes de España.



Film Social



Entre los invitados de los marqueses de Montesión a la cacería efectuada recientemente en Sevilla en honor de los Reyes de España, figuró la señora Teresa Adela M. de Sojo, que aparece en esta nota en compañía de Alfonso XIII y del conde de Maceda.



El cuerpo diplomático ha incorporado al grupo de sus damas representativas a la esposa del nuevo embajador de Italia, condesa Eleonora Pignatti Morano di Custozza.



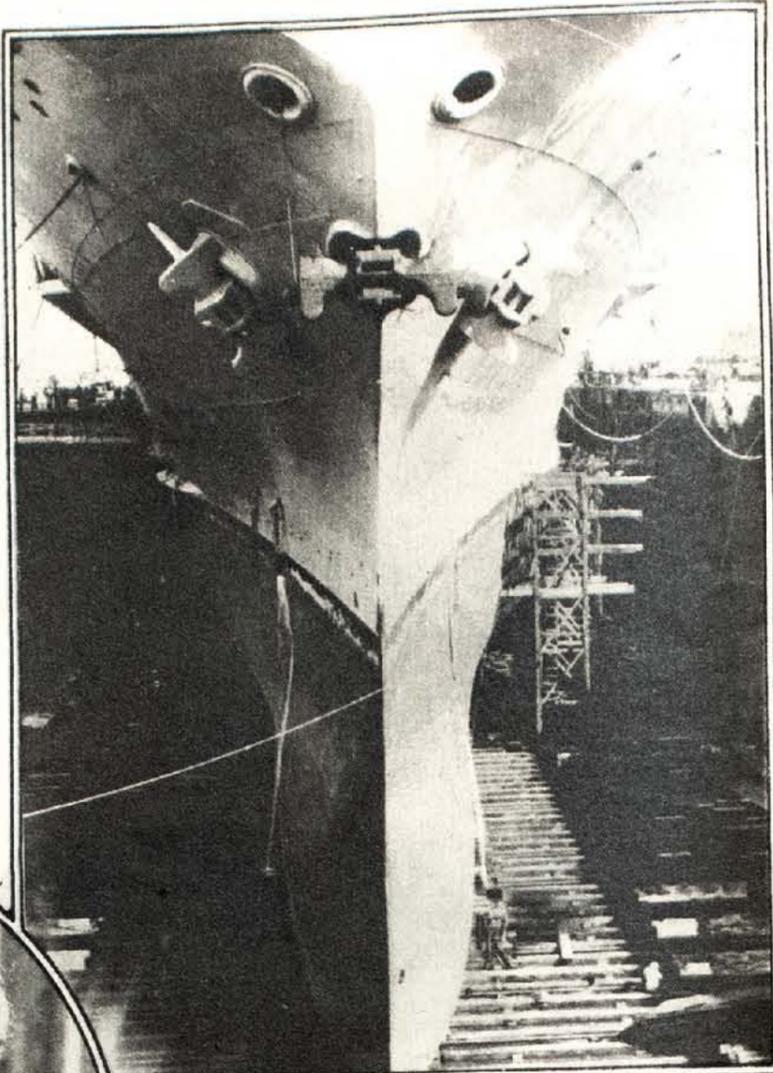
La señora María Isabel Amy de Danvila cuenta en nuestra sociedad con el cariñoso prestigio que suscitara en su anterior permanencia en Buenos Aires donde su esposo, el nuevo embajador de España, ocupara ya un importante cargo diplomático.



En la embajada de Méjico, la señora Virginia Trejo y Lerdo de Gabucio, esposa del encargado de negocios, prolonga la tradición de gentil hospitalidad, que los salones de su representación tiene acreditada en nuestra sociedad.



Púgil, famoso bulldog británico, de tres años y medio de edad, que acaba de ganar su 22.º campeonato en Londres. Le acompaña en el grabado una reproducción en porcelana de su propia figura respetable.



El Saratoga, barco portaaviones gigante de la Armada de los Estados Unidos, durante su refacción anual en el dique seco de Norfolk. El Saratoga transporta 125 aeroplanos y tiene una tripulación de 2.000 hombres.



Fay Wray, estrella cinematográfica norteamericana, en un detalle de su minucioso tocado.



Otra pose de Fay Wray, entregada al cuidado de sus manos, que cuentan ya con tantos admiradores como los ojos parados de la artista.

Lina Cavalieri

Célebre especialista en belleza parisiense, recomienda el jabón de aceites de palma y oliva para conservar el cutis hermoso

MADAME CAVALIERI ha hecho un concienzudo estudio de los métodos de embellecimiento, tanto en Europa como en América. "Me visitan algunas de las más famosas bellezas de ambos continentes", dice. "Además de mis productos de belleza, siempre les recomiendo usen el jabón Palmolive". Con las dos manos hágase una espuma de jabón Palmolive y luego frótese bien la cara con ella. Enjuáguese enseguida y séquese completamente, y si tiene un cutis seco aplíquese un poco de "cold cream".



"Además de mis tratamientos de belleza, siempre recomiendo el jabón elaborado con aceites de palma y oliva. Limpiando los poros completamente con este jabón, queda el cutis suave y lozano."

Lina Cavalieri
61, Avenue Victor Emmanuel III, Paris



35 ds.
la
pastilla.
3 por \$ 1.-

Insista en la marca
PALMOLIVE.
Exija la envoltura verde
con la faja negra.

JABON PALMOLIVE

Cuatro preguntas a

Hilda Moreno

¿Cuál es su sport predilecto?
¿Cómo estudia sus bailables?
¿Qué música prefiere?
¿Falda larga o falda corta?



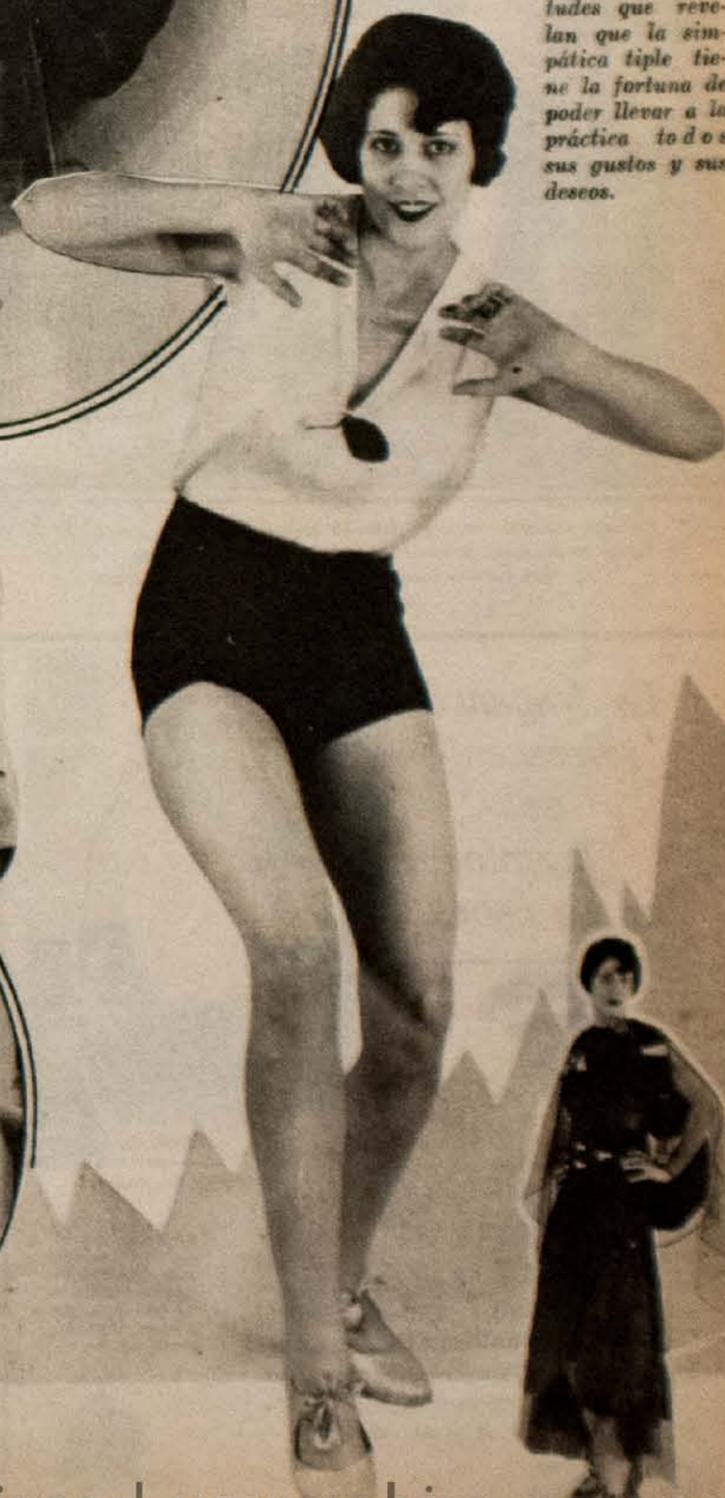
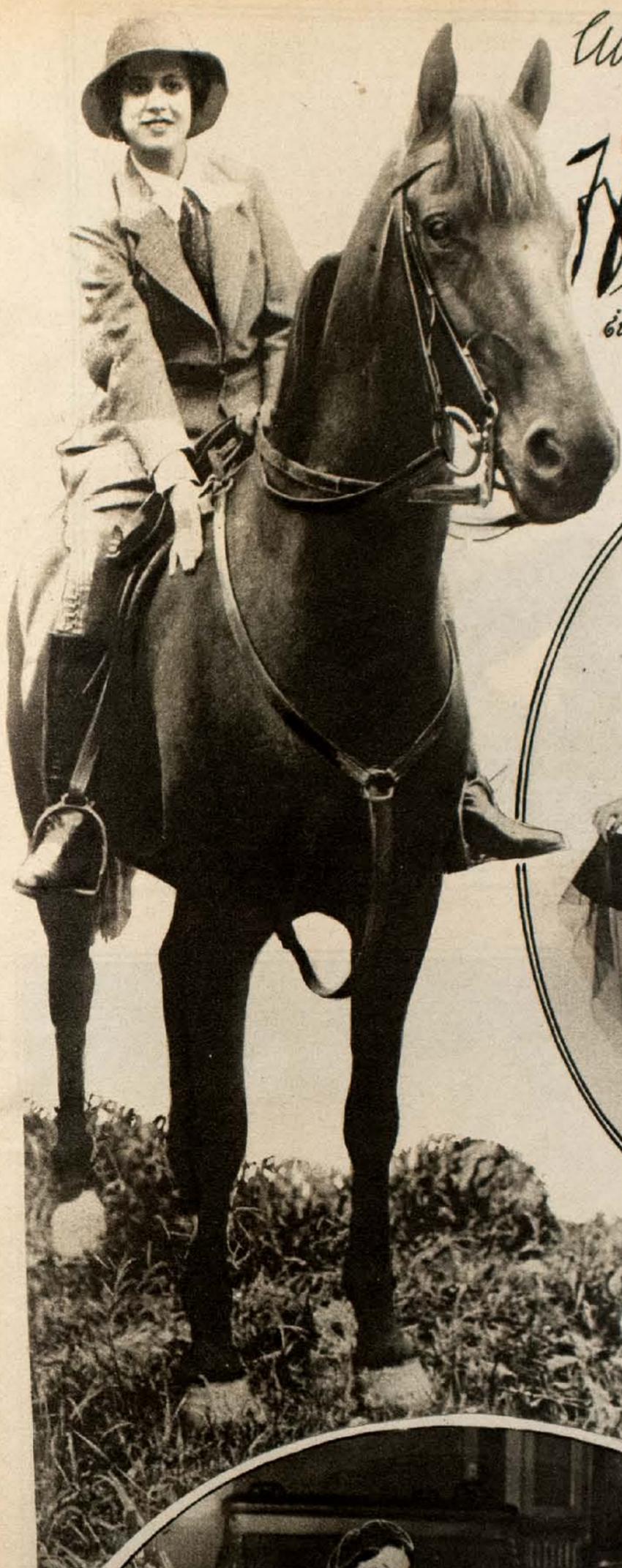
A equitación es el sport que realmente me apasiona y me seduce. La practico en todas las oportunidades que me deja libre el teatro.

Tal la primera respuesta de la tiple del Teatro Sarmiento.

"En cuanto a los bailables — agregó — escucho primeramente la música y mentalmente voy combinando los pasos que luego ejecuto en el escenario hasta "ajustar" los movimientos al ritmo. Me encanta sobremanera la música "americana", la música endiablada, morrida"...

"Celebro encantadísima que la moda haya evolucionado hacia la falda larga, más "chic", más femenina, mucho más elegante que la falda corta, sobre todo para la mujer alta".

Y como ratificación de sus preferencias, el lente fotográfico ha sorprendido a Hilda Moreno en actitudes que revelan que la simpática tiple tiene la fortuna de poder llevar a la práctica todos sus gustos y sus deseos.



El maestro Rando toca en el piano el bailable, que la artista escucha para combinar el número coreográfico.



Trabajos de extinción del formidable incendio de una refinería de petróleo en Bayonne, Nueva Jersey. El siniestro ocasionó pérdidas superiores a tres millones de dólares.



Policías rumanos secuestrando en plena calle los ejemplares de un diario de Bucarest acusado de publicar artículos en favor del ex príncipe Carlos. Durante el allanamiento de un local.



Una escuadrilla de aviones de guerra evolucionando sobre la parte baja de Nueva York durante una de las recientes maniobras aéreas.

La fragancia
refrescante
del
Jazmín
en su cabello



ELABORADA EN INGLATERRA



El nuevo frasco de cristal de forma elegante, es un envase adecuado para la "Loción Jazmín del País Crown" y su selecto perfume de Jazmín. — Nuevo el frasco — pero idéntica en su fragancia; — y refrescante y tónico sin igual del cabello. —

El perfume Jazmín del País Crown asimila enteramente la disíntina fragancia de las flores del Jazmín saturadas de la luz del sol.



LOTION JAZMIN DEL PAIS CROWN

THE CROWN PERFUMERY CO., LTD., LONDON, ENGLAND



Una caja de "THAIS" "desparrama" alegría entre los niños y les proporciona un alimento delicioso y de un poder digestivo insuperable.

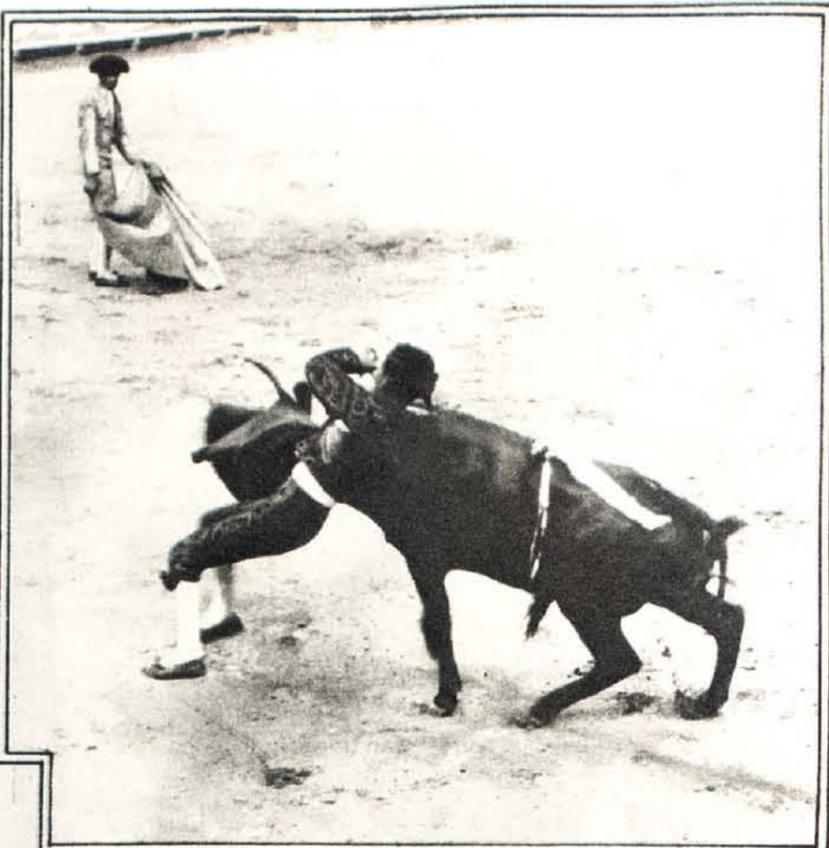
El sabor semidulce de su masa, liviana y delicada, hace que las "THAIS" sean también para los mayores exquisitas con el te, chocolate, café y licores.



El tamaño reducido del envase ofrece la ventaja de que en cada oportunidad se pueda abrir uno nuevo, sirviéndolas así crocantes, frescas, con todo su apetitoso aroma, como recién horneadas.



La duquesa de Bedford y el capitán Barnard a su llegada al aeropuerto londinense de Croydon después de haber realizado el magnífico vuelo de ida y regreso, en diecinueve días, a Ciudad del Cabo.



Un momento de peligro durante una corrida de toros en la capital mejicana.



"El baile", gouache de Héctor Basaldúa que figura en la exposición inaugurada en los Amigos del Arte.



Las nuevas medias Holeproof realzan el encanto personal

No hay nada que dé a la toilette el toque final de lo "chic" como las nuevas medias Holeproof... porque estas nuevas creaciones Holeproof han sido estilizadas con exquisito arte y en distinguidos colores... de maravillosa novedad y con la duración admirable de siempre.

Las nuevas medias Holeproof están hechas con la más fina seda, tejidas firmemente y reforzadas de un modo especial. (La mayor densidad del tejido requiere mayor cantidad de seda.) Pueden obtenerse, en todas las tiendas elegantes, en 12 estilos y colores distintos, con o sin cuchillas y con el talón de última moda.

Medias Holeproof

(pronúnciese "jolpruf")

Representante: J. FERNÁNDEZ, Alsina 1278, Buenos Aires; Custelm 1236, Montevideo. Al por mayor: En Bs. As. I. BENGOCHEA, Rivadavia 1255. En Montevideo: PIZZORNO CASTRO Y CIA., Rincón 734

Para oír a todas horas las risas de su nene, ensaye usted esto:



Rocie usted abundantemente las rollizas piernecitas, los brazitos regordetes y el sonrosado cuerpecito de su nene con Talco Boratado Mennen. ♦♦ Extiéndalo suavemente para que penetre en los delicados pliegues de la piel. ♦♦ Con esto se evita el roce de la ropa, la irritación del amoníaco de los pañales y la posibilidad de peligrosas infecciones. ♦♦ El Talco Boratado Mennen contiene la cantidad precisa de bórico y óxido de zinc, recomendadas por la ciencia para el tratamiento de las irritaciones cutáneas. ♦♦ Medio siglo de uso constante ha probado la eficacia de este talco y por eso usar Mennen es usar lo mejor.

El tarro cuesta tan sólo.

0.70



TALCO BORATADO MENNEN



Señorita María Antonia Leonjanti, de Rosario, la primera mujer de esa ciudad que ha obtenido el título de Doctora en Leyes.



INSTANTANEA

El traslado de la imagen de Nuestra Señora de Luján desde la iglesia de San Nicolás de Bari hasta el santuario de Vélez Sarsfield dió motivo a escenas piadosas. Frente a la basilica de San José de Flores la lluvia sorprendió a los peregrinos, cuyo fervor y entusiasmo no decayeron por ello.



La llegada al país de la esperanza. El estudio de los primeros proyectos.

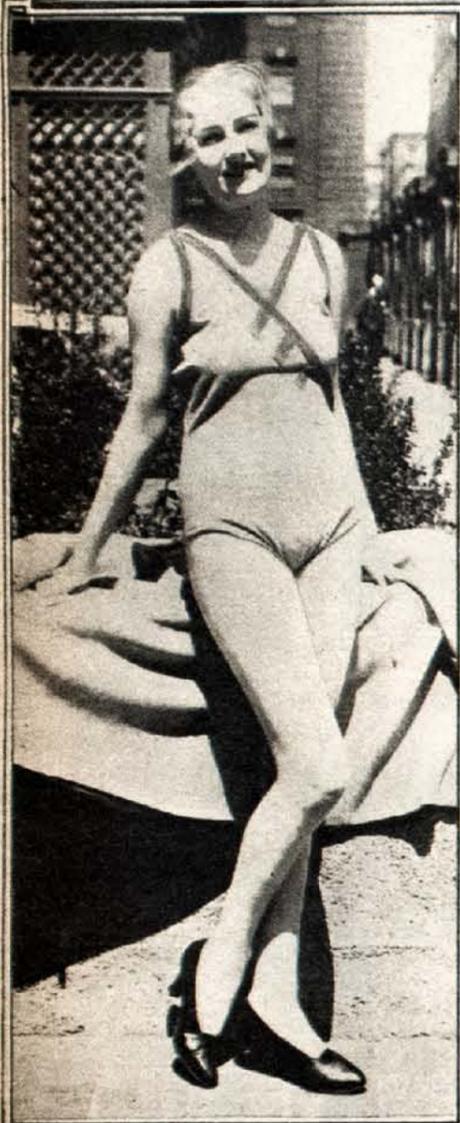


La bendición de los pobres es el premio para la caridad de los niños.

La fotografía tiene un doble interés. El que deriva de su mérito artístico como instantánea y el que supone una pequeña contravención municipal.



Banquete organizado por la Cámara de Comercio Británico-Latinoamericana de Londres en honor del nuevo embajador de Gran Bretaña en la Argentina, sir Ronald Macleay. Asistieron representantes del gobierno británico, de la banca y del comercio anglo-argentino en Londres



Miss Jean Drummond, de 17 años, elegida entre 1200 concursantes como la mujer más bella de los Estados Unidos.



Usted misma descubrirá la encantadora blancura de su tez

Sus pecas, manchas cutáneas, paños, quemaduras de sol, barritos y granitos, el cutis cetrino y la rojez, desaparecerán rápidamente,

— o le devolvemos el dinero

Le presentamos uno de los grandes descubrimientos de belleza de todos los tiempos... un sencillo tratamiento que aclara el cutis, eliminando todas las manchas e impurezas con asombrosa rapidez. Vigile los resultados que la admirarán. Porque ahora, en justamente de tres a seis días, usted puede triplicar la blancura de su cutis...

Las actrices usan y ponderan la Crema de Oriente Vindobona.

"Yo nunca he visto ni oído de ninguna otra crema que reuniera tantas y tan buenas condiciones como la Crema de Oriente Vindobona.

"A los pocos días de usarla, al mirar el cutis en el espejo, al palparlo, parece que se viera y se sintiera el cutis de una criatura.

"He observado que la tez aclara por ese producto parece adquirir la luminosa limpidez de una perla blanca."

BERTA GANGLOFF.

"Admiran mi cutis blanco, terso, de impecable pureza. ¿El secreto?"

—Aplicaciones constantes de Crema de Oriente Vindobona. El cutis mejora, se libra de imperfecciones. Gradualmente palidecen las pecas, se alisa la indiscreta arruga...

Crema de Oriente Vindobona, la crema de exquisito perfume, resuelve este problema: cómo mantener un cutis de niña. La edad no interesa."

BLANCA PODESTÁ.

Este nuevo método natural—aclara el cutis en 3 días.

Su piel es mucho más blanca de lo que usted imagina, pero esa blancura está oculta tras la máscara que años de exposición al sol, al viento, al frío y calor le han creado. La científica Crema de Oriente Vindobona la librá del velo que cubre su tez hermosa. A los tres minutos de aplicación comienza su benéfica acción. Después de tres a seis días, los perjuicios recibidos por su tez durante años, quedan eliminados. En forma perfectamente natural sale a la superficie la encantadora blancura y suavidad y queda eliminada la tez cetrina, pecosa, manchada y arrugada.

Pecas, Manchas cutáneas, Paños, Granitos, Arrugas, Quemaduras de sol—desaparecen.

Barritos, la rojez, los poros dilatados, la epidermis oscura o marchita, serán eliminados de la superficie del cutis. Las pecas y manchas se aclaran sin dejar vestigios, como si las hubiera sacado con una toalla. La epidermis tonificada no tendrá ya ni una arruga. Aun las arrugas más profundas se van. Ud. entonces ve su cutis convertirse a inmaculada blancura y lozanía... y esa belleza estará en la piel misma... suave, delicada, sin mácula, como jamás puede hacerla el polvo. ¿Quiere usted seguir este encantador tratamiento? Aplique Crema de Oriente Vindobona a la hora de acostarse, en el rostro, manos, nuca y cuello. Observe ya a la mañana siguiente cómo se revela la nueva belleza de su tez. Adquiera hoy mismo Crema de Oriente Vindobona.

Se vende, con la garantía de devolverle el dinero, si fallara, en la Sucursal Argentina de los

LABORATORIOS VINDOBONA

Florida, 8 Piso 1° Buenos Aires

Las casas de mayor prestigio también venden Crema de Oriente Vindobona.

Franco Inglesa Sarmiento y Florida Florida 820	Farmacia Gibson Alsina 199 - Florida 281 Farmacia Scanapleco Esmeralda y Tucumán	Farmacia del Pueblo Rivadavia 737 Perfumería Vislowna Cabildo 1589	Casa Argentina Scherrer Suipacha 171 Farmacia Echeverry Rivadavia 6551	Gath & Chaves Casa Central y Sucursales Tienda La Piedad Corrillo y Bm. Mitre
--	---	---	---	--

Pida folletos explicativos gratis.

Llene y envíenos el cupón.

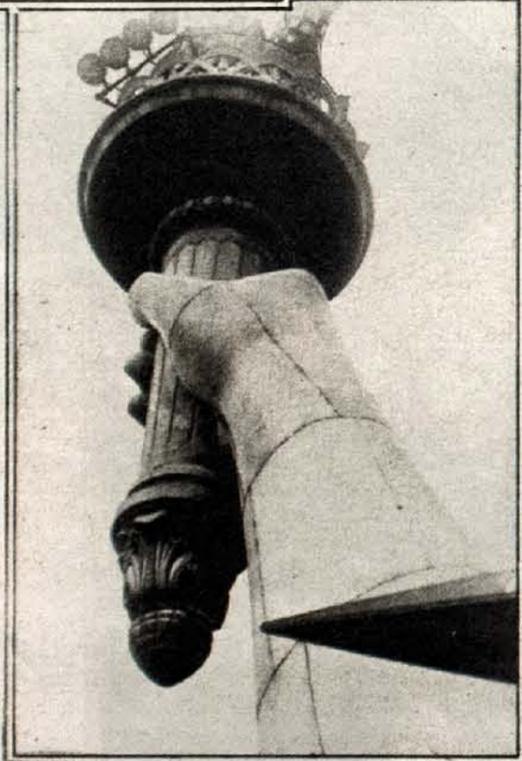
Pedidos del Interior se sirven en el día.

En Montevideo: Andes, 1338,
2° piso

LABORATORIOS VINDOBONA L. N. O 34
Florida, 8, piso 1 - Buenos Aires

Sírvase remitirme folleto explicativo sobre la Crema de Oriente Vindobona.

Nombre
Calle N°.....
Ciudad F. C.



La mano y la antorcha de la estatua de la Libertad de Nueva York, tales como aparecen vistas desde un avión.

COLORANTE ALSINA
Para las CANAS
Tono perfecto y garantido. - Preparación científica. - Dosificada prácticamente, constituye una garantía sin igual.
Para evitar falsificaciones, abra la caja cerrada.
Caja \$ 7.- Interior \$ 7.50
Aplicaciones y Venta
MAIPÚ 843
U. T. 31, RETIRO, 9324



Para adelgazar, reducir la papada, brazos o caderas gruesas

Esta pomada que se infiltra rápidamente destruye los tejidos adiposos, las grasas y reduce las carnes. Es un hecho probado. Usted puede con Pomada Reductora Sarowal modelar su cuerpo, como modela un escultor sus obras maestras. Un ligero masaje con esa científica pomada y a los pocos días las piernas, los tobillos, adelgazan hasta donde desee. Pomada Reductora Sarowal no mancha. Es saludable. Sus efectos son rápidos. Las casas más prestigiosas del ramo la recomiendan:

Farmacia Franco Inglesa Sarmiento y Florida Perfumería Vislowna Cabildo, 1589 Perfumería Rey Entre Ríos, 129	Farmacia Del Pueblo Rivadavia, 737 Gath y Chaves Casa Central y Sucursales Farmacia Nelson Suipacha, 477	Laboratorios Vindobona Florida, 8, piso 1° Ciudad de México Florida y Sarmiento Farmacia Chialvo Sarmiento y Talcahuano
---	---	--

Kodak Teatral



Del Teatro Colón: la contralto argentina María Nastri

Alfredo Camiña, Miguel Ricati, Paco Busto, Miguel Ligero, Olin-
da Bozán y Carlos Morales, en
"Miss Argentina, Miss Univer-
so", sainete de Roberto Talice y
Raúl Valentini, dado a conocer
en la Comedia

Lola Membrives, en "La Lola se va a los puertos", la obra de Manuel y Antonio Machado, estrenada en el Malpo



Bella Codebó, del Nacional en el sainete "Sinetales", de Alberto Vaccarezza



Un
sabor nuevo...

Un gusto más rico...
más *apetitoso*...

¿CUAL es su plato favorito? ¿el bife a caballo? ¿el puchero? ¿los fiambres con mayonesa? Ahora cualquiera de ellos puede adquirir para usted un gusto nuevo, que usted no conocía hasta hoy, tan sólo añadiéndole un poquito de Savora. ¡Qué rico resultará entonces! "¿Cómo no se me ha ocurrido antes?"—se preguntará usted...

Es que Savora realza todas las comidas, dejándoles su propio sabor y añadiéndoles algo que acentúa y aviva sus cualidades.

Sirva Savora en su mesa... con las carnes, fiambres y ensaladas... saboree ese bocadito de roast beef jugoso... quizás usted nunca hubiera imaginado sacar tanto provecho del contenido de este frasquito.



Como preparar una exquisita ensalada de pescado
TOME usted primero una taza de pescado hervido; cortado en trocitos; mientras está caliente, mézclelo con una cuchará grande de aceite, dos de vinagre, una cucharita bien llena de Savora y media de sal. Déjelo enfriar y mézclelo con una taza de apio bien picado y $\frac{1}{2}$ de taza de mayonesa. Después vaya colocando este delicioso preparado en cucharadas grandes sobre hojas de lechuga fresca y recién lavado y adócelo, si lo desea, con tiras de pimientos rojos. ¡Es especial!

SAVORA



LOS TAPADOS DE PIEL

Los tapados de piel siguen la tendencia de la moda con el talle semiajustado y faldones más largos y más amplios.

Como los vestidos son largos y voluminosos, los tapados serán compuestos de manera de seguir sus líneas. El interés se reconcentra en los cuellos; algunos son muy amplios; esta amplitud se consigue por medio de pliegues, por alforzas, y

Vestido de noche de Lanvin, en georgette negro drapé, con hebilla en plata y esmalte. Vestido estilo griego de Lanvin, en encaje color fuego adornado con tiras en bias que sujetan los pliegues

algunas veces por varios echarpes sueltos que se entrecruzan.

Otros tienen forma de corbata o echarpe, terminados con moños adelante, a un lado o atrás. Si el tapado es recto, las mangas son los puntos de más importancia. Suelen ser muy amplias y se pliegan ajustando en el puño o en forma de diente, siguiendo las incrustaciones de la piel trabajada o en una serie de volados superpuestos, lo que es de un efecto muy nuevo.

Las pieles de pelo corto son las que están más o menos a la moda. En primer lugar el breitz, chevreau rasée, que llaman galliac, astrakán, caracul, bisón y cibellina.

Para el día, el breitschwantz chevreau, arminio, galliac blanco o negro, astrakán y caracul, son los que más se usan. Para la noche, se lleva mucha cantidad de las pieles más suntuosas, como el armiño, marta, cibellina, chinchilla y visón.

Todas las grandes casas tienen además tapados en paño forrados en piel, tanto sacos largos como capas y tapados de noche en terciopelo, pana o lamé, adornados con valiosas pieles. Los tapados de piel varían de tamaño desde el tapado hasta el ruedo, hasta los cortos de noche o de calle.

La tendencia a combinar pieles que contrasten por más que se vea frecuentemente, no resulta práctica; a menos que se tengan tres tapados de piel no se puede permitir esta fantasía que cansa bien pronto.

Mme. Jenny, que siempre ha preferido los tapados con reverso de piel, ha compuesto modelos de mucho interés. Tiene tapados en paño negro con reverso en diferentes pieles.

Uno de los modelos más lujosos que se han visto, era un tapado en armiño adornado con zorro blanco. Estaba trabajado en líneas verticales, horizontales y diagonales, con efecto envolvente. Otro modelo que llama

La
ELEGANCIA FEMENINA

DIBUJOS DE PIERRE FOSSEY



Modelo de Lelong, en satén lunasol negro lamé



Modelo de conjunto de Joseph Faquin; tapado en lana azul con reverso cuadrulado en blanco y azul más claro, como la falda. Modelo de tarde de Premet, en georgette rojo con tendencia Directorio en la sobremanga

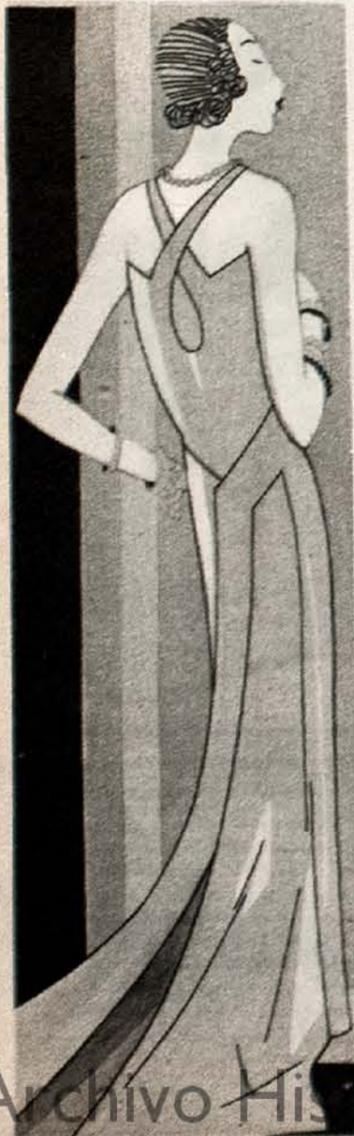
mó mucho la atención en una fiesta, era también en armiño con franjas verticales, un cuello alto plegado en forma de echarpe y mangas con franjas horizontales sobrepuestas dos veces, sobre el puño ajustado.

Otro era en terciopelo adornado con zorro plateado. La piel de la parte inferior formaba una franja que envolvía el cuerpo en una línea aguda descendente. La originalidad de este modelo consistía en dos anchas franjas de terciopelo que salían de la costura de los costados formando un moño.

Mme. Leroy ha compuesto modelos para la mañana en belette y en poulain, que parece un moiré sedoso o galliac, tan

brillante y flexible como el satén. Algunos de éstos parecen vestidos tapados con cinturones altos y cuellos corbata. Algunos tapados adornados en astrakán son en una tela de seda nueva con una raya como terciopelo, que se llama "veloutine royale".

Para la tarde casi todas las pieles que se usan son negras: el breitschwantz es el primero en la lista, siguiendo el caracul breitschwantz, caracul y astrakán de varias edades y ensortijamiento. Para la mañana se prefieren los marrones y beiges, especialmente un tono nuevo gris beige, que los peleteros llaman "mauve", por su tinte allado. Para la noche hay una serie de cuatro tapados en armiño, uno recto y estrecho, el otro tres cuartos, con cuello chal y dos magníficas capas. Se han creado espléndidas capas de noche en terciopelos claro verde turquesa o azul agua marina, adornados con armiño unos y otros con zorro blanco; los mismos tonos y adornos se han visto en lamé con reverso en una perfecta imitación de armiño y otros en terciopelo.



Modelo de J. Faquin, en satén negro



¡CON QUE DELENTE TOMA ESTA NIÑA SU CHOCOLATE!

y con sobrada razón, pues el chocolate que toma es

NESTLÉ

CHOCOLATE **NESTLÉ** - EL MEJOR DEL MUNDO PARA LOS NIÑOS

Se entregará una muestra gratis del delicioso chocolate NESTLÉ para la tarta a toda persona que entregue este cupón en la Casa NESTLÉ Balcarré 129, Buenos Aires.
NOTA. — Las muestras se enviarán por correo solamente a los residentes fuera de la Capital Federal o en el Interior.



En los Estados Unidos se llevó a efecto recientemente un interesante campeonato de tiro al arco, para damas, en el que obtuvieron los primeros premios las Srtas. E. Sharks, L. Lowry y R. Burruse, que aparecen en el grabado



SPORT Extranjero

Esta fotografía fue obtenida en la terraza de uno de los edificios más altos de San Francisco, que se utiliza como campo de entrenamiento. En ella aparecen numerosas atletas que realizan su sesión diaria de adiestramiento con un nuevo modelo de bicicletas



En los colegios militares de Gran Bretaña, los jóvenes cadetes son sometidos a severas pruebas de equitación antes de recibir su título. Esta es una de las peligrosas que efectúan los jóvenes sportsmen, que provocó la caída de uno de los caballos y la de su arrojado jinete

PERLAS EVAX

La Moda las Impone

Un Doble o un Triple Collar EVAX ¡cuánta magnificencia para un cuello femenino...!

Realza con su delicado oriente y agrega un encanto más...

Vea el surtido que exponemos. Las "CREACIONES MONTSENY" son modelos novedosos: de esos que la moda impone y las damas llevan con placer.

SOMOS LOS ÚNICOS CONCESIONARIOS DE LAS PERLAS EVAX

B 121, a \$ 50.—
Doble collar de perlas EVAX de hermoso oriente, con broche de brillantitos EVAX.

EXCLUSIVAMENTE EN NUESTROS SALONES DE VENTA HALLARÁ LAS CREACIONES MONTSENY

SOLICITE CATÁLOGO QUE ENVIAMOS GRATIS AL INTERIOR.

A 702, a \$ 28.—
Anillo de oro 18 kts., de gran aceptación, con brillantitos EVAX.

E 545, a \$ 17.—
Elegante prendedor con brillantitos EVAX y zafiros calibrados.

I 405, a \$ 21.— Este original modelo futurista de pulsera "Tango" lleva "Jades" finamente facetados.

CENTRAL CORRIENTES 789

ANEXO GALERIA GÜENES



LA VERDAD ACERCA DE RODOLFO VALENTINO

(Continuación de la pág. 18)

los favores que se le habían hecho en aquellos días en que se encontraba necesitado. A Pauline Frederick y a la madre de ésta, que le acompañaron entonces en su soledad, les guardó siempre gratitud. Con frecuencia me hablaba conmovido de ellas.

Hubo personas que especularon con su agradecimiento. Algunos se ocuparon de recordarle que, cuando era pobre y desconocido, le habían prestado veinticinco dólares, por ejemplo, y recibían, en cambio, mil. Rudy siempre les daba dinero, si lo tenía, porque era generoso de verdad.

Una rusa de Salt Lake City

Cuando conocí a Rodolfo Valentino, era yo tan poco popular en Hollywood como él. La única diferencia entre nosotros consistía en que él no me importaba nada. ¿Qué podía significar para mí la opinión pública? Se me conside-

Rodolfo Valentino en el papel del matador Gallardo, de "Sangre y arena", con Lila Lee como "partenaire"

raba fría e insociable, y muchos creían en mi origen extranjero. Eso no era verdad, pero en Hollywood la gente siempre saca sus propias conclusiones. Nací en Salt Lake City, y mi nombre era Winifred Shaughnessey, pero había sido educada en el extranjero desde los 8 hasta los 18 años de edad. Cuando regresé a los Estados Unidos, me incorporé, con gran indignación de mi familia, a una compañía rusa de "ballet", con la cual realicé giras por todo el país, durante tres años, como bailarina. Era yo la única norteamericana de la compañía, y como mi nombre hubiera parecido demasiado ridículo en los programas, decidí llamarme Natacha Rambova.

Durante unas vacaciones de verano, en California, me encargué de la dirección artística de la Metro, agregada a la compañía de Mme. Nazimova. Mi nombre, y el hecho de que siempre hablaba con madame en idioma ruso, contribuyeron

a corroborar la creencia de que yo era rusa.

Desde que Valentino se convirtió en nuestro primer actor, Nazimova, él y yo hablábamos siempre francés en el estudio. Rodolfo dominaba el francés con tanta facilidad como el italiano, porque su madre era francesa, hija de un cirujano de París, y había abandonado su tierra cuando se unió en matrimonio al oficial de la caballería italiana, padre de Valentino, quien más tarde abandonó el ejército para ejercer la profesión de veterinario en una aldea de Tarento. Allí vió la luz Rodolfo Valentino en un día del mes de mayo de 1895. El propio Rudy fué enviado a Francia de muy joven, antes de venir a los Estados Unidos, porque sus padres desesperaban de corregirle de sus travesuras en su pueblo natal.

Valentino tenía un fondo de cultura que no aparecía en la superficie. Resultaba sorprendente su dominio de ciertas materias. Su afición a la historia y a las novelas era muy grande, y particularmente las del tiempo medieval, pues imaginaba vivir la vida y las aventuras de los personajes. El Cid era su héroe predilecto; le gustaban las obras de Sabatini, y le fascinaba todo lo que se refería a la historia de los moros. Por esa razón le agradó mucho desempeñar el papel del "sheik", y le encantó, sobre todo, el brioso caballo árabe ricamente enjaezado y todo el ambiente oriental de la película.

Valentino era un verdadero sarraceno, de la raza pirata del Mediterráneo que saqueaba las poblaciones de la costa. Entre sus antecesores debió haber algún sarraceno; por lo menos Tarento, cerca de donde nació, fué teatro durante siglos de las incursiones sarracenas.

Como Rudy y yo nos habíamos educado en Europa y sabíamos el francés y el italiano, hallamos motivos sobrados para mantener una amistad estrecha. Con frecuencia habíamos de nuestra vida en el extranjero, y trazábamos planes para regresar, aunque al principio ni siquiera soñábamos que podríamos visitar juntos los países europeos.

Valentino era aficionado a la comida italiana

Cuando terminaba la tarea en el estudio, Rudy solía acompañarme muchas veces a mi casita del Boulevard Sunset, formada por un dormitorio, cuarto de baño, sala y cocina, para preparar con sus propias manos "una verdadera comida italiana". Antes de que terminaran los complicados preparativos, sonaba casi la media noche, pero lo que perdíamos en tiempo lo recuperábamos en diversiones y en buen apetito. Algunas veces June Mathis y su madre nos honraban con su asistencia a esas fiestas.

Poco después de terminar la "filmación" de "Camila" llegaron a Los Angeles las primeras copias de "Los cuatro jinetes". La película había sido ya exhibida en Nueva York, y June Mathis informó telegráficamente a Rudy acerca de la ovación estruendosa de que el público le hiciera objeto, pero aquello había sucedido demasiado lejos para que nos pareciese verdad. Después de tantos años de luchas y penurias, el éxito tan soñado parecía todavía un milagro, y ambos aguardamos impacientes la noche en que la película se pasaría por primera vez en el Oeste.

Cuando llegó esta noche esperada, todos los astros del firmamento de Hollywood se congregaron en el teatro, formando un público selecto. Sin embargo, sabía yo que muchos habían ido con el propósito de censurar y de decir: "Ya te lo advertí..." La colectividad cinematográfica se mostraba escéptica. La cinta había sido preparada con un director casi

desconocido y gastándose sumas cuantiosas. Con una mujer como directora y un actor desconocido como protagonista, ¿qué podría esperarse de ella? Algunos estaban convencidos de que yo provocaría la ruina de la compañía Metro.

Mientras se pasaba la película, no se oyó el menor ruido en el teatro, aunque hacia el final se percibieron algunos sollozos ahogados. En mitad de la película, Rudy me tomó con firmeza una mano, sin soltarla hasta el final. Estaba yo convencida de que necesitaba saber que alguien se interesaba

por él y le comprendía. Ambos sollozábamos bajo el influjo de las contradictorias emociones que sentíamos: alegría por el éxito que quedaba asegurado, y dolor por la tragedia del argumento.

Cuando terminó la exhibición, hubo un momento de silencio, seguido de una ovación atronadora. Rudy fué casi levantado por la multitud que acudió a felicitarlo, en la que figuraban muchas personas a las cuales no conocía. Aquello constituyó una manifestación espontánea de homenaje a una obra bien hecha.



Usted no daría nada por conocer a Alberto

DINERO. Atractivos. Habilidad. En todo Buenos Aires no hay hombre más capaz e inteligente. Sin embargo la gente lo llama "el príncipe Notacerques".

Los hombres buscaban su compañía — sólo por poco tiempo. Las mujeres se volvían románticas por él — hasta que se "daban cuenta". En todos lados era recibido con los brazos abiertos, pero no tardaban en cerrarle las puertas como si fuera un *proscripto*.

Pobre Alberto. Tan afecto a la sociabilidad y a las tertulias — que siempre le eran negadas. Pobre Alberto — ignorante de su sobrenombre, y asimismo ignorando su origen. El mal aliento es la falta social más detestable e imperdonable. Su víctima no nota su presencia, por lo que es la última cosa que cada uno de nosotros sospecha tener — pero debería ser la primera.

El mal aliento es una amenaza diaria definida para todos, y según los médicos, por razones muy claras. Una cosa tan pe-

queña como un diente cariado puede causarlo. O una condición anormal de las encías o partículas de alimentos que al no ser removidas por el cepillo de dientes, fermentan. O una pequeña infección de la nariz o garganta o por exceso de comida, bebida o tabaco.

Las personas cultas y refinadas reconocen este riesgo y usan diariamente Estomatine como un lavaje de boca y para hacer gárgaras. Todas las mañanas y todas las noches, y también antes de reuniones. Estomatine pone fin al mal aliento inmediatamente porque es un poderoso antiséptico y germicida eficaz, especialmente preparado para eliminar la causa de los olores, y un desodorante que termina al instante aún con un olor tan fuerte como el de la cebolla.

Tenga siempre un frasco de Estomatine en su casa y úselo todos los días. Es mejor ser prevenido que causar una impresión desagradable entre sus relaciones.

El mal aliento *no perdona a nadie...* elimínelo con

ESTOMATINE

El Antiséptico Seguro

Comprelo en las buenas farmacias. Se vende en frascos de 240 cc. a \$ 2.— y de 480cc. a \$ 3.20.— Cía. Industrial Farmacéutica - Canal 2563. - Bs. As.



PROTECCIÓN en el INVIERNO

Kola Cardinette

CONTRA las afecciones propias de la estación: resfríos, gripes... y aún más graves.

Tónico completísimo, fortalece la musculatura, estimula la reproducción de los glóbulos rojos, regulariza el sistema glandular y vigoriza el sistema nervioso. Fortifique su organismo con él. Su sabor es exquisito. Es el que más recetan los médicos.

Tonifica y Sustenta.

Kola Cardinette

THE CALISADY, Mfg. Co., Portland, New York, U. S. A.

MI VIDA
P O R
LEON TROTZKI
ILUSTRACION DE
PEDRO DELUCCHI

entre los emigrantes no será más que un personaje cómico. Usted sabe—agregó, con el característico centelleo de sus ojos, que atemperaba la dureza de su ironía—que vale más tener hombres de esa laya como mártires que como camaradas en el trabajo diario del partido." En Viena me enteré del ase-

sinato del Gran Duque Sergio. Mi esposa se me adelantó a Kieff a fin de arreglar nuestro equipaje y de entablar las relaciones necesarias. Usando el pasaporte de monsieur Arbuoff, subteniente retirado, llegué a Kieff en febrero, cambiando de domicilio con frecuencia y aun llegando a buscar refugio en el (Continúa en la pág. 37)



... Abandonando mi "Paz", corri al encuentro del alud

EL REGRESO A RUSIA

CAPITULO XI



N la mañana del 23 de enero regresé a Ginebra de mi viaje a la Conferencia, cansado y malhumorado después de una noche insomne en el tren. El mucamo me llevó el diario del día anterior. Hablaba del desfile de los obreros ante el Palacio de Invierno de Petersburg como de un acontecimiento futuro, y yo creí que no se había realizado.

Una o dos horas después me encaminé a la oficina de la "Iskra". Martov se hallaba en el colmo de la excitación. "¿No se realizó aún?", pregunté. "¿El qué no se ha realizado?", interrogó a su vez, como si estallara. "Hemos pasado la noche entera en el café leyendo los últimos despachos. ¿Es posible que ignore lo que pasa? Lea esto, esto y esto", y me arrojó el periódico. Leí las diez primeras líneas del despacho telegráfico acerca del Domingo Sangriento, pero no pude seguir: una oleada ardiente me invadió y desfallecí.

No me era posible quedarme en el extranjero por más tiempo. No tenía vínculos con los bolcheviques y había roto relaciones con los mencheviques. Debía obrar por mi cuenta y riesgo. Por medio de uno de los estudiantes de la Universidad conseguí un pasaporte y, en compañía de mi mujer, me dirigí a Munich, en donde fui a ver a Parvus, quien nos dió hospitalidad. Leyó mi manuscrito acerca de los sucesos del 9 de enero y la lectura lo exaltó mucho. "Los acontecimientos se han derivado exclusivamente de esa previsión. Ahora nadie podrá negar ya que la huelga general es el método fundamental de lucha. La huelga del 9 de enero es la primera huelga política, aunque se escondiera bajo una sotana. Ahora sólo resta hablar claro, para que la rezagada revolución burguesa en Rusia ponga el poder en manos de un gobierno laborista democrático." Con este juicio prologó Parvus mi panfleto.

Era, a no dudarlo, el más eminente marxista de fines del siglo pasado y de principios del presente. Dominaba a fondo el método de Marx, tenía amplitud de miras, seguía con atención todos los sucesos mundiales de importancia, y estas dotes, unidas a una audacia de pensamiento y a un estilo viril y vigoroso, hacían de él un escritor verdaderamente notable. Sus primeros escritos me acercaron a los problemas de la revolución social. Gracias a

esos artículos, la conquista del poder por el proletariado dejó de ser radicalmente para mí la "eventual" finalidad vaga que hasta entonces fuera, para convertirse en la tarea práctica de nuestro tiempo. Con todo, había siempre en Parvus algo de desequilibrio y de inestabilidad. Además, este revolucionario sufría una curiosa obsesión: el ser rico; y se esforzaba en aquellos años en armonizar ese sueño con su idea social-revolucionaria. "La maquinaria del Partido se ha enmohecido", rezongaba, "se está haciendo duro aún el llegar a la mentalidad de Bebel. Nosotros, los marxistas revolucionarios, necesitamos tener un gran diario que se publique simultáneamente en tres lenguas europeas. Pero para ello se precisan grandes sumas de dinero, grandes, grandes sumas." Así, en su voluminosa cabeza de bulldog se hermanaban el pensamiento de la revolución social y el anhelo de riquezas.

En Munich intentó dirigir un negocio editorial propio; pero fracasó lastimosamente. Luego se fué a Rusia a participar en la revolución de 1905. Toda la ingeniosidad y los recursos de su fértil talento no lograron suplir las dotes de caudillo que le faltaban. Después del fracaso de la revolución de 1905 vivió un período de decadencia. De Alemania pasó a Viena y de aquí a Constantinopla, en donde le halló la guerra mundial.

De un modo u otro se ingenió para hacer fortuna con los abastecimientos bélicos. A la vez abrazó abierta y públicamente la causa de "la misión progresista" del militarismo alemán, abandonó definitivamente a sus antiguos compañeros de la izquierda y se convirtió en uno de los jefes de la extrema derecha de la socialdemocracia alemana.

De Munich, mi esposa y yo pasamos a Viena. Un río de emigrantes dirigiase ya a Rusia. A la sazón Victor Adler se dedicaba por entero a facilitarles la vuelta a la patria, proveyéndoles de dinero, pasaportes, direcciones útiles, etc. Fué en casa de Adler donde aproveché los servicios de un peluquero que se encargó de cambiarme de fisonomía, pues en aquel tiempo era demasiado conocido por los polizontes del gobierno ruso.

Inmediatamente Adler me informó que había recibido un telegrama de Axelrod en que éste le comunicaba que Gapón había salido de Rusia y declarádose adicto al Partido Social-democrático. "¿Qué destino?", añadió Adler. "Si hubiera desaparecido, habría dejado una bonita leyenda; en cambio,

Vd. puede reírse de las dificultades económicas

si sigue este sencillo plan financiero

Vd. está interesado en pasarlo lo mejor posible mientras viva—con las menores dificultades y contratiempos.

Vd. no desea pagar alquiler toda su vida—espera que algún día tendrá su casa propia. Y piensa, por otra parte, que alguna vez se librará del horario de las obligaciones que hoy tiene, pues sería muy triste duraran toda la vida.

Vd. desea llegar a tener un descanso. Y para tenerlo es necesario haberlo ganado. Vd. desea saber que su esposa e hijos tuvieran protección, aunque a Vd. le ocurriera cualquier cosa.

Vd. puede llegar a obtener cada una de estas cosas—tan sólo con seguir este sencillo plan financiero.

Cómo proceder

Este sencillo sistema de inversión más protección, fué hallado por expertos en cuestiones financieras. Es necesario tan sólo el depósito de algunos pesos mensuales—el monto total depende de su edad y las cosas que Vd. desea alcanzar.

En el instante mismo que Vd. hace su pequeño depósito, crea de inmediato el capital deseado. Este dinero vuelve a sus manos cuando Vd. llega a los 50, 55, 60 ó 65 años. Si Vd. no alcanzara hasta esa edad, sería entregado a su familia.

Alguna de las muchas cosas que le puede proporcionar este plan, son: dinero para enviar a sus hijos a la Universidad, dinero para emergencias, dinero para poder subsistir en caso de incapacitarse, dinero para levantar su hipoteca, una renta asegurada para su familia en el caso de que a Vd. le ocurriera cualquier cosa.

¿No desea Vd. estas cosas? Está en sus manos obtenerlas.



El cupón al pie nos permitirá, al mismo tiempo que enviarle un obsequio útil, hacerle llegar un plan adecuado para Vd., sin ningún compromiso de su parte.

Enviándolo, da Vd. el primer paso hacia su verdadera independencia, se protege Vd. y su familia, no obstante lo que pueda ocurrirle—una educación para sus hijos—comodidad y despreocupación en sus últimos años.

Esto no lo obliga a nada. Recorte y llene este cupón en seguida.



COMPANIA DE SEGUROS GENERALES

Avenida Roque Sáenz Peña 555

Buenos Aires

- AQUI están algunas de las cosas que este plan hará para usted:
- 1— RENTA a los 50, 55, 60 años.
 - 2— LEVANTAR su hipoteca.
 - 3— ENVIAR a sus hijos a la Universidad.
 - 4— FORMAR un capital.
 - 5— DISPONER de una renta si quedara incapacitado.
 - 6— DEJAR un capital a su familia.

Señor Jefe de Consultas:

Envíe este cupón, llenado, por correo, sin ninguna obligación para usted, y recibirá un obsequio útil.

Nombre

Dirección

Ciudad

Provincia

Fecha de nacimiento

CARA DE CRISTO

SE quedó de pronto con la palabra rota sobre los labios. El silencio resultaba extraño en su cara grotesca: como si no le perteneciera, como si en realidad no fuera silencio, sino un palabreo contenido. Tenía los ojos claros, abriantados de vino, como dos uvas maduras resbalando detrás de los párpados; su nariz era grande, salpicada de puntitos carnosos; movía sin motivo las manos pesadas y torpes. Uno de sus compañeros adelantó el busto, sonriendo:

—¿Y...?

La mirada del hombre se apagó.

—Y... ¡nada!

—¿Qué te pasa ahora; te enojás?

Era el otro, El Grasa, áspero y agresivo como siempre. Farol abrió la boca para contestar, pero una pena vieja le tiró las palabras para adentro. Miró hacia el fondo del salón.

—¿Pero, qué te pasa; querés decirme?

Le era difícil quedarse tanto tiempo en su silencio. Se alzó de la silla.

—Me voy... ¡Hasta mañana!

Se retiró hacia la puerta. Desde la calle midió con una mirada endurecida de rencor a los que quedaban dentro.

—¡Imbéciles!—murmuró—. Váyanse a reír de otro, ¿saben? ¿Qué se creen? Que soy un payaso, ¿eh? Sí, sí; un payaso... un payaso...

Alzó los ojos, molesto. Un vendedor de diarios lo miraba con asombro. Farol se desalentó. Un payaso, sí. ¿Qué otra cosa, si no? Un payaso torpe, indigno, capaz de ofrecer hasta su pobre alma a la bafa ajena... ¡Cara de Cristo!

Cuando se echó hacia atrás, en el café, dispuesto a comenzar el relato, comprendió que los otros lo rodeaban de silencio, esperando una mentira cómica; querían reírse a su costa. Sin embargo, él iba a abrirles su alma como una caja fácil para que mirasen dentro. Aquella criaturita pálida... ¡Cara de Cristo, Cara de Cristo!

Pero ellos se miraron con malicia y lo rodearon de un silencio solícito, apenas capaces de disimular la burla que les ardía en los ojos. ¿Por qué? ¿Por qué ese deseo de reírse siempre? Se sintió solo, abandonado, mártir de alguna manera.

—Me callaré—pensó—, no les contaré nada.—Pero no pudo. Su misma amargura lo impulsaba a hablar, a humillarse más todavía. Sonrió, hizo una mueca estúpida, y habló, habló... Mintiendo, sin decir lo otro, lo que le mordía dentro—Cara de Cristo, Cara de Cristo—, sino cualquier cosa, el primer embuste que le llegó a los labios... Pero de pronto fulguró en su memoria el recuerdo vivísimo—como una llamada—de haber oído lo mismo que estaba contando de labios de uno de sus oyentes, de El Grasa. En otra ocasión habría salvado el momento con una payasada:

—Sí, sí; se ríen, ¿no? Claro que es mentira. Si es lo mismo que nos contó El Grasa las otras noches...

¿El Grasa? ¿En realidad El Grasa? No; ahora le parecía recordar con más verdad. No; El Grasa no. Tab... ¡su mujer! ¿Era su mujer! Era aquella absurda novela que leía noche sobre noche su mujer, hamacándose suavemente en el sillón—el gato dormido sobre sus faldas—, mientras Farol cabeceaba detrás de la página de un diario, a los pies de la cama... Sí; era entonces. La voz de la mujer se iba haciendo más honda, más anhelante; detenía el vaivén de la hamaca... y él también, Farol, abandonaba su lectura para escuchar. Pero se encolerizaba pronto—lo exasperaba la lentitud del relato, que no llegaba nunca a la escena de la salvación del héroe—; arrojaba lejos el diario, y volvía la cara hacia la pared, buscando el sueño. Sobre las faldas de su mujer se avizoraba el gato, abriendo sus ojos de oro líquido, grandes y móviles como un agua soleada... Sí; ahora recordaba bien. Pero en el café pensó que era El Grasa el que lo había contado antes. Y no tuvo fuerzas para realizar la bufonada de siempre: le falló la ale-



gría, esa alegría burlera que ahora estaba acurrucada, llorosa, en un rincón de su alma, temblando como un niño asustado. Y la palabra se le había roto sobre los labios como una fruta de vidrio; ahora sentía un sabor agrio y triste.

Miró la calle, río inmóvil y nocturno, que arrastraba las sombras hacia el rumbo del alba. Farol sintió que el corazón se le cerraba y caía como una flor marchita. Hay hombres a quienes la calle daña. La calle sólo es buena para los que tienen el alma clara y la esperanza grande, para navegaría sin prisa, bajo el aire largo del atardecer. Pero los hombres turbios tienen miedo de mostrarse en ella como de subir a una picota: saben que hay mil ojos ingenuos que los miran, y eso lastima. ¡Oh, los que ignoran la calle! ¡Oh, los hombres fatigados y opacos que cruzan por ella como por una senda penosa que va de la oficina a la casa de todos los días!

Acorralado, Farol buscó un refugio donde llevar su pena. Fantástica y anaranjada, una cantina abrió su puerta luminosa como el calado de una fruta madura. Adentro, hubo una mesa oscura donde apoyó los codos, mientras el mozo le traía la copa pedida.

En una mesa próxima estaba un hombrecito pálido, de ojos cansados, que miraba distraídamente el fondo del salón. Había un no sé qué de reposado, de noblemente tranquilo en su cara; uno sentía ganas de acercarse y decirle algo agradable.

Regresó el mozo con la copa pedida. Farol sonrió.

—Frio, ¿eh? Sin embargo, hay un frío mucho más duro que éste. Un frío que no se siente en la carne, ¿sabe?, sino adentro, más atrás de los huesos... Vea...

—Perdone, señor. Voy a atender un cliente. En seguida vuelvo...

—¡Vaya no más; vaya no más!

Vió cómo se alejaba, sorteando las mesas, con la bandeja en alto y la servilleta doblada sobre el brazo. Un crispamiento de burla deformó la boca de Farol. De haberle dado tiempo, le habría contado al mozo la novela íntegra, atribuyéndosela... Se desalentó. ¿Es que andaría siempre como un colegial, amontonando mentira sobre mentira; es que nunca sería capaz de portarse como un hombre digno, no como un payaso grotesco; es que, después de todo, hallaba placer en servir de diversión a los otros?

Quiso evadirse hacia sus recuerdos, pensando encontrar una alegría grande en algún recodo del tiempo. Pero su memoria, como una liebre asustada, sólo hallaba un camino para su fuga: el más penoso. Días. Días. Días...

Cuando murió el Rata, la pieza parecía más grande y más clara. Había

mucha gente en los rincones. El foco eléctrico dibujaba con un hilo de luz el perfil de los que estaban cerca de la cama. Tres: El Grasa, la mujer del Rata y una vecina desgreñada, de grandes ojos tontos. Sus sombras trepaban por las paredes e iban a juntarse—dobladas—en el techo.

Farol estaba sentado cerca de la cabecera del enfermo. Tenía los gestos incómodos. Qué bueno decir algo acertado. O marcharse.

Rata tenía los ojos entrecerrados. Unos ojos grandes y hundidos. Los párpados, morados, eran unas membranas casi transparentes, que se encogían de pronto, dejando al descubierto dos pupilas fijas, que se clavaban, intensas, en alguno de los presentes: en El Grasa, que trataba de descifrar la receta del médico; en Gancho, que apoyado en el barandal de la cama, a los pies, miraba obstinadamente a un rincón, haciendo girar el sombrero entre las manos; en su mujer; en Farol... Cuando esto ocurría, Farol sentía aquella mirada, caliente de fiebre, ir penetrando lentamente en su cerebro, abriéndolo, llenándolo de temblores, como un rayo de luz en el fondo de un agua. Quería cerrar los ojos, pero no era posible. Aquella mirada le inmovilizaba los párpados, lo fascinaba, lo dejaba quieto y vencido. Penetraba siempre, adentro, más adentro, hasta lo más escondido de su cerebro. Farol sentía incendiarse el cráneo, presa de la fiebre que consumía al otro. Y pequeño, culpable... Hubiera dado un pedazo grande de su vida por tener fuerzas para hablar:

—Perdoná, Rata. Sí; fui yo. Estaba borracho, ¿sabés? No me di cuenta. Perdoná, Rata...

Pero aquella mirada seguía adentrándose en él, implacable, encendida de rabia. Uno se llenaba de espanto pensando en el montón de insultos que se agolpaban, sin poder escaparse, detrás de esos labios violentos, contraídos de cólera. Con un esfuerzo supremo se llevó las manos a los ojos y permaneció así, inmóvil, mudo, enloquecido de terror.

La mujer del Rata dió un grito. Farol sintió que el enfermo se movía sobre la cama, pero no se descubrió los ojos; un temblor cálido le subía desde lo hondo de su carne; los menores ruidos llegaban claros y distintos a su oído: pasos, cuchicheos, un agua dura

vertiéndose sobre un vaso... Como si los dedos se le hubieran fundido en una masa única, de hierro, continuaban apretados sobre sus ojos... Hasta que no pudo ya, y lentamente, dolorosamente, fué abriéndolos y por entre la abertura de ellos miró: Rata, incorporado sobre la cama, estiraba hacia el techo su largo cuello flaco, abierta la boca como si el aire le faltara por completo; sus ojos, de tan enormes, parecían salidos de las órbitas; tenía la frente llena de arrugas... De pronto se estiró más; una nube oscura anocheció sobre su cara... y fué como si se desarmara todo, como si alguien hubiera roto el aire en muchos pedazos negros... Rata cayó como una piedra, muerto, sobre las sábanas revueltas.

Quiso arrancarse ese recuerdo con un movimiento brusco. El aire del café era duro, difícil de respirar. Se fijó en el hombrecito pálido de la otra mesa. Era pequeño y muy blanco; una frente alta, hermosa, se abombaba sobre sus ojos ingenuos de muchacha... Porque sí; tenía unos ojos de muchacha. Unos ojos parecidos a los de Lisa, cuando Lisa cesaba de pronto de reír y se quedaba mirando los rincones del "bar", distraída, ausente, fija por Dios sabe qué hondo recuerdo en algún rincón del tiempo.

Se enderezó sobre la silla y trató de llegar hasta la mesa del hombrecito; pero había bebido demasiado y volvió a caer en su asiento pesadamente. Alzó la mano, murmuró algo ininteligible, pastoso, como un ronquido. Sólo con mucho esfuerzo encontró unas palabras.

—Vea, che... ¿Me permite? Vea...

Las dijo en voz baja, apenas perceptible, y siguió en su silencio brumoso, absurdo, como rodeado de humo. En vano quería atarse al momento. El pasado lo arrastraba hacia atrás, entre un torbellino de malas imágenes.

Aquello fué en la fonda del Flaco Ernesto, Tabonilla y El Grasa—serios, terriblemente serios—lo miraban desde

P O R
J. MIRANDA KLIX
ILUSTRACION DE
LUIS MACAYA



labio, cortado. Se hallaba ante la puerta de su casa, no lejos, como había creído antes. Se desalentó. Repentinamente, su carne se halló alijerada del cansancio que lo apretujaba. Hubiera deseado caminar todavía, caminar, caminar...

La imagen del perro vagabundo cruzó nuevamente por su cerebro.

—¡Maldito perro!

Entreabrió la puerta y miró hacia el interior del conventillo. El ojo agónico de un farol a kerosene parpadeaba en el patio. En el fondo, un agua solitaria caía sobre las piedras con un ruido hueco.

Se metió hasta lo último, hasta llegar al pie de una escalera de hierro. Por ella se subía a su pieza.

Lejos, un gallo cortó el silencio con un grito metálico. La noche rodaba lentamente hacia el milagro del alba. Venían del lado del puerto rumores informes, cada vez más violentos.

Farol se dejó caer sobre los peldaños de la escalera, lloroso. Le dolía haber llegado.

—¡No quiero, no quiero!... ¡No voy a subir!

La mañana anterior había sido el entierro del Rata. Vinieron muchos desconocidos, que escudriñaban en todos lados como perros. Nadie sabía quiénes eran. La Renga Victoria suponía que eran pesquisas, pero alguien sugirió que acaso fueran parientes del Rata. La Renga Victoria inmovilizó los ojos, buscando hacia atrás, en días lejanos, no se sabe qué recuerdo... No; no podían ser parientes. Rata no había nunca de parientes. Sólo una vez, hacia mucho, antes de que Carmelucho saliera de la cárcel, vino a buscarlo un hombre ya viejo, muy encorvado. Era todo un señor, vestido de difícil, con anteojos de oro... El Rata la mandó afuera y se quedó con el extraño en la pieza. Mucho tiempo. Como dos horas.

Pero fué una vez no más. Aquel señor no volvió nunca. Rata no dijo quién era. Anduvo unos días cabizbajo, trabajado por alguna idea mala que le oscurecía la vista y le agriaba el carácter. Fué entonces cuando la tiró a ella, a la Renga Victoria, escaleras abajo, quebrándole la pierna... Sí; hacia mucho tiempo.

Iban siguiendo el coche mortuorio en silencio. El Grasa se restregaba de vez en vez los ojos con el dorso de la mano que sostenía el sombrero; estaba muy serio y pálido. Gancho caminaba a su lado, mirando a todas partes con asombro, como los chicos. Cada vez que pasaba una mujer joven le daba un codazo a Farol; Farol no sabía por qué, pero le resultaba enormemente simpática la cara de Gancho.

El Rata iba metido en una caja

—Perdoná, Rata. Sí; fui yo...

—¡Pobre Rata! Lo bajaron como a un pájaro, con dos balazos en la espalda. Estaba durmiendo en la pieza de la Renga Victoria cuando lo sorprendieron. Apenas si pudo ganar los fondos, saltando por la ventana. Pero cayó lo mismo. Al saltar la pared.

Lo sacudieron con violencia. Miró hacia arriba, asustado; el mozo.

—Vamos a cerrar.

No comprendió.

—¿Qué?

—Vamos a cerrar. Hay que marcharse.

—Ah, sí! Ya me voy... Sí; claro... me voy...

Metió la mano al bolsillo en busca de su dinero, pero sus ojos se detuvieron en la mesa donde había estado el hombrecito pálido. Estaba vacía. Farol se sintió turbado; no le parecía natural que el extraño se hubiera ido. Miraba la silla sin nadie, el pocillo lleno de chorreras oscuras, la cucharilla caída sobre el mármol. ¡Qué absurdo! ¿Cómo era posible que un hombre se hubiera marchado y nada, absolutamente nada de él quedara en los utensilios que había tocado?

—¿Cuánto es?

Contó varias veces antes de pagar. En la calle lo agredió un aletazo de aire frío. Se sentía lejos de todo, cansado, lleno de hondos motivos de resentimiento con la vida. Y tener aún que andar, andar, andar. Mucho. Mucho. Toda la noche quizá.

Con la cabeza gacha, trotando contra la pared, cruzó un perro vagabundo. Farol se animó un poco; buscó una piedra en el suelo; gritó:

—¡Eh! ¡Eeeeh!...

Pero se desalentó en seguida. Parecía que algo le faltaba, que le habían robado algo. Avanzó unos pasos más, tropezando.

—¡Maldito perro!

Su mujer estaría durmiendo a esa hora. De espaldas. Como siempre. Y con la boca abierta, agujereando la noche con su extraño silbido gangoso. ¡Maldita sea! Apenas encendiera la luz se incorporaría en el lecho, asustada, como si alguien que no fuera él pudiese entrar en la pieza. De entre las cobijas, como un resorte súbitamente estirado, silenciosamente, saltaría el gato alarmado, e iría a encorvar el lomo sobre la mesa. A veces... Se quedó con la palabra a flor de

el mostrador. Intentó una sonrisa, que se desarmó inútilmente sobre sus labios, y se volvió hacia los que lo acompañaban, molesto. Se sentía como un colegial reprendido.

Compartía la mesa con Gancho y el desconocido. Gancho, borracho, miraba fijamente—los ojos inmóviles, como de porcelana, y agrandados—hacia la puerta; de vez en vez espantaba una mosca invisible de sobre la nariz; movía los labios sin articular nada, y volvía a su mueca de payaso de cera. Farol lo miraba y sentía un poco de vergüenza de ser su amigo.

—Y Rata, ¿dónde está?

Era el otro, el desconocido, el que pagaba las vueltas. Farol sonrió.

—Y... ahora tiene que perderse por un tiempo. Hasta que la gente se olvide del asunto, ¿sabe?

—Pero, ¿dónde está?

—¿Y dónde quiere que esté? En la pieza de la Renga Victoria. Ahí no lo encuentra ni Dios. Un...

Se cortó de pronto. Desde muy arriba le cayó como si fuera un rayo la sospecha: ¿Y si fuera un espía? ¿Cómo podría asegurar él que no era un espía? Lo acababa de conocer, no sabía de dónde venía ni quién era... Y ese Gancho borracho, borracho completamente!

Miró hacia el mostrador. Ni Tabonilla ni El Grasa estaban ya. En la acera, recostado contra la puerta de la fonda, Carmelucho contemplaba en silencio el rodar barullero del tráfico de la calle. Tuvo deseos de levantarse y llamarlo. Pero luego pensó: "¿Para qué?"

Se volvió hacia el desconocido con rabia.

—Y usted, ¿para qué quiere saberlo?

—¿Yo...? ¡Para nada! ¡Maldito lo que me importa Rata a mí!

Farol lo observó un rato. Sí; no le importaba nada. Se veía que no le importaba nada. ¡Qué bueno! Sintió ganas de charlar más de ser más cordial con su nuevo amigo, avergonzado de la sospecha que había concebido...

clara, sobre cuya tapa había incrustado un crucifijo de metal. Al llegar al cementerio, los empleados de la funeraria habían acomodado la caja sobre la trasera del coche. Cada uno de los amigos tomó uno de los cordones negros que pendían de las manijas. Farol no. Seguía más atrás, sombrío... De pronto se le ocurrió que el crucifijo de metal estaba justo sobre la cara del Rata. Recordó las mejillas hundidas, la boca larga, deformada, fácil al insulto; los dos ojos negros, redondos, de pájaro. El crucifijo encima.

Miró hacia atrás, incómodo. El cielo estaba azul. Sobre los mármoles de las tumbas el sol parecía más duro y más amarillo. Otro cortejo fúnebre avanzaba por la avenida bordeada de sepulcros.

Era inútil. La cara del Rata seguía, nítida, en su imaginación. Aquel gesto de rabia que le torcía la boca; esos ojos violentos... Y ahora todos marchaban detrás de su cadáver, serios y graves... No podía evitarlo; le daban ganas de reír. Pero de reír fuerte, fuerte, para que lo sintieran todos. Comprendía que era estúpido—al fin de cuentas el lo entregó a la policía—; pero la risa le temblaba sobre los labios.

Cuando volvían en el tranvía sentía vergüenza de no haber estado triste como los otros. Tabonilla, sentado en el mismo asiento, le hablaba de cosas que no escuchaba. No quería saber nada; no le interesaba nada. ¡Qué imbécil! ¿Por qué reír? Se había lastimado las manos hundiéndose las uñas en la carne para contener la risa, y, sin embargo, no pudo evitar el chisporroteo de burla que arrancaban en sus ojos las caras serias y graves de los que marchaban al lado de la caja mortuoria.

—¿Qué de mosquitos en el cementerio! Tengo las piernas cosidas de picadas...

Alzó la vista con disgusto. Era una mujer gorda, vestida de negro, que viajaba en el asiento delantero. Su compañera no contestó nada, absorta en desanudar el extremo de un pañuelo donde tendría su dinero.

Volvió a sentir ese cansancio áspero que lo había agobiado desde la muerte del Rata. Tabonilla no hablaba ya. Iba serio, con el mentón caído sobre el pecho.

Farol se inclinó hacia el otro. Quería hablar, hablar, aturdirse hablando. Exclamó:

—Pobre Rata, ¿eh?

Tabonilla lo miró sin contestar, de una manera rara, como insultándole. Se sobrecogió. El recuerdo de su delación involuntaria lo golpeó en la cara, sonrojándolo. Bueno; él no tenía la culpa, ¿qué diablos! Miró hacia la calle.

Entonces fué cuando aquella criaturita, ¡tan pálida!, lo miró con sus grandes ojos azules asombrada.

—¡Mirá, mamá! ¡Mamá!... Ese hombre... aquél, aquél... ¡Tiene la cara de Cristo!

Y lo señalaba con su dedito diminuto.

Sintió como si le hubieran dado un golpe en el pecho. Sus ojos se habían hecho grandes. Quiso sonreír, pero en su boca sólo se dibujó una mueca de llanto... ¿Qué? ¿Qué?... Sacó la cabeza fuera de la ventanilla. Ya no se veía nada. Aquella criatura andaría por otra calle; ya no la veía más... ¡Cara de Cristo!

Farol se enderezó de golpe como si el contacto de ese recuerdo fuera un contacto de víbora. Cara de Cristo... Todo el día había sonado sobre sus oídos esa vozcita... Cara de Cristo. Cara de Cristo... No sabía por qué, pero asumía a sus ojos una importancia terrorífica. Nunca se había sentido tan miserable, tan poco, tan humillado...

Y en el café lo habían rodeado de un silencio expectante, tenso, como si fuera a contar alguna aventura imaginaria. ¡Imbéciles! «¡Hacia frío. Los gallos madrugados anunciaron el alba.»

EL PRINCIPE QUE FUE MENDIGO — LA VIDA NOVELESCA DE SIR BASIL ZAHAROFF

I



L buque fantasma Falke, ha meses sorprendido en las costas venezolanas por espías de aquel gobierno, contenía un arsenal de armas como el otro, el del "Holandes Navegante", de Ricardo Wagner, un mundo de poesía. Los revolucionarios de Venezuela, tripulantes del misterioso buque, al ser preguntados en estos días sobre la procedencia del armamento, lanzaron a la pública curiosidad aquel fantástico nombre, inevitable en toda empresa de audacia, desde la guerra acá, el de Sir Basilio Zaharoff, el octogenario impulsador de novelescos negocios, de bélicos embrollos y de atrevidas intrigas diplomáticas. "El hombre más rico del mundo" le llaman los yankees; el "Señor de los negocios", le titulan otros, como se titulaba el ídem de las batallas a Guillermo II; el "Amo de Europa", le dicen en París.

¿Quién es este incógnito movedor de desastres, tragedias, revoluciones, guerras?

Historia más novelesca no la hubo desde los libros de Caballería a los Sherlock Holmes. Diríase que su complicada vida fue invención de cinematográficas mentalidades, de folletínistas funámbulos capaces de crear mundos, fantásticos personajes y de jugar con ellos como el dislocado clown jongleur con aquellas doradas bolas regocijo de aldeanos... Y, sin embargo, Sir Basil Zaharoff, eje del mundo, existe y vive.

Erecto y altivo, finalizando su aventurera vida alzáse, en su palacio, como director de la mundial escena, sin que su cerebro se fatigue, su orgullo se doble, su corazón desmaye, su voz enronquezca y su astucia se marchite. Cerca de París, desde vieja y aristocrática mansión, el formidable constructor y destructor de mundos tiende sus redes; nuevo Mefistófeles, aprisiona la terrestre esfera con malla de negocios, fabulosas empresas, increíbles proyectos...

Encogieronse de hombros los más escépticos, rieron otros o se consideraron ofendidos algunos. Porque en estos círculos... viciosos, donde se rajan honras sin cesar, se profanan virtudes con anatómica crueldad y se convierte el mármol de las mesas en mesa de disección del honor ajeno, el de los señores socios se aparece tan virginal, tan hermético y hurfano como aquel elixir de la larga vida que guardaba en sus redomas el Marqués de Villena. Cuanto más perdido y desacreditado el socio, más se creía caballero sin par en su honra intangible, rodeado por llamas de castidad como Brunilda, la Walkyria, en la montaña sacra. ¡Cualquiera entraba en el círculo sin pasar antes por los mil depurados filtros!

El pálido extranjero, al despedirse, nos dejó una tarjeta: "Basilio Zaharoff", decía. ¿Uno de tantos? ¡Nombre de novela, de conspirador, de terrorista ruso! ¡Zaharoff!

Hace tres años, halládomos en París, cuando mi destierro, un ilustre compañero de persecución, desterrado griego, hablábame de Venizelos, actual presidente del Consejo de Ministros de Grecia, y al hablar de él deslizó un nombre, el de otro griego que debía casarse con una duquesa española; ¡oh novela!, la señora Duquesa de Villafranca, viuda de un Infante de España, a quien conocí yo en mi juventud. Este griego, a quien se discutía entonces en París por su desconocida cuna, llamábase Zaharoff. Un rayo de sol se entró de par en par en la olvidada noche de mis recuerdos. ¡Zaharoff! Veíalo otra vez, desdeñoso en su mirar, guiñando su monóculo, dos veces impertinente, bajo la poblada ceja, jurando en su extraña lengua, su jerga, pirata y andariega, entre judaica y musulmana, asegurando que algún día sonaría su nombre. ¡Y vaya si sonó! ¡Era "el misterioso señor "legado de lejanas tierras", a quien la junta directiva, en el reboleo y boleo de sus votaciones de admisión, había rechazado o quizá indeseable. Era un tipo pálido, de quietudesca faz y largo cuerpo, ca-

ellos rubios, corva nariz de presa, y aquellos profundos ojos de misterio, de criminal o de genio con que suele Dostoyevski exornar a sus nebulosos cuanto anormales personajes. Hablaba un francés de oriental sabor, mezclado con palabras inglesas, francesas, turcas, españolas, rusas, italianas, ese macarrónico y galiparol lenguaje que acarrea la lengua volandera al correr el mundo en aquella mundial academia de picardía y de dolor, de humana lucha, que se moldeó en el aire de los campos, con el salitre de los mares, con el vocerío de zocos o mercados o el sonsonete de hierros y cadenas en galeras o mazmorras, aquella suelta y rota gramática mediterránea, levantina, navegante, pirata, lengua de color henchida de populares esencias perfumadas que luego depuraron los escritores vistiéndola con las ricas galas del saber clásico.

Tracemos la curiosa vida de este simpático aventurero que parece evocar, por su audacia y gracia, la de tantos otros españoles del siglo XVI, la de un Law, el fantástico financiero escocés; la de Casanova de Seignalt, el corredor de mundos, semiespañol, pues descendía de familia aragonesa criada en Nápoles, el Casanova celebrísimo, que tras de

ambular por Europa, enamorar monjas en Venecia, burlar a Federico de Prusia, engañar a la gran Catalina, hacer mofa de Voltaire (¡lo que parece un colmo!), deshonor a maridos, uno de ellos embajador de Francia; seducir en vivo a una gran dama cuando contemplaba la ejecución de Damien, el regicida de Luis XV, en la plaza de la Greve; de saltar bancas mil y de estafar a banqueros, burlar loterías nacionales y asaltar negocios, vuelve a España para que la Inquisición le prendiera por disoluto, sin perjuicio de robar, después, su querida al Conde de Ricla, capitán general de Cataluña, y de enamorar a la señora Nina, la levantina, y algo... levantisca de cascos, cuanto valenciana hermosa, aquella loca que por imitar a Popea bañaba su admirable cuerpo en la dulce leche de la generosa esposa del más insultado de los animales, o lo copiaba desnudo en una transparente acequia de la huerta y ante la vista de sus embebidos colonos, cual Friné a la de sus jueces... La vida de este nuevo Casanova se asemeja, también, a la del aventurero Barón de Riperdá, financista holandés, amo de España, encarcelado en el Alcázar de Segovia por inmoral, de donde escapó vestido de mujer para terminar sus días en Tetuán, amigo y amante de la sultana Lallia, y acabaría, por fin, de miserable mendigo mahometano, pues había abjurado la fe católica. Tiene algo, también, Zaharoff, de Ribera y de Miranda, aventurero en la corte de Catalina II, y sus puntos de picardía a lo "Estebanillo González" o "Gil Blas de Santillana".

Una mañana, hará cosa de ochenta y cuatro años, por

ahora, el pope de la iglesia de Monghia, aldeucho misero perdido en las montañas del Asia Menor, bautizaba con el nombre de Zacarías Basileios y en la religión ortodoxa griega, a un niño hijo de Basilio y de Helena y de apellido Zaharoff. Aprende el oficio de tapicero, como los de su aldea, asómase al cercano mar heleno, admira majestuosas ruinas del pasado clásico que sombrea las miserables cabañas con sus ya caídas dentaduras... ¿Quién pensará que aquel haraposito niño que corre ahora las plazas de Jova, acariciado por el sol homérico que levanta montañas en la dorada arena, pequeños y movidos mundos que deshacen las olas, levantará en el futuro consistentes fortalezas, realizará magníficos ensueños, será, en fin, señor y dueño del mundo? Su mirada se dirige a Grecia... Allá, tras de la bruma, blanquean aquellos mármoles pentélicos que dora el sol y chamuscó la pólvora, gloriosa frente del Parthenón que desafía los siglos, donde galopan hacia la inmortalidad los bravos corceles marmóreos, medio deshechos por la metralla turca. Lord Byron ofrendó su vida por defenderlos, exclamando:

"¡Lira, déjame en paz, venga [una espada!"]

Pero la familia Zaharoff vivía en Constantinopla, enemiga de Grecia. Los griegos durante la guerra de su independencia eran perseguidos en Byzancio. Beethoven lo evoca en su admirable melancólico poema "Las ruinas de Atenas". El día de Pascua de 1821 la menada turquesa asalta en Byzancio la iglesia griega; el patriarca Jorge, arrancado del altar, es ahorcado; su cadáver arrastrado por las calles, arrojado, por fin, al compasivo mar...

Arden iglesias griegas. Los Zaharoff huyen a Odessa en el éxodo griego que cubre de lamentos desde el Cuerno de Oro a las ciudades del Mar Negro. Para disimular su origen, rusifican su nombre y Zacarías se convierte de Zacharoff en Zaharoff. Vuelven a Constantinopla. El padre sueña con ir algún día a Londres a vender paños, pues conoce la Europa moderna y se asomó ya, a Manchester. Trajo, en sus ojos, la visión febril y fabril de la naciente Inglaterra industrial, y en sus oídos el traqueteo infernal de la nueva maquinaria devoradora del tiempo. "El tiempo es oro". Constantinopla, su Sublime Puerta, es la de Europa; brincan en sus aguas azules que reflejan torres de oro y minas de plata, impacientes barcos que ansian correr el "mare nostrum", para perderse en la bruma... También él, el joven Zaharoff, irá con ellos a lejanos mundos del ensueño. Abandonará las callejas de Tavatia, el barrio griego de Constantinopla, sus casuchos y tugurios, guardas sin ventanas, viviendas cojas, callejones sinestros, cuevas de funámbulo, "getho" impuro donde se avergüenza de penetrar la luz, el limpio sol temeroso de mancharse con la inmundicia del humano rebaño, sus emanaciones pútridas que apestan en tenduchos, en populares cocinas; aquel mundo griego-musulmán, desaseado y torvo, que ahoga al joven Basilio que desea luz, belleza, resplandor de dioses, como sus progenitores los artistas helenos. "Dos ojos griegos ven más que dos mil millones de ojos galos", dice un viejo refrán. Mas su miseria le impide abrir los suyos... Cambiante de moneda, bombero, guía de extranjeros, cicerone, después recorre sin cesar la escala social, pero su roce con tan distintas gentes le sirve de

escuela. Su tío Sevastopolo le hace, por fin, participe de sus negocios. Vende paños. Pero ríe pronto con su tío, retira su participación en el negocio y huye a Londres. Su tío le persigue, le acusa de estafa. Está ya en una fría cárcel, inglesa prisión que interrumpe el lento sonar de un ventrilocos reloj y el canto gangoso de los salmos bíblicos... Zaharoff perdió en el viaje aquella carta de su tío que aseguraba su participación en el negocio. ¡El nada había robado! Pero le faltan pruebas!... Llega el día de su juicio. Dos guardianes, rígidos y mudos, acompañan al reo. Hace intenso frío. Zaharoff va cubierto con larga capa. Yendo desde la cárcel al tribunal, y para preservarse del frío, introduce una mano en un bolsillo del abrigo. Tropieza con un papel doblado, enredado en el forro. Siente un escalofrío de emoción. ¡Ha descubierto el papel, la carta de su tío! Su tío le acusa, mas al poner la mano en los Evangelios para jurar, se oye una voz profunda en la sala.

— ¡No permitan que jure en vano! — dice solemne.

Basilio Zaharoff agita el papel en sus convulsas manos. ¡Está salvado! ¡En libertad!

Le vemos luego, oh asombro, en un harén. Recordemos la escena del "Don Juan", de Byron. Don Juan, vestido de odalisca, ha penetrado en el misterio entre las nocturnas sombras. La sultana, enamorada, le llama, mas mientras ella llega, y suponiéndola compañera, las otras odaliscas, una de ellas comparte su lecho... Termina el dulce sueño encerrada ésta en una bolsa y en lo profundo de las aguas azules del Bósforo, como era de rigor en los serralleros... La sultana no perdona. Ya se ve que la reciente historia del matrimonio de Buenos Aires no sería nueva en Turquía. Zaharoff es lindo mozo. Nuevo Don Juan, también le llaman las sultanas. El escándalo llega a Atenas, donde se refugia. Las mujeres le aman. ¡Capaces fueran hasta de abandonar sus pedestales las Venus Cíterea para declararle su amor! Pero Atenas ha cambiado. Ya no pasea por sus plazas Alcibiades con su fiel perro descolado, ni Platón fillosa en sus banquetes, ni Licurgo o Dracón, Lenines presuntos, molesta a Grecia con sus draconianas leyes. Alzanse bancos vulgares junto a marmóreas columnas. La caballería no cabalga en aquellos lindos potros partenonianos, tan graciosos y armónicos en sus afeminadas líneas; cabalga potros ingleses y luce chacós franceses. Abrense avenidas, suenan "music-hall" donde ayer divinos plectros pulsaban sagradas armonías. Skolondin, el famoso político griego, acoge a Zaharoff. Comprende su valía, mas la leyenda de Londres le persigue. Zaharoff explica. ¡Es inútil! Cierta día la "Mikra Ephemeris", como si dijéramos "La Nación" de Atenas afirma "que un Basileios Zaharoff al intentar huir de la vieja cárcel de Gorbola fué muerto por un centinela".



SIR BASIL ZAHAROFF

Skolondis, el gran político, averigua. Desentierran el cadáver del prófugo. Un dentista asegura que conocería al verdadero Zaharoff por su dentadura. Aparece un cadáver horrible con cabellos rojos. ¡No es Zaharoff! Zaharoff es rubio claro y muy lindo. El muerto es un ratero canadiense que intentara huir de la cárcel. Averiguase, pues, Zaharoff estaba largo tiempo otra vez en Londres, que un tal Esteban Xénos, director del periódico, que odiaba a Zaharoff por celos de una hermosa griega, su amante, inventó la infame treta para deshonrarle. Zaharoff llega de Londres, abofetea a Xénos. La noble Acrópolis le recoge con clásicos ecos, como antaño las heroicas arengas, pues dicen que la bofetada fué de... las que hacen época.

RODRIGO SORIANO

Archivo Historico de Revistas Argentinas | www.anra.com.ar

"MASCARA BLANCA"

P O R
EDGAR WALLACE

CAPITULO XVI



UNICAMENTE un hombre del pasaje había visto al inquilino del anciano Gregorio. Mejor dicho, habría que convenir en

que sólo un vecino lo había visto. Al vislumbrar la probabilidad de un interrogatorio, el genio que llenaba el pasadizo se desvaneció de nuevo. Permaneció — nadie más — aquel sujeto loco y desconocido que solía vagar por el Gallows Court.

—¿No se lo decía yo? ¿No se lo decía yo? — exclamó el demente al percibir a Mason—. A usted y al periodista: "¿qué hay de misterioso en Gregorio, eh?" "Yo" sabía! — Se pasó la mano por la nariz —. Apostaría a que el doctor lo sabía, pero él no quería romper el silencio. ¡Venga acá! — Detuvo a Mason —. ¿Es cierto que secuestraron al doctor?... ¡Alguien morirá si le tocan a nuestro "doctor penique"! ¡Todo Gallows irá en busca del secuestrador y lo encontrará, y lo traerá aquí y lo encerrará en un sótano, y le pondrá cal en la boca y le desgarrará el cuerpo en tiritas, hasta que fallezca!

En el rostro horroroso del sujeto se dibujó una mueca, evidentemente dedicada a Mason.

—En cuyo caso — habló Mason — vendré yo y me daré el gustazo de atormentarme, y alguien más morirá... No; no conozco al que secuestró al "doctor penique".

—Yo le oí... profería unos gritos lastimeros. Y en seguida se hizo humo el coche — susurró el loco —. Si hubiéramos sabido que se llevaban al doctor, seguiríamos la pista del automóvil.

—¿Qué aspecto tiene el inquilino?

El demente movió la cabeza. —Un individuo alto... Eso es todo lo que sé: Le vi un par de veces entrar y salir, generalmente por la noche; pero nunca alcancé a verlo con más detenimiento. No dormía ahí, aun cuando el viejo Gregorio creyese que sí.

Se aproximaban tanto estas palabras a la conclusión a que había llegado Mason, que se dispuso a escuchar otras opiniones del loco con respeto, pero Shoey — así le llamaban — no añadió más.

* * *

Era preciso reconocer una cualidad en el inspector Bray: la de excelente telefonista. Antes de que Mason abandonase la clínica, Scotland Yard estaba enterado de todo lo atañente al taxímetro No. 93.458, su color, sus detalles generales y la dirección que había tomado. Scotland Yard estaba enterado, también, del secuestro del doctor Marford y del caso del "chauffeur" que vivía con el anciano Gregorio Wicks.

La imprenta de Scotland Yard trabajó incesantemente para que las noticias llegasen en una circular a los puestos extremos de la policía y, poco después, los obreros madrugadores que andaban por las calles céntricas de la Capital contemplaban el paso veloz de motociclistas policiales que portaban órdenes en todas direcciones.

Lorna Weston, sentada en el vestíbulo de la enfermería, aguardaba a la ambulancia que la transportaría a la comisaría seccional. Pálida, nerviosa, los ojos humedecidos y fatigados,



apenas oía los severos discursos del cabo Hartford, quien, sentado a su lado, se entregaba con ahínco a la tarea de regenerarla, pues argüía que la situación de la mujer se debía a su excesiva afición al alcohol y se proponía abrirle los ojos, para apartarla del peligro.

Uno de los policías que llegaron con la ambulancia contaron una versión resumida e incompleta de lo acaecido al doctor Marford. El cabo Hartford emitió por sus gruesos labios un chasquido de desagrado.

—Esto viene a demostrar solamente, señora Weston — explicó — los efectos de la bebida en un hombre. Lo probable es que hayan estado bebiendo juntos en la clínica del doctor y, claro, tenía que suceder algo. Nunca se piensa demasiado tarde en dar marcha atrás. Créame. Vea mi caso: hace cinco años, no había un hombre a quien le gustase más que a mí un buen vaso de cerveza. Yo solía llamarme un bebedor morigerado, pero... ¿lo era, en realidad? Ningún hombre que bebe puede ser un bebedor morigerado. ¡Hasta que un día me indujeron a enmendarme y contéplame hoy!

Claro está que la mujer no lo contemplaba. Apenas si lo oía. De haberlo contemplado, opinaría que si se había llevado a cabo alguna transformación en el aspecto del cabo Hartford, anteriormente, en sus días de bebida morigerada, debía ser de horrorosa presencia. Pero ella no oía sino un zumbido de voces indefinidas, silbantes, que venían de otro planeta; y no notaba sino un pequeño dolor en el brazo derecho, que la irritaba; y todo aquello la hundía en una confusión de recuerdos y temores angustiosos, impalpable realidad que carecía de dimensiones o de netas perspectivas.

Al hablar, lo hizo para repetir mecánicamente:

—Necesito ver al jefe de policía. Debo ver al jefe de policía.

Repetió estas palabras con monótona entonación. En lo íntimo de su conciencia un motivo poderoso la impelía a preguntarse algo a que no acertaba a responderse. Se sintió desfallecer... Tuvo instantes

de conciencia completa; se dio cuenta de que estaba sentada en un banco, en un corredor largo, iluminado, de desnudas y descoloridas paredes...

Al rato, al volver en sí se encontró recostada en un sillón de brazos, en una habitación reducida y tan inundada de luz, que le lastimaba los ojos. Un grupo de gente muy diferente la rodeaba.

—¿Por qué la dejaron marcharse los enfermeros? — preguntaba Mason contrariado.

—Preciso ver al jefe de policía — dijo ella —. Quiero hacer una declaración.

—Ya me lo ha dicho usted una docena de veces — habló Mason, acariciándole la mano —. Seréne. Usted sabe dónde está... Yo soy el inspector general, Mason.

La mujer lo miró escudriñadora, y movió la cabeza.

—¿Y la enfermera?... — interrogó Mason —. ¡Oh, está usted aquí, señorita Leverett! Déjela descansar un poquito, que se recueste; déle un poco de café. ¡Bueno! ¿En qué lugar se ha metido ese condenado?... ¡Ah, está usted aquí, Bray! ¿Hay alguna noticia?

—Ninguna, señor — expresó el inspector. Y añadió con semblante compungido —: creo que no podré aguantar mucho más, señor. Me caigo de sueño. Después de todo, soy un ser humano.

—Usted no es un ser humano, después de todo — Mason hablaba con acento ofensivo —. Usted es un policía. Ha tenido que permanecer despierto durante veinticuatro horas, y tendrá que permanecer en vigilia otras veinticuatro; las primeras cuarenta y ocho horas son las peores, consuélase.

—Mi opinión particular — manifestó Bray — es la que el sujeto se precipitó con el coche en el Támesis...

—Sí, sí. Estoy seguro de que obró así — convino Mason, indeciso —. Es posible, también, que haya penetrado en el Museo Británico. Debe usted realizar una investigación al respecto.

El inspector Bray reflexionó. —Yo no opinaría, señor, que el individuo se hubiese ido al museo... empezó a decir. Mason se encaminó a la puerta. Pensó que si se distraía

Bray se puso de rodillas y se extendió a lo largo. Lamborn se inclinó sobre él

otros diez minutos con el inspector Bray, se vería reducido en seguida a un estado de imbecilidad.

Retornó al despacho de la Inspección, cubierto ahora de objetos trasladados desde la casa del anciano Gregorio. Entre ellos, uno o dos documentos muy importantes que Mason había encontrado en una caja de latón, medio llena de engastaduras de platino.

Registrando la caja, el inspector general descubrió unas pinzas de orfebre, lesnas e instrumentos del oficio de joyero en abundancia. "Máscara Blanca" sacaba las piedras y diamantes de sus engarces; lo maravilloso es que no disponía del platino. Debía sentirse perfectamente seguro bajo la égida del viejo Gregorio, cuya honestidad era la mejor credencial para su inquilino.

Se había realizado una minuciosa busca de indicios de armas de fuego y, como medida de precaución, en las circulares descriptas del prófugo se puso esta nota: "Quizá lleve una pistola". No existía, sin embargo, ninguna prueba que permitiese afirmar algo semejante. No se encontraron cartuchos, ni cartuchera, y ninguna arma, excepto el cuchillo.

Del fondo del armario desempolvaron una caja de cartón llena de pares de guantes de algodón blancos, y en otra parte de la habitación descubrieron una media docena de retazos de tela con unos agujeros, bastamente cortados, para los ojos. Los bordes de esta rudimentaria máscara estaban fijos por una varita de ballena y un cordón elástico. La varita de ballena daba rigidez a la máscara y el cordón elástico, claro, la sujetaba a las orejas.

"Máscara Blanca" estaba bien equipado en todo lo que se refería a vestuario. En su guardarropa tenía dos "chaqués" negros, de factura extranjera por supuesto; tres pares de zapatos de goma, uno de los cuales solamente había sido utilizado y, lo más curioso, una pistola automática de juguete. Se semejaba a esas

LA EXTRAÑA FILOSOFIA DEL PROFESOR MASON

ILUSTRACION DE LUIS MACAYA

que se emplean en los teatros, era de madera y no se diferenciaba en nada en absoluto de las legítimas. Hasta que la tuvo en sus manos y comprobó su leve peso, Mason creyó que se trataba de una pistola de verdad.

El inspector general, al hallar esta pistola, abrigó la convicción de que "Máscara Blanca" no usaba otra arma y que era esta intimidación la que le servía en sus aventuras al margen de la legalidad, el arma con que irrumpía en restaurantes y clubs nocturnos, y comunicaba un pavor terrible a porteros y mozos.

Mason dormitaba casi, cuando entró Elk en el despacho.

—¿Sabe usted lo que opino, señor?

—¿Usted también opina? — refunfuñó Mason —. Perfectamente; me enteraré de su opinión.

—Tenemos ahí un hombre que va a lograr que "Máscara Blanca" sea absuelto. Mírese por donde se mire, iremos fatalmente a parar en lo mismo. No se puede acusar a "Máscara Blanca" si Lamborn se emperna en su historia.

—¡Oh! — El rostro de Mason sufrió una transmutación —. Lamborn... el ratero ese. ¡Caramba!

Reflexionó sobre el asunto un largo rato.

—Opina usted con mucha razón, Elk — dijo, al fin —. Ante lo que ha declarado ese miserable raterito, costaría trabajo obtener un veredicto condenatorio. Falta por saber cómo procedería el jurado.

—El jurado — expresó Elk, enfáticamente —, es un cuerpo o institución que proporciona a cualquiera, excepto a la policía, el beneficio de la duda. Los miembros del jurado no piensan; deliberan los señores jurados...

—Bueno. Obremos con habilidad... — propuso Mason.

Cruzó el salón de los interrogatorios, en donde tomó una llave, y se adentró en un pasaje bordeado por un lado por una ringlera de puertas, pintadas de amarillo, de celdas. Se detuvo ante la celda No. 9, abrió la rejilla y echó una ojeada en el interior. El señor Lamborn se reclinaba incómodamente en una cama de tarimas, con dos cobertores sobre sus hombros. Estaba despierto y al oír el movimiento de la rejilla, levantó la cabeza.

—¡Hola, Lamborn! ¿Durmiendo tranquilo?

El ratero lo miró con fijez, sacó sus piernas de las tarimas y se puso en pie.

—¡Si hay leyes en este país, Mason, usted saldrá mal parado por este abuso, al que yo califico de ultraje!

—¡Espíritu invencible!... — exclamó Mason, admirativamente.

Introdujo la llave en la cerradura y abrió el calabozo.

—¿Quiere salir y tomar una taza de café conmigo?

—¿Envenenado? — preguntó Lamborn con desconfianza.

—Un poco de estricnina; nada serio — le repuso Mason. Condujo a su prisionero a lo largo del corredor, pasó la llave de la celda a un carcelero y empujó a Lamborn a su despacho. Al ver la cabeza vendada de Elk, el detenido se alegró visiblemente.

—¡Ah, ah! ¿Un obsequio? — Interrogó —. ¿A los "predicadores" se les contesta a veces!

Aliento la esperanza de que usted no estará herido de gravedad, Sr. Elk. — Ha querido decir — interpretó Elk — que alienta la esperanza de que esté herido ta-



VULNERABLE es un sistema de marca que no modifica en absoluto la forma del juego y que puede aplicarse a los diferentes bridges de remata. De origen americano, es casi habitual cuando se juega el contrato (contract bridge).

La palabra vulnerable ni es descriptiva ni define la situación de un bando o jugador, sino un motivo de marca extraordinaria durante cierto estado del juego.

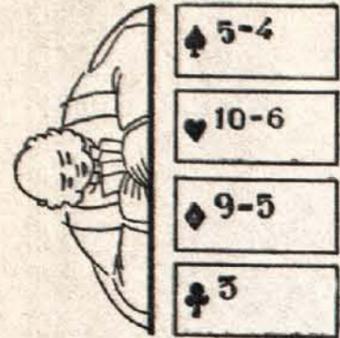
Se dice que un bando que ha ganado un "game" se halla en estado vulnerable cuando entra en una "zona peligrosa", representada por el segundo "game", que confiere al declarante la ganancia del "robber". Cuando el bando vulnerable asume la responsabilidad del remate, aumentan todos los premios o las penalidades, duplicados o cuadruplicados, según se juegue la mano simple o doblada. Hay un reglamento del Knickerbocker Whist Club codificando la vulnerabilidad y que transcribo en parte en otro párrafo.

El bando que no tiene "game", no estando en la "zona peligrosa" se encuentra en estado invulnerable, es decir, que para él no rigen las multas, ni los premios extraordinarios. Cuando los dos bandos son vulnerables, las penalidades y premios aumentan para ambos en idénticas condiciones. Pero por convenio entre las partes puede suprimirse durante un partido parejo el estado de vulnerabilidad.

Sólo cuenta la vulnerabilidad del declarante; vale decir que si un jugador está invulnerable por no tener "game" a su favor, sus multas y premios se apuntan normalmente, estén o no vulnerables sus contrarios. Si el declarante está invul-

BRIDGE VULNERABLE

nerable y el bando contrario vulnerable, un doble con éxito se apunta normalmente, es decir, sobre la base de invulnerabilidad. Pero si el declarante estuviera en la zona peligrosa, es decir, vulnerable, las penalidades y premios se aumentan,

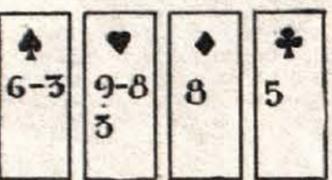
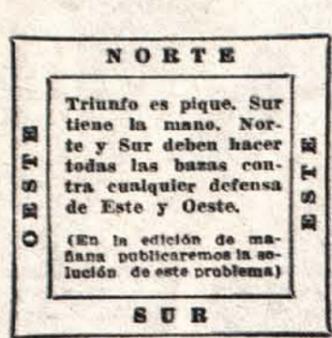
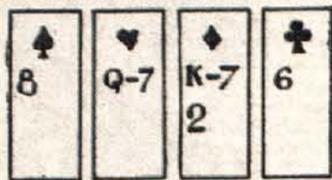


estén los adversarios vulnerables o no. Aunque el declarante se limita a anotarse la cantidad de bazas que ha contratado, también se apunta los premios por bazas extras, si las hay, en la columna de honores; el valor de estas bazas extraordinarias se aumenta en la debida proporción; primero por un estado de vulnerabilidad, y después por efecto de los dobles.

Reglamento del Knickerbocker Whist Club

Artículo No. 8.—Premios por cumplimiento del contrato. Cuando el declarante cumple su contrato, se apunta en la columna de honores según sigue:

En estado invulnerable, no doblado	0
En estado invulnerable, doblado	50
En estado invulnerable, redoblado	100



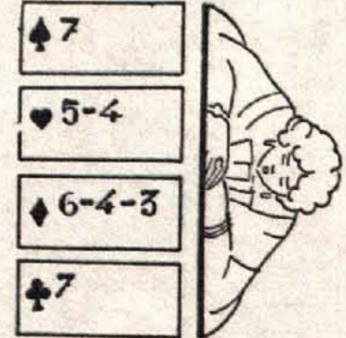
En estado vulnerable, no doblado	0
En estado vulnerable, doblado	100
En estado vulnerable, redoblado	200

Artículo No. 9.—Premios por bazas suplementarias. Por bazas hechas en más de las que obliga el contrato, el declaran-

Por LEON CASABAL

te se apunta en premios, en la columna de honores, como sigue:

Cuando es invulnerable, no doblado, por cada baza suplementaria	50
Cuando es invulnerable, doblado, por cada baza suplementaria	100



Cuando es Invulnerable, redoblado	200
Cuando es vulnerable, no doblado	100
Cuando es vulnerable, doblado	200
Cuando es vulnerable, redoblado	400

Artículo No. 10.—Penalidades por bazas no cumplidas. Si el declarante cumple su contrato exactamente, no se apunta nada más que los honores que tenga y puedan corresponderle. En cambio, los contrarios anotan multa, por cada baza que el declarante no cumpla, en la forma que sigue:

Si el declarante está en estado invulnerable:	
No doblado, por cada baza perdida	50
Doblado, por las tres primeras bazas perdidas (cada una)	100
Doblado, por la cuarta baza perdida	200
Doblado, por las bazas subsiguientes (cada una)	400
Redoblado, por las tres pri-	

meras bazas (cada una)	200
Redoblados, por la cuarta baza perdida	400
Redoblado, por las bazas subsiguientes perdidas	800

Dentro de este sistema, que aumenta considerablemente la cifra de multas y premios, existe un agregado, que consiste en premiar al que remata la obligación de un contrato por seis o siete bazas (pequeño o grande slams).

Los slams, como cualquier otro contrato, deben ser declarados para que puedan anotarse. La recompensa para esas declaraciones es tan grande que se han creado numerosas convenciones especiales que la reglamentan.

No se apunta premio alguno por los slams que no hayan sido contratados.

Cuando se ha declarado y cumplido un slam, el declarante se anota un premio en la columna de honores como sigue:

En estado invulnerable, por pequeño slam	500
En estado invulnerable, por grande slam	1000
En estado vulnerable, por pequeño slam	750
En estado vulnerable, por grande slam	1500

Estos premios no varían en absoluto aun en el caso en que el contrario haya doblado.

Cuando se ha declarado pequeño slam y se ha hecho grande slam, no hay derecho alguno a anotarse otro premio que el acordado para el pequeño slam. La baza suplementaria no tiene tampoco premio en este caso. Si se ha contratado un gran slam y sólo se hace pequeño, no hay derecho a premio alguno y sí a la multa correspondiente.

Penalidades del renuncio

Artículo 10.—Las penalidades del primer renuncio equivalen a una multa de dos bazas perdidas, como en el Auction. La penalidad por cada renuncio subsiguiente es de cien puntos en la columna de honores del contrario.

talmente. Siéntese, pobrecito, seráfico, zumbón.

—No me gustaría verle muerto, créame; las flores no son baratas ahora.

Lamborn se sentó, risueño todavía, y cuando trajeron el inevitable café, llenó a medias una taza con azúcar.

—¿Aprehendieron al asesino? — preguntó amablemente.

—Le hemos aprehendido a usted, Harry — explicó Mason con el mismo tono de amabilidad, y Lamborn titubeó.

—Usted no ha podido probar nada contra mí y no podrá, excepto que recurra a los renombrados procedimientos de falso testimonio de la policía de Londres. Temo que se busquen ustedes media docena de perritos amaestrados y que presten juramento contra mi persona, ¡pero Dios desde las alturas velará por este humilde siervo!

—¿En dónde aprendió usted esa frase? — preguntó Mason con curiosidad.

Lamborn hizo un teatral movimiento de hombros.

—Cuando estoy conmovido, solamente leo libros de poesía — explicó —. El libro dice mucho más; ustedes no lo entenderían...

Tomó un sorbo ruidoso de café, volvió la taza a la mesa con estrépito y se dirigió a Mason.

—Usted no ha logrado reunir ninguna acusación de peso contra mí. He pensado sobre eso en la celda.

Mason sonrió compasivamente.

—Desde el momento en que usted se detiene para pensar, Harry, está perdido — expuso —. Es lo mismo que si una vaca se metiese dentro de un lazo. Usted no sirve para eso. No necesito acusarle, ni quiero.

Había cambiado el timbre de su voz. Era tan cálido ahora, que llevaba el convencimiento al oyente más escéptico.

—Todo lo que yo quería, y todo lo que quiero, es que me

diga la verdad. ¿Se ha enterado usted de que alguna vez me tomase estas molestias para obsequiar a un ratero de poca monta con un par de meses de trabajos forzados? ¿Tenga sentido común, Lamborn! ¿Va a trasladarse a Tidal Basin un inspector general de Scotland Yard, uno de los "cinco ases", para perder la noche tratando de hallar una acusación grave contra un pobre diablo como usted? ¿Tendría gracia!

El señor Lamborn estaba impresionado por las palabras del inspector general. La lógica era irresistible. Se rascó la barbilla, inquieto.

—Sí; no deja de tener gracia — convino.

—¿Gracia? ¡Es ridículo! Calcule que debe haber alguna razón que me mueve a mí a pedirle eso... Alguna razón que me permitiría prometer retirar la acusación que pesa sobre usted. Goza usted de mucha "fama", Lamborn, de más "fama" que ningún "muchacho" de este distrito. Recapacite y manifésteme si cree que yo me tomaría este trabajo de no haber algún motivo oculto.

El señor Lamborn evitó la mirada de su interlocutor.

—No deja de tener gracia — repitió.

—Ríase, entonces! — refunfuñó Elk.

El ratero no escuchaba. Permanecía cabizbajo, con la vista clavada en la mesa, poniendo en funcionamiento su inteligencia, sin duda. Por último, adoptó una determinación.

—¡Perfectamente, jefe, comprendo: se trata de una apuesta!

Tendió la mano y Mason se la estrechó, en un apretón que representó una promesa, un juramento y un convenio.

—Yo lo "limpié"; sí. Le vi caído y creí que estaba desvanecido. Me eché encima de él y quedé atónito al notar que era un elegante.

—Estaba recostado de lado, con la cara fuera de la luz de la lámpara, ¿no?

El ratero asintió.

—Ahora cuénteme qué hizo usted... Espere un momento. Alzó el tono de su voz y llamó a Bray.

—Tírese ahí, Bray —. Le señalaba el suelo —. Quiero reconstruir el asalto de Lamborn.

Bray lanzó una mirada significativa a Elk.

—Elk no puede echarse en el suelo, a causa de la herida en la cabeza — explicó Mason, irritado.

Bray se puso de rodillas y se extendió a lo largo. Lamborn se inclinó sobre él.

—Le abrí el saco... así. Introduje mi mano en su bolsillo interior...

—¿Lado izquierdo o derecho? — interrogó Mason.

—Izquierdo. Luego, le extraje el reloj con el dedo meñique... de este modo.

Su manos se movían con singular ligereza. Y sucedió que Bray guardaba una cartera en su bolsillo interior. Y sucedió, también, que esa cartera contenía la fotografía de una joven muy bonita, fotografía que cayó al suelo. Bray la recobró rapidísimamente y esbozó una protesta furiosa.

—¿Y está casada! — murmuró, jocoso, Elk.

Bray se puso sumamente colorado.

—¡Buena! Puede levantarse. Mason tomó de un cajón una hoja de papel y escribió con premura unas líneas. Al terminar, pasó la hoja a Lamborn, quien la leyó y garabateó su firma al pie de la declaración.

—¿Qué quería usted saber, jefe? — preguntó —. ¿Qué tiene que ver mi robo con el asesinato?

Mason se sonrió.

—Ya lo sabrá usted por uno de los diarios vespertinos... Trataré de conseguir que publiquen su fotografía.

Elk se rió hipócritamente.

—¿Qué hay que hacer con sus huellas digitales?

—¿Pero por qué quería usted que hablase, señor Mason? Mason no dió explicaciones.

—Ponga en libertad a este hombre. Bray. Escriba en su ficha: "inocente". Usted, Lamborn, tendrá que presentarse mañana ante el tribunal policial, pero no precisará sentarse en el banquillo.

Lamborn, con ademanes de agradecimiento, cambió un apretón de manos con el inspector general y con Elk.

—Oiga una cosa, Harry — dijo Mason, y el hombre que acababa de ser puesto en libertad se detuvo en la puerta —.

Se le devolverán a usted todos los objetos de su pertenencia de que nos incautamos, menos el "pie de cabra". No le dije nada, pero le preparaba una imputación de felonía en la acusación que debía presentar mañana: "asalto con premeditación". ¡Mis felicitaciones!

Lamborn salió precipitadamente de la comisaría. Hasta que vinieron las primeras luces de la mañana, permaneció echado en su cama, meditando acerca de la extraña filosofía del inspector general, Mason. Y no logró descubrir una respuesta o una solución que armonizase con el conocimiento que él tenía de los métodos de la policía británica.

VARIEDADES

SOBERBIA CASTIGADA

UN general francés llamado Tartas, pasaba un día revista a unas tropas de caballería cerca de Burdeos. Mientras efectuaban una maniobra un jinete cayó del caballo. Tartas, que no media sus palabras y que además tenía un genio muy pronto, exclamó:

—¿Qué animal! Se habrá visto un hombre más torpe!

Y como los oficiales de su estado mayor movían respetuosamente la cabeza como diciendo, sin comprometerse, que se veían a cada rato en el ejército accidentes de esta categoría, el general continuó:

—Hace cuarenta años que monto a caballo. He visto toda clase de cosas, les puedo asegurar, pero el sol nunca me ha visto desazonado.

No bien había dicho estas palabras cuando su caballo, asustado tal vez por su tono enérgico, dió un salto a un lado y el general, desprevenido, totalmente dominado por su propia elocuencia, cayó al suelo.

Naturalmente, nadie se animó a decirle nada, ni a sonreír siquiera, pero él comprendiendo lo ridículo de su situación,

se levantó rápidamente y mirando hacia el cielo exclamó:

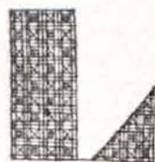
—¡Señores! ¡No me ha visto, pues está nublado!

UN CONEJO PELEADOR

SIEMPRE se ha dicho que el conejo era el animal más tímido e incapaz de hacer frente a nadie, pero parece que no todos tienen el mismo temperamento.

Nos aseguran que un granjero de los Estados Unidos estaba vigilando a sus conejos cuando vió que un arminio, su peor enemigo, adelantaba sigilosamente hacia ellos. Atraído por el espectáculo, el granjero quedó inmóvil mirando, y pudo ver que el arminio se precipitaba sobre uno de los conejos, mientras los otros huían gritando desesperadamente como lo hacen siempre en esa circunstancia. De repente, un conejo grande, dió media vuelta y se lanzó contra el arminio, a quien tomó de sorpresa, haciéndolo rodar por tierra. Cuando éste se levantó, los dos conejos se habían escapado y no tuvo más remedio que darse por vencido.

EL ESPECTACULO DE LA "SEASON" EN LONDRES



AS tres de la tarde en Bond Street, calle bañada hoy por un sol primaveral. Es el día 21 de marzo, y según el calendario, la fecha inaugural de la estación de primavera, y por una vez, el tiempo no nos ha dado una amarga desilusión. La temperatura es benigna, sorpresa tanto más agradable después del rigor de una de las noches más frías del invierno.

Las fachadas de los edificios en esta célebre y simpática calle brillan en la pálida luz dorada, y las vidrieras asoleadas y primorosamente engalanadas reflejan la luminosidad de un cielo azul y limpio.

En estas circunstancias el "footing" es un ejercicio delicioso, y seguimos la calle hasta cruzar por Piccadilly y entrar en el parque de St. James. Los árboles están todavía negros y tristes, pero la alfombra de césped aterciopelado ya se ha cubierto de azafranados que hacen caprichosos dibujos en amarillo, violeta y blanco. Esta prueba inequívoca del milagroso renacimiento anual quedará valiente y tenaz, aunque nos vuelva de nuevo la neblina gri-

sácea y sucia del invierno, en esa batalla que libran las estaciones al acercarse el período de desalojamiento.

Además, se siente un avivamiento en el tiempo algo grave y pausado del concierto inmenso en que se resume la vida de esta también inmensa metrópoli, y el magnetismo que ejerce su música de sirena sobre millares de almas se nota ya en el retorno de los ausentes —ingleses de fortuna y afortunados, quienes huyen al continente, o se dispersan por todo el mundo durante el invierno; los coloniales que vuelven al eterno "home" para sus vacaciones, turistas, viajeros... en fin, esa masa heterogénea cuyos componentes pueden variar al infinito... pero cuya presencia en Inglaterra en esta época es infalible.

Como "curtain-raisers" (o piezas de representación preliminar) ya se ofrece un variado programa que incluye numerosas exhibiciones de modelos por la "alta costura" y por las grandes tiendas. En pocos días se dará la "première" de Mr. Cochran — su revista 1930 — función de selección social e importancia teatral de carácter único. La carrera Grand National se correrá en la semana

entrante, y los reyes ofrecerán su primera recepción a la tarde en Buckingham Palace. De estas recepciones hay una serie que se suspendieron el año pasado debido a la enfermedad del rey Jorge.

A principios del mes de mayo se corre ceremoniosamente el telón con la inauguración de las Cortes cuando son presentadas a Sus Majestades las damas y niñas que han recibido la aprobación del Lord Chancellor. En seguida comienzan las funciones de la ópera en Covent Garden, reuniones cuyo lujo y esplendor son proverbiales; se presenta el Richmond Horse Show, se corren las carreras del Derby, de Ascot y de Goodwood. Hay los grandes matches de tennis en Wimbledon, de cricket en Lords, de polo en Ranelagh, Hurlingham y Roehampton; el Aldershot Tattoo, las carreras de remo en Henley, la gran fiesta de aviación en Hendon y las carreras de yates en Cowes.

Simultáneamente con estas conocidas reuniones públicas se ofrecen grandes bailes, comidas

LUCIE WALKER-LEIGH

(Para LA NACION)
LONDRES, mayo de 1930.

y recepciones noche por noche, cuyos marcos varían tanto como los concurrentes, y a pesar de los programas publicados con mucha anticipación por los "hostesses" en los diarios, a veces hay dos o tres importantes fiestas en la misma fecha.

Durante estos meses de afebrada actividad social difícilmente se encuentran localidades para teatros y conciertos. Los clubs, los cabarets y "boltes" están colmados de gente que se divierte — o a menos parece hacerlo — y el alojamiento en hoteles de categoría bastante diversa, no se obtiene fácilmente. El movimiento sigue en crescendo vertiginoso durante dos meses, pero después del "garden party" real se inicia un período de más calma que sigue con variaciones durante el mes de julio. A fines de ese mes empieza el desbande general, y en agosto oiremos el clisé de siempre — que ya no queda "nadie" en Londres. Telón rápido, y volveremos todos a nuestra vida normal, cuyo compás en la mayoría de los casos no ha variado tanto... pues los espectadores estamos en mayoría.

Han dado las tres de la tarde. Un yo imaginario camina por Bond Street. Estamos a

mediados de agosto y hace mucho calor. Tengo la agradable sensación de haber almorzado bien en el Berkeley, desierto si no fuera por dos grupos de americanos, quienes en alta voz contaban al mundo que aun no se encuentra pasaje en ningún vapor para regresar a los Estados Unidos. Camino preocupado y pensativa. Tropiezo con Fulana o Zutana. Su rostro registra sorpresa e inquietud. Exclamamos las dos: ¡Todavía en Londres... si ya no queda "nadie!"

MI VIDA

(Continuación de la pág. 31)

hospital de oftálmicos. Por prescripción del médico en jefe, la hermana a cuyo cargo estuvo me administró baños de pies y hasta me puso unas gotas inofensivas en los ojos. Me vi obligado a conspirar doblemente, pues tenía que escribir mis proclamas a hurtadillas de la hermana, que se interesaba mucho en evitarme todo esfuerzo visual. Llegada la hora de la visita diaria, el médico, deshaciéndose de su ayudante, en quien no podíamos confiar, entraba en mi pieza acompañado por una enfermera de confianza, cerraba la puerta con llave y bajaba una cortina de la ventana con objeto de "examinarme los ojos", lo cual nos ponía a todos de buen humor. "¿Tiene usted cigarrillos?", preguntaba el doctor. "Sí, señor". "¿Quantum satis?", "¿Quantum satis?", le contestaba yo, y nos reíamos de nuevo. Así acababa el examen oculístico, y yo podía reanudar la redacción de mis proclamas.

En cierto sentido, aquella vida me divertía; pero me sentía algo incómodo cuando me hallaba cara a cara con la hermana que me administraba tan concienzudamente el baño de pies.

Fué en Kieff donde trabé relación con un joven ingeniero, el Sr. Krassin, a la sazón miembro del Comité Central bolchevique. Dirigía una editorial clandestina y muy bien montada en el Cáucaso. Durante esa mi estada en Kieff redacté una serie de proclamas y manifiestos en volantes que aparecieron impresos por aquella imprenta revolucionaria clandestina con una perfección técnica totalmente desconocida hasta entonces. De Kieff me dirigí a Petersburgo. Por intermedio de Krassin conocí a la familia Litkens y pronto me hice muy amigo de ella. Litkens era médico jefe de la Escuela de Artillería Constantino. En su casa, situada en el Pasaje Zabalanski, a espaldas de dicha escuela, hallé a menudo refugio seguro durante los días y las noches fuestos de 1905. En aquellos días visitaron esa casa, en las barbas de los centinelas, personas cuya verdadera identidad habría de seguro asombrado mucho a aquellos cabos; pero el médico jefe era muy querido por sus subordinados y jamás informaron a la policía acerca de él o de sus visitas. Alejandro, el hijo mayor del doctor, joven de diez y ocho años, era ya miembro del partido, y pocos meses después dirigió el movimiento campesino de la provincia de Orel. Incapaz de resistir a la tensión nerviosa de aquellos momentos, enfermó y murió. Su hermano menor, Evgraf, estudiante a la sazón, desempeñó más tarde un papel importante en la guerra civil y en la obra educativa; pero en 1921 fue asesinado por unos bandidos de Crimea.

Yo no pertenecía oficialmente a un partido o fracción alguna. En Petersburgo continué colaborando con Krassin, y manteniéndome, a la Guet, en contacto con el grupo local menchevique, que realizaba una

LOS ARGENTINOS SEGUN ORTEGA Y GASSET

(Continuación de la pág. 14)

lidades españolas y las de las clases medias e inferiores? Recordemos que hasta hace treinta años, lo español era, para los argentinos, atraso y vulgaridad; y distinguido, lo inglés.

Conviene no olvidar que el argentino es naturalmente distinguido. El argentino del gran mundo supera en distinción, a veces, a los representantes de las viejas aristocracias europeas. Y es indudable que la distinción impone una gran discreción en las maneras, una aparente frialdad. También es exacto que la gente aquí, en los medios sociales, no demuestre a nadie su simpatía, salvo cuando existe un interés de por medio. Las maneras frías pueden ser también una defensa contra el guarango. El Teatro Colón es famoso — como antes lo fué la Opera — por el estiramiento que allí se advierte. La misma impresión producen, al que llega de Europa, los sitios elegantes donde se toma el té o donde se reúne la sociedad.

Pero nuestro pueblo es entusiasta y fácilmente exaltable. Todos hemos visto su entusiasmo en el puerto a figuras de la política, y aun de las letras, europeas. Blasco Ibáñez fué aclamado con frenesí por veinte mil personas; y la infanta Isabel por doscientas mil. En materia política, el argentino llega sin dificultad a la exaltación. En Bruselas las manifestaciones de los partidos se encuentran en la calle y se toleran mutuamente, cuando no se aplauden. En Buenos Aires un encuentro semejante produciría una mortandad. Y en cuanto al porteño de las clases intermedias, suele ser discutiendo, espontáneo y sincero. Los incidentes personales abundan en Buenos Aires.

Lo que pudo afirmar Ortega es que entre nosotros mismos — e igualmente en las relaciones con los extranjeros — hay grandes dificultades para el acercamiento, la amistad y la conversación. En los clubs, personas que nos vemos todos los días, que sabemos de sobra quienes somos, que nos encontramos a cada momento el uno al lado del otro, no nos hablamos porque no hemos sido presentados. Mientras en España, en los ferrocarriles, la gente

anuda conversaciones, aquí no estamos lejos de considerar como una insolencia el que nuestro vecino de mesa o fortuito compañero de camarote pretenda conversar con nosotros. Sin presentación, no hay aquí conversación posible. Pero desaparecida la dificultad para el acercamiento, el argentino, lejos de defenderse es sincero y no oculta sus opiniones, trátase de lo que se trate.

Debe también recordarse que si el argentino conversa poco es porque no sabe conversar. El diálogo apenas existe en este país. La escasa sociabilidad ha impedido que se desarrollara entre nosotros el gusto por la conversación, que tanto se cultiva en Francia. Hemos sido un pueblo insociable, y continuamos siéndolo, aunque en menor grado que en otros años. En las ciudades de provincia, hasta ayer no más, cuando había música en la plaza paseaban las mujeres por un lado y los hombres por otro. Esta misma ridícula separación sexual, que asombraba a los extranjeros, observábase en las confiterías de esta gran ciudad; y no ha desaparecido enteramente. En una capital del interior no fué posible, durante años, fundar un club social: todas las asambleas terminaban a balazos. Aparte el fondo de barbarie ingénita, faltaba el hábito de la convivencia. En uno de mis libros, "La tragedia de un hombre fuerte", hay una página sobre la falta de conversación en este país. "Los hombres — dice un personaje — nos juntamos para ir al teatro; para jugar, los que juegan; para "alacranear" frente a un vermut; en el mejor de los casos, para picotear superficialmente. Buscamos siempre el agruparnos en rueda, y la rueda es el enemigo de la verdadera conversación". Y otro contesta: "Lo peor es que aquí no sabemos conversar. Ignoramos, en general, el modo de llegar a los temas que nos interesan. Nuestros únicos guías son los diarios. Si no existiesen diarios, seríamos mudos".

En resumen, puede afirmarse que el porteño — no, precisamente, el argentino —, perteneciente a las altas clases, es frío en sus maneras, y si se quiere, reservado en sus sentimientos afectivos; pero no reservado en sus opiniones. Algunos temas prefiere no tratarlos porque considera ridículo o poco viril ocuparse de cier-

tas cosas: por ejemplo, del amor. (Como el español, el argentino habla de mujeres pero no del amor). Los temas trascendentales no gusta tratarlos generalmente. Su exagerado temor del ridículo le infunde, para estos casos, un tremendo pudor en sus opiniones. Pero también puede decirse que el argentino tiene pocas opiniones; y es que, hombre práctico y superficial, piensa harto poco. Al argentino las ideas le interesan escasamente. Los escritores, aquí, no hablan de doctrinas ni dialogan. Su conversación habitual consiste en decir cosas malévolas sobre sus colegas ausentes del corrillo.

Pero, volviendo a la preocupación defensiva, alguien preguntará: ¿cómo puede haberse equivocado tanto un hombre como Ortega y Gasset? Es muy sencilla la explicación. El profesor español apenas ha frecuentado otros círculos que los universitarios, y la Universidad de Buenos Aires, como nadie lo ignora, pasa por una grave crisis. La Reforma ha sacado a la superficie a numerosos hombres sin verdadero valer; y no intento acusarlos de ignorar las asignaturas que enseñan, sino afirmar su pobre calidad espiritual. Estas hechuras del sufragio libre, encaramadas en los cargos docentes, necesitan demostrar a los demás que son personas de importancia. Se hinchan y ahuecan la voz. El lector que conozca los medios universitarios colocará aquí algunos nombres. Ortega y Gasset ha estado en contacto con ellos, y ellos habrán querido hacerse valer, en la ineficaz forma que reputan la más digna, ante su colega ilustre. Además, me parece que Ortega no ha retratado un argentino, sino un pedante; y el pedante existe en todas las latitudes. Nosotros no tenemos el monopolio de los Homais y de los Acacios. Los señalamos con el dedo y nos burlamos de ellos, aunque esto no nos impida, reconociendo su utilidad y su necesidad, el colocarlos en altos sitios.

Lo curioso es que nosotros consideramos siempre al gran escritor como a un hombre que se defiende. Aquí decimos "que se cuida". Ortega no es, precisamente, una persona espontánea; y una buena parte de su prestigio en Buenos Aires lo debe a la parquedad de su palabra y a su reserva. Ortega, cuando su primer viaje, significó aquí un tipo de español que no nos era muy conocido, ya

que sus compatriotas no se distinguen por la avaricia verbal. Nosotros, en el sentido señalado, lo hemos visto siempre, pues, como él nos ve a nosotros. No le critico, ni mucho menos. Su magisterio ha sido excelente. Y era necesario que Ortega y Gasset apareciera para que despertara entre los jóvenes, y aun entre los hombres anteriores a su generación, el gusto por la filosofía. En estos países hispánicos no se alcanza el magisterio siendo persona democrática y natural. Es preciso "cuidarse" mucho para llegar a conductor de hombres.

En estos pueblos lo exterior tiene una importancia inmensa. Se exige una buena fachada, la pulcritud en el hablar, el arte de no comprometer opiniones.

Y aquí llego a otra explicación del fenómeno observado por Ortega y Gasset. Se trata de un caso, en buena parte, personal. Ortega es un permanente y temible "espectador". Hombre de maneras frías y reservadas, pregunta y observa; y observa sin disimular que lo hace. Es lógico que sus interlocutores intelectuales se defendan tratándose de un hombre así, y que además posee un gran talento y un excepcional saber. Ortega y Gasset intimidada, sin proponérselo. Nada en él nos invita al diálogo confidencial, ni aun en el sentido en que él emplea este adjetivo.

Antes de comentar sus observaciones principales sobre los argentinos, insistiré en que le debemos agradecimiento. Otros visitantes nos han cubierto de elogios en reportajes y en artículos, mientras entre amigos, ya de vuelta en Europa, se burlaban de nosotros. Algunos ni siquiera esperaban el regreso para contradecirse. Ortega y Gasset no solamente es el que más se ha empeñado en comprender al hombre de este país, sino que lo ha hecho con espíritu científico, tratando de encontrar la verdad. El mismo, con rara sinceridad, nos ha prevenido contra sus posibles errores, que siempre serían una contribución importante — la más importante, a mi juicio, que nos ha venido de afuera — al conocimiento del argentino. Ortega y Gasset puede haberse equivocado en tal o cual pormenor, pero él nos ha hecho el raro y útil obsequio de su verdad.

Dedicaré otro artículo a comentar las principales observaciones de Ortega y Gasset.

acción revolucionaria muy importante. En aquel entonces las dimensiones solían ceder ante los trabajos en común. Ambas fracciones tenían muy en cuenta los grandes beneficios de la unión. Poco después, el grupo menchevique halló su fin. Fue traicionado por Dobroskok, conocido por el apodo de "Nicolás de anteojos de oro", que resultó un agente provocador profesional. Estaba al corriente de mi presencia en Petersburgo y me conocía de vista. Arrestaron a mi esposa en el mitin del primero de mayo en el bosque, así es que me vi obligado a desaparecer durante algún tiempo.

Aquel verano marché a Finlandia, dedicando mi tiempo a intensa actividad literaria y a breves paseos. En aquel período de trabajo intensivo y frecuente intercambio con otros trabajadores activos, pertenecientes a diversos grupos y facciones, llegué a formarme opinión definitiva de las perspectivas del desarrollo de la revolución rusa.

En el curso de los cinco años anteriores la teoría de la revolución permanente había sido objeto de la persecución más violenta y tenaz, quizá más virulenta e insidiosa que la animosidad del pasado contra cualquier otra doctrina. Tal vez sea oportuno decir aquí algunas palabras de concisa exposición al respecto.

Rusia encara— así escribía yo por entonces — una revolución democrático-burguesa, cuya base es el problema agrario. El poder caerá en manos de la clase o del partido que conduzca a las masas campesinas contra el zarismo y los terratenientes. Ni los liberales, ni la "inteligencia" demócrata pueden hacer esto, por haber llegado demasiado tarde. Las filas delanteras de la revolución están ya ocupadas por el proletariado. Solamente la socialdemocracia podrá acaudillar a los campesinos mediante los obreros. Esta situación brinda al socialdemócrata ruso la perspectiva de ganar el poder antes de que lo ganen sus correligionarios de Europa Occidental. De consiguiente, la tarea inmediata de la socialdemocracia será la consumación de la revolución democrática; pero, una vez que gane el poder, el partido del proletariado no po-

drá limitarse a un programa democrático, sino que se verá obligado a emprender el camino de una política socialista.

Hasta dónde será capaz de llegar por ese camino dependerá, no sólo de la correlación interna de las fuerzas políticas, sino también del estado general de las relaciones internacionales. Por lo tanto, el plan estratégico fundamental exige que la socialdemocracia, mientras libra batalla implacable contra el liberalismo, disputándole el influjo sobre los campesinos, asuma la tarea de conquistar el poder ya ganado por la revolución burguesa. Esta estrategia, si se exceptúa lo incidental y secundario, seguía, en realidad, la dirección trazada por Lenin, como lo probó clarísimamente el año de 1917. Los "epigones" de hoy comprendieron tan mal la orientación de Lenin como la mía.

En el ambiente finlandés en que yo vivía, muy poco había que recordarse la revolución permanente; colinas, lagos, diáfana atmósfera otoñal, paz. A fines de septiembre me interné más en el país y me detuve en la selva, a orillas de un lago, en un remoto sanatorio campestre llamado Rauha, que en finlandés equivale a "Quietud". Al acercarse el otoño, la amplia casa se fué desdoblando. Un escritor sueco que se había hospedado allí, en compañía de una actriz inglesa, se marchó sin pagar la cuenta. El propietario voló a Helsingfors tras de la pareja. Entretanto, su mujer cayó enferma de gravedad, siendo necesario mantener su corazón en actividad con champaña. Durante la ausencia de su marido murió y su cadáver quedó en la pieza situada sobre la mía. El camarero principal marchó a Helsingfors en busca de su patrón, y toda la casa permaneció a cargo de un chico. Mientras tanto empezó a nevar copiosamente. Los abetos se arrebujaron en sus albas mortajas y la vida del sanatorio se paralizó. El chico se pasaba la mayor parte del día en la cocina subterránea. Yo estaba completamente solo. Reinaba por doquiera "rauha"... paz y quietud. Ni un alma, ni un rumor.

Me dediqué a escribir y a

pasear. Al atardecer el cartero llevó algunos diarios de Petersburgo, que yo desenvolví uno tras otro. Fué como si un furioso temporal hubiera estallado contra la ventana. La huelga crecía de día en día y alcanzaba ya varias ciudades de provincias. En la absoluta soledad el turbión de periódicos atronó mis oídos como el rugido de un torrente. La revolución marchaba a toda velocidad. Pedí al chico que me trajera la cuenta, hice ensillar un caballo y, abandonando mi "Paz", corrí al encuentro del alud. Aquella misma noche hablaba en un mitin en la gran sala del Instituto Politécnico de Petersburgo.

Nota del traductor.—El desfile al Palacio de Invierno fué dirigido por el pope Gapón, que después llegó a ser espía a sueldo de la policía zarista, y fué "ejecutado" cerca de Petersburgo por Pinchas Rutenberg, actualmente contratista de electricidad en Palestina.

(Continuad.)

LA MUJER DE AGUA

(Continuación de la pág. 8)

era una de las tantas rocas que decoraban aquel sitio. Ella, corriendo ágil y silenciosamente, se internó en el mar...

Un despertar con ansiedad de lágrimas epilogó mi sueño. Más allá de la ventana de mi habitación — alto rectángulo azulado, fantasmal, inmóvil — las olas, enfurecidas, bufaban, partían con estrépito las maderas de cien barcos invisibles contra la piedra hostil del acantilado.

◆◆◆

Los días se apresuraban hacia el otoño. Noches interminables continuaron encubriendo la monstruosa danza del mar. El amor a través de jornadas demasiado amplias para mí vivir, se iba trocando en una suave nostalgia.

Dudaba, por momento: ¿Sueño? ¿Realidad?... Pero para el recuerdo no era de importancia localizar la emoción en alguno de los dos estados del ser. "La" había visto. Me había enamorado. Su imagen perduraba y yo era fiel a esa imagen, así como se continúa amando a un ser querido después de su muerte.

Llegó la tarde de mi parti-

da. Me encontraba en la biblioteca, mirando, a través de un ancho ventanal, las olas espumosas, mansas y alegres como cachorros. Pensaba en mis mujeres de agua y les atribuía bondad y belleza... Pero todo aquello tenía un fin inminente: el reloj acusaba la media tarde; cuatro... cinco horas más y me encontraría entre los mios, acosado por sus pequeñas curiosidades y por mi secreto... Y éste sería revelado. Y José, el bueno de José, se pondría muy serio; después hallaría una explicación lógica... Comentaríamos el hecho de camino a la Universidad; o mejor durante uno de nuestros habituales paseos nocturnos por las calles del puerto... Sí. Era más apropiado aquel sitio. El relato tendría un marco conveniente allí... Pero ¡qué alegres estaban las olas aquella tarde!

—¿Otra vez frente al mar? ¡Si le he sorprendido veces! Hasta debe haberle inspirado algunos versos. ¿Eh?... Mal brujo es el mar, amigo mío... Las palabras del anciano rompieron el curso de mi divagación. Volviéndome, repuse: —Pero... ¡Es maravilloso! —... A veces, es un hipócrita temible.

Ese calificativo en su boca me sorprendió, pues me parecía muy ajustado a mi modo de pensar. ¿No mentía, aquel mar, mujeres de arrulladora voz, en las tardes y naufragios y abordajes en la noche? ¿También así lo interpretaba él? ¿El también oía? Quise cerciorarme:

—¿Hipócrita? No interpreto... Tal vez yo desconozca en absoluto al mar...

—¿Y cree Vd. que alguien le conoce? ¿Que alguien le interpreta? Es un mal brujo, este... Y celebro que no le haya afectado a Vd.; por lo general, para la gente joven, soñadora, es dañoso este charco...

Yo asociaba mis recuerdos a sus palabras; mi curiosidad crecía; pero el anciano se retiró súbitamente como para evitar alguna pregunta o alguna sonrisa de inexperiencia.

Una hora después, el valet me anunció que estaba listo el automóvil que había de conducirme hasta la estación; que su amo me aguardaba en el escritorio.

La alfombra mullida silenció mis pasos. Cuando me encontré junto a su mesa, levantó la vista sorprendido; miraba la fotografía de una mujer. Advirtiéndome mi incorrección fingió observar los artesanos de la sala, quise hacer elogio del techo decorado... Antes que yera en tal niñería, él se incorporó y tendiéndome el retrato me dijo, con afabilidad:

—Hace muchos años que soy amigo de sus padres; tal vez Vd. les haya oído hablar de mi esposa... Véala Vd. Era bella, ¿verdad?...

Tomé el retrato, confuso por haber violado un instante tan íntimo a aquella grata persona. Ahora tenía el cartón entre las manos, pero no osaba mirarlo. El continuó:

—¿Recuerda lo que dije hace un momento del mar? Bien. Con sus falsas melodías, con sus extrañas voces... Sí, amigo. Todos los saben... Una neurastenia aguda que le hacía oír no sé qué conversaciones... no sé qué palabras... Una neurastenia que la llevó. Todos lo saben...

Luego, cambiando el tono:

—Pero ¡vamos! Olvide Vd. estas cosas. Vd. es joven, es fuerte, practica deportes, ¿verdad? Bien. Con las personas fuertes... nada puede este maldito... ¿Verdad que era hermosa?

Fijé la vista en la fotografía. Los oídos me zumbaron. Tuve la sensación de que caía de bruces; de que me sumergía en el vacío frente a la figura del anciano que cobraba altura con vertiginosa velocidad. Entretanto, hablaba; pero su voz era lejana, demasiado débil para ser oída por mí. Traté de pensar en muchas cosas sin importancia, pero por encima de toda divagación oía mi pensamiento, le veía escrito con signos luminosos en el retrato, en la pared, dentro de mi cerebro: ¡Es Ella! ¡Es Ella!

◆◆◆

No recuerdo ningún detalle de mi despedida.

Minutos después me encontré en el fondo muelle del automóvil, cuyo ventanillo mudaba paisajes suavizados por un crepúsculo fugitivo; allí quedó sepultado en un sollozo casi infantil mi primer amor de hombre.

LA MUJER EN LA OBRA DE WELLS

(Continuación de la pág. 12)

lores; historia y crítica las instituciones y las actividades del grupo social; expone sus teorías encaminadas a corregir los errores y los males de que, según él, adolece "este mundo vil" en que vivimos.

En la imposibilidad de abarcar todos los aspectos contemplados por Wells, limitémonos a discernir la categoría que confiere a la mujer en un grupo de sus obras. Todas ellas acusan claramente la constante preocupación del escritor por los problemas sexuales. En este terreno no es ya el psicólogo ávido de iluminar los rincones secretos del espíritu para resolver una ecuación personal. Si le interesa el asunto es porque entre él y su interés absorbente, su sueño de reconstrucción descubre profundas relaciones. Y si el problema de los derechos femeninos goza el privilegio de monopolizar su actividad crítica es porque ve en él un caso de amplias proyecciones sociales digno de ser contemplado. Por eso es una mujer, casi siempre, la figura central de sus novelas o, en caso contrario, una mujer el eje del conflicto en ellas suscitado.

Para ese mundo nuevo que vislumbra y cuya visión inflama su espíritu de entusiasmo, preciso es contar con un nuevo tipo de mujer. Mujer que, por lo pronto, olvide el mito que él denomina del "romanticismo sexual", que renuncie a actuar como heroína. Llámala así Wells a cierto ejemplar de muchacha que el cinematógrafo ha contribuido a difundir y a aclimatar: la "flapper", la ingenua, la belleza profesional, que vive para sí misma, que hace un culto de su persona; mujer sin oficio ni beneficio ni otra preocupación que el

lujo, las modas, los afeites gracias a los cuales convierte su belleza en reclamo callejero; que para sus fines propios se ha "fabricado" una personalidad tan distinguida como falsa; imbuída en la idea errónea de ser el eje de la vida del hombre cuya "caza" es la finalidad de sus frívolas actividades.

En el lugar ocupado hasta ahora por ella ubica Wells el nuevo tipo de mujer capaz de trazarse un camino similar, ya que no idéntico, al del hombre, que le permite encarar la lucha por la vida en condiciones tan ventajosas como las de aquél y, sobre todo, que la ponga en condiciones de convertirse en su eficaz colaboradora para esa empresa cuya posibilidad se ha hecho, en el espíritu del escritor, ahincado anhelo.

Sobre este último concepto insiste a lo largo de todas sus páginas. Desde Maquiavelo acá, ¡qué cambio esencial de valores en lo que a la mujer respecta! Ahora, "ellas parecen estar cerca de los altos candelabros de plata dispuestas a hablar, mientras Maquiavelo escribe, tanto y tan bien que al fin se decide a soltar la pluma y a volverse hacia ellas para consultarlas".

Por eso el escritor atiende sus reclamaciones, justifica sus protestas, aboga por sus derechos. Todos los problemas que con ellas se relacionen adquieren para él interés vital: la familia, el matrimonio, la dotación de la maternidad, el amor consciente.

CONSIGUE Wells, sin caer en lo artificioso, crear novelísticamente este arquetipo de mujer? Yo opino que sí. Comienza, por lo pronto, por dignificar el escenario en que se mueven. Ráfagas de aire sano lo atraviesan; horizontes de pura idealidad lo delimitan. Clima intelectual de laboratorio, biblioteca o museo. Spéologie y vivisección. Charles filosóficas y "five o'clock tea". Paisaje muchas veces: el cuadro en-

cantador que se descubre desde un "mas" provenzal o los prados verdes y húmedos de la vieja Inglaterra. Atmósfera de espacios abiertos: gimnasio, campo de juegos, jardín. Sus heroínas "aman la luz del sol, a fin de realizar actos nobles y bellos".

Luz de sol y plena luz interior. Los móviles del obrar y del querer aparecen iluminados por una conciencia extraordinariamente diáfana. Los oscuros impulsos, los deseos inconfesados que se agitan en la charca de lo subconsciente, son arrancados a la superficie, alejados de sí. Cada cual sabe lo que quiere y cómo y por qué lo quiere. Nada más ajeno que esto al psicoanálisis freudiano.

Cerebro... sexo... corazón. En estas tres fuentes, eternas como la vida, toman su origen los motivos secretos de la conducta. Según que ellas se equilibren armoniosamente, según su orden de jerarquía en el predominio, surgen en la vida y en el arte una variedad infinita de tipos, una infinita variedad de destinos. Todo el conflicto dramático, en la una o en el otro, depende de sus respectivas influencias y de las reacciones que originen. Sólo aquellos en quienes el cerebro es el amo pueden, usando la expresión del poeta, "ser arquitectos de su propio destino".

A esta noble categoría pertenecen algunas de las criaturas de Wells. Espíritus excepcionalmente dotados, lúcidos, de extraordinaria vitalidad, sus recias personalidades plasman en torno a una pasión profunda y absorbente: el amor, el ansia de libertad, la sed de saber. Para seguir el camino que se han trazado no vacilan en sacrificar sus sentimientos más íntimos; pero, con todo, lejos de tener la frialdad de lo perfecto, un soplo ardiente de vida las anima. En la rica galería de mujeres creadas por Wells, no todos son caracteres voluntariosos, inflexibles. Hay en

ella tipos de delicada feminidad en quienes la exquisitez del sentir va unida a una fuerte ideología. Estas mujeres, en muchos de sus aspectos, son esencialmente distintas: difieren en su apreciación del amor, de la maternidad, del papel que socialmente les está reservado. Por boca de todas ellas expone el escritor sus puntos de vista según los casos, pues no es posible resolver con criterio simplista un asunto tan complejo, ni aplicar reglas inflexibles y uniformes "como si todos los hombres y todas las mujeres fuesen conmensurables unos con otros y como si poseyesen una pasión igualmente inquebrantable y un deber igualmente constante..."

Mientras unas acepten todas las responsabilidades y reclamen todos los derechos, las otras delegan parte de las unas y de los otros en el hombre que han elegido. En tanto que un grupo de ellas ingresa a la legión de lo que Wells llama el tercer sexo, el resto permanece fiel al suyo. Si Cristina Alberta reniega de la maternidad, si una de las "leaders" sufragistas manifiesta: "Los hijos son nuestra derrota; mientras envejecemos sobre ellos, los hombres nos roban nuestros derechos, nuestra libertad", la protagonista de "El nuevo Maquiavelo" los reclama furiosamente.

Unas apartan el amor de sí como un obstáculo en el programa de vida que se han trazado; otras trazan su programa de vida a la espera del amor, sólo como un recurso para el caso de verse condenadas a la soledad, para no malgastar la vida en una infructuosa espera. Pero diversas por su ideología y por la finalidad que persiguen, hay en ellas un elemento común que las hermana, y es el ansia de perfeccionamiento interior. En este sentido, puede afirmarse que constituyen un tipo único dentro de la literatura actual.



N cuanto a los cruzamientos para obtener un tipo "standard" de polo pony, mucho se ha discutido y las opi-

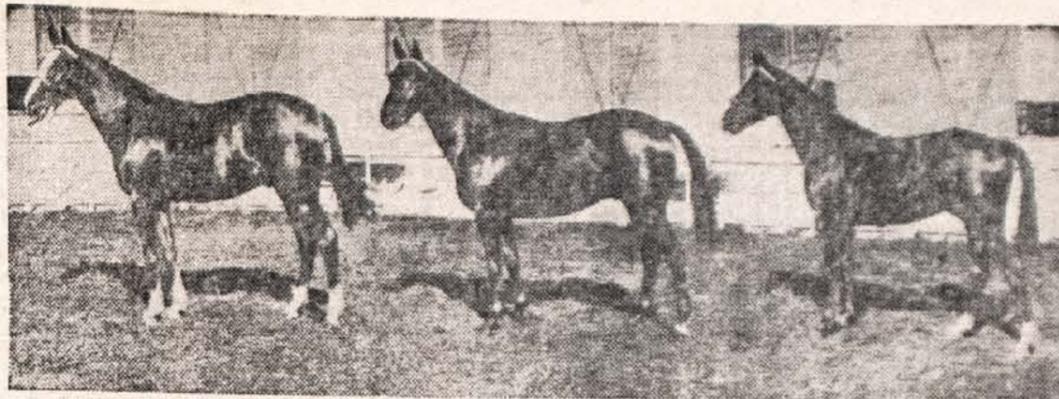
niones han estado siempre muy divididas. Sólo ahora parece ser un hecho, lo que no deja de ser para nosotros una gran satisfacción, al haberse demostrado la superioridad de los petizos criados en la Argentina, no solamente por su destacada actuación en los partidos internacionales, sino también por la gran demanda que de ellos se ha dejado sentir en los últimos años.

En la Gran Bretaña, mientras algunos cabañeros utilizaban padrillos polo pony Bred, a fin de obtener el mejor tipo para este juego, otros en el mismo país sostienen que lo más adecuado lo constituye el cruzamiento entre padrillos puros de carrera con yeguas mestizas también de carrera, obteniendo así una mayor velocidad, condición esta muy importante para el deporte en cuestión.

En Norte América se adoptó también el último de estos temperamentos y no hay duda de que es uno de los más acertados por los motivos expuestos. En nuestro país se ha conseguido obtener un tipo de petizo que ha dado los más óptimos resultados, interviniendo por vía paterna la sangre pura de carrera en yeguas mestizas criollas; este cruzamiento, además de imprimir las mismas condiciones de velocidad, transmite esa rusticidad que tanta fama ha dado al caballo criollo.

Más del noventa por ciento de los polo pony argentinos con que se juega en Inglaterra, está compuesto por animales descendientes de sangre pura de carrera y mestizas de carrera, cuya base es la yegua criolla después de cuatro o cinco generaciones. El haras Chapadmalal, por ejemplo, que es uno de los establecimientos que más se ha distinguido en la crianza del polo pony, tuvo como tronco una manada de yeguas mestizas criollas adquiridas en Las Rosas, de D. Guillermo Kemmis, en el año 1895, utilizando siempre padrillos de carrera por no ser conveniente la utilización de padres mestizos, aun cuando sea en yeguas de carrera.

También se ha utilizado en el polo al caballo criollo sin mezcla alguna, dando en ocasiones muy buenos resultados. Sandow, un caballo criollo, fué utilizado por el team ganador de la Champion Cup, en Inglaterra, interviniendo dos veces en los partidos finales. Otro criollo, Luna Cardal, fué jugado a los 16 años en el team ganador en los torneos del Sur de la provincia de Buenos Aires durante los años 1925, '26 y '27, desempeñándose en gran estilo, a pesar de su edad.



Conjunto de Polo-Pony, premiados en la Exposición de Remonta

LOS PETISOS Y EL JUEGO DE POLO

POR

JOSE LUIS DOMINGUEZ

Si este hecho no es atribuible a la casualidad, no debe estimarse tampoco como una cualidad inherente a esta raza, sino más bien a su poder de transmisión sanguínea, la que invariablemente deja impresa en sus descendientes su rusticidad y pujanza.

En los comienzos del juego de polo en Norte América, el precio que se pagaba por un polo pony oscilaba entre veinte y treinta dólares, suma que se fué aumentando a medida que la selección les imprimía cualidades ventajosas para su mejor desempeño; el máximo de estos precios alcanzó a la extraordinaria cantidad de veintidós mil dólares, pagados en octubre de 1928 por Júpiter, un petizo del jugador argentino don Luis Lacey.

Ocioso resulta consignar que este precio constituye una verdadera excepción; fué vendido a raíz de la notable campaña que en ese país realizó en aquel año el team argentino. Júpiter es un animal que si bien no es impecable en sus formas, se desempeñaba en el juego en forma verdaderamente magistral, y si a esta gran cualidad se agrega la admirable dirección de su propietario, el que en este juego está clasificado como "the best in the world", no extrañará el interés que despertó la subasta y su gran demanda, la que elevó el precio a una suma hasta hoy desconocida; también por los polo pony de sus compañeros de team se abonaron sumas insospechadas.

Si el petizo de polo argentino está considerado como el tipo más conveniente, ello es debido a que, además de su rusticidad, es veloz y de una talla precisa; ancho de tórax, de paleta bien inclinada, de amplias costillas y caja profunda, todo lo que complementa sus cuartos anchos y largos, como también su fuerte y unido riñón. Si a estas cualidades se le agrega una fuerte contextura, buen hueso, miembros libres de

Polyorin, s. p. c. por Craganour y Protea, con su talla de 1m.52, resulta un excelente reproductor de Polo-Pony

taras y una talla de 1m50 a 1m54, este tipo argentino resulta el ideal para el juego a que nos referimos.

De la doma y sus primeros ensayos depende el porvenir del polo pony; un mal tirón de la boca, un golpe rudo en los miembros o un enfrenamiento demasiado temprano, saben los "peticeros" que pueden ser causa suficiente para malograr un caballo al hacerlo mañero u ocasionarle taras sin remedio.

La Argentina, por sus costumbres, es el país más indicado para su mejor doma y adiestramiento; la habilidad y paciencia de nuestros domadores, unidas a su amor propio en el oficio, hacen que los redomones sean "entregados" en las mejores condiciones; un domador que devuelva un animal "sancochado" en la boca, por ejemplo, ya puede "cambiar de pago".

Su adiestramiento se efectúa también en forma eficaz, dada la manera en que se practican los trabajos en el campo; el aparte en los rodeos y en las yeguas de la hace, al mismo tiempo, vivaces y de buena rienda; también las vueltas repentinas a derecha e izquierda los ejercita en el rápido cambio de mano, siendo ésta una de las condiciones más estimables. A este adiestramiento natural se debe que muchos animales que sin haber sido criados con ese objeto, una vez domados y trabajados demuestran aptitudes convenientes, desempeñándose más tarde en el juego a entera satisfacción. Lo apuntado no se ignora en el extranjero y a ello se debe que en Norte América sea preferido el polo pony argentino, ya domado y practicado en el juego; nosotros, en cambio, de estar colocados a la inversa, seguramente los preferiríamos potros para "hacerlos" a nuestro agrado.

Para ser un buen jugador de polo se requiere, más que gran confianza, poseer un dominio absoluto sobre el caballo; sin incurrir en exageración, puede afirmarse que es necesario sentirse tan seguro como si el jinete se moviera por sus propios medios. Esta seguridad es muy común entre los argentinos que se dedican a este deporte, pues como se trata de un sport sumamente costoso, queda limitado a las personas de holgada posición, las que, en su mayoría, son propietarias de establecimientos rurales, las que, en razón de la índole de sus trabajos, adquieren una casi familiaridad con el caballo, y de ahí su destreza y dominio sobre el mismo.

Como lo consignamos, es ésta en el jugador una cualidad básica; sin embargo, no es por sí sola suficiente; se requiere, además, un perfeccionamiento que no se adquiere en esas tareas, sino más bien por medio de una práctica posterior que concilie lo primero con la for-

ma de dirigir el caballo en un partido.

Es muy distinto ser jinete como decimos generalmente a un domador capaz de soportar impasible los más indóviles encabritamientos de la bestia, a ser "hombre de a caballo"; éste, si no tan capaz como aquél para aguantar la innata defensa de un potro ensillado por primera vez, posee, en cambio, una mano suave y segura; corrección en la postura, manera de estribar, forma de estimular a su cabalgadura sin llegar al castigo y muchas otras condiciones indispensables para efectuar un buen juego.

Es muy común entre nosotros hacer caso omiso de este segundo aprendizaje por considerarlo innecesario. Debido a ello es que con demasiada frecuencia observamos que jugadores noveles elevan en tiempo relativamente corto su handicap a 2, 3 y hasta 4 puntos, debido sólo a su pericia como expertos jinetes, para luego quedar estacionados por largas temporadas, estancamiento este que se debe únicamente a la falta de lo que podríamos llamar "equitación superior".

"Otra cosa es con guitarra", diría un paisano que acostumbrado a hacer polo en la estancia, tuviera que "enhorquetarse" aquí sobre montura inglesa sin cojinillo y empuñar cuatro riendas de suela en lugar de dos de cuero crudo, como acostumbraba hacerlo en el campo. El uso del cojinillo y de esta clase de riendas no ha sido abandonado aún por algunos aficionados, y aunque el uso de estas "pilchas" no esté prohibido, llegado el caso podría ser considerado como una marcada ventaja.

Para algunos jugadores escépticos al respecto nos permitimos aconsejarles dar una hojeda aunque más no sea al trabajo publicado por Mr. F. Jackson, titulado "Training the polo pony"; en éste, como en varios otros tratados, se enterarán de cómo no deben escapar a un jugador ciertos detalles que, siendo esenciales en el manejo del caballo, aquí para muchos pasan inadvertidos.

El juego de polo comenzó a practicarse tanto en la América del Norte como en la del Sur casi simultáneamente a

Mr. E. D. Miller, miembro del famoso Rugby team



mediados del siglo XIX, teniendo entonces más aceptación en los Estados Unidos que en nuestro país y su difusión, por lo tanto, fué allí mucho más rápida. Según Mr. Newell Bent, el que introdujo el juego en Norte América en el año 1876 fué Mr. James Gordon Bennet, quien después de observar diversos partidos en Hurlingham (Inglaterra), regresó a su país con una buena remesa de tacos y pelotas, y para cuyos primeros partidos se utilizaron unos petizos traídos del Estado de Texas con ese objeto.

El primer match fué jugado en Nueva York y tuvo lugar en la cancha de la antigua Escuela de Equitación, situada entonces en lo que es hoy la esquina de la calle 39 y Avenida Quinta. En Norte América el polo sufrió más variantes que en el propio país de su origen; los partidos eran formados por ocho jugadores por cada bando, limitándose luego a cinco y en algunas ocasiones se jugaban también partidos de pares y de tres contra tres, como se efectúan aquí los matches de picadero.

No existía la limitación de tiempo y es así como, en uno de los partidos jugados en Buffalo, después de sesenta minutos de juego activo y continuado, no consiguió abrirse el score. Como es natural, esta manera de desarrollarse el juego redundaba en perjuicio de los petizos, por lo que más tarde se resolvió la limitación de los tiempos, y al modificar los reglamentos suprimiéndose la regla de "off-side", como también la prohibición de enganchar los tacos y los tiros de revés ("back-handed strokes").

Este juego fué diseminándose rápidamente por todos los Estados, hasta llegar a constituir los teams más temibles en los partidos internacionales; "Los cuatro ases", team combinado, fué considerado como imbatible durante algún tiempo. Teodoro Roosevelt, aunque no muy hábil, fué uno de los más entusiastas cultores del polo en su país.

Hacer una historia completa del polo en la Argentina, la que, a no dudarlo, resultaría interesante, escapa a tan reducido espacio; por ello nos concretaremos a consignar que uno de los primeros jugadores fué el señor Sheeman, quien con sus amigos lo practicaba en su estancia El Negrete, allá por el año 1877; más que polo parecía aquello un juego de hockey a caballo, tan recio y peligroso resultaba.

El polo, juego inglés puede decirse, continuó desde entonces practicándose aquí entre ingleses exclusivamente; los clubs que se fueron formando, entre los cuales el de mayor importancia fué el actual Hurlingham Club, tuvieron sus puertas cerradas — salvo raras excepciones — para quienes no fueran súbditos de aquella nación. Una posterior liberalidad las abrió para los hijos del país, los que bien pronto dieron muestras de su capacidad.

Hoy existen varios clubs de importancia en los alrededores de la Capital, con sus canchas

(Continúa en la pág. 41)



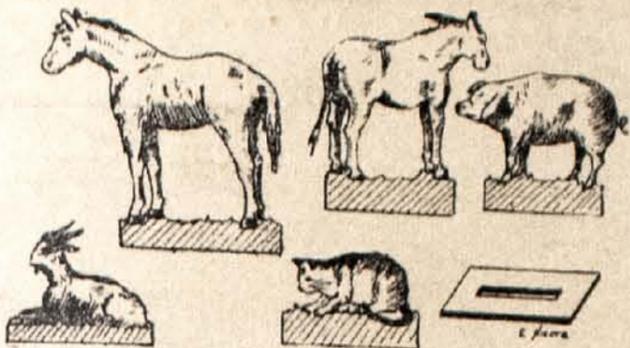


EL FEMINISMO AVANZA

Dibujos de GEO McMANUS



COMO SE HACE UN JUGUETE SENCILLO



Continuemos con nuestro pequeño Jardín zoológico. Copiad sobre cartón o madera, los modelos aquí dibujados. Recortadlos y coloreadlos luego al lápiz, acuarela, óleo, ripolin o esmalte. Cada uno de los animales dispone sobre un rectángulo de madera, en el que habréis practicado una hendidura lo suficiente larga y ancha como para que pueda caber y quedar ajustada la aleta sombreada que presenta cada uno de los dibujos.

UN SUEÑO DE LUIS XV

LUIS XV, Rey de Francia, tuvo un día un sueño muy extraño en que vió cuatro gatos, uno gordo, otro flaco, uno tuerto y otro ciego, que estaban peleándose.

Este sueño impresionó mucho al Rey, que se despertó tan preocupado, que el primer valet se creyó en la obligación de preguntarle la causa de su mutismo y de su meditación.

No hay gran hombre para su valet, dice el proverbio, y en este caso tuvo razón, pues el Rey no se hizo rogar y le refirió lo que había soñado.

El valet le escuchó atentamente y luego dijo:

—Si Su Majestad lo desea, yo puedo darle la explicación de ese sueño.

Ante el signo de asentimiento de Luis XV, el hombre continuó:

—¿No me reprochará Su Majestad el haber faltado al respeto que debo a su augusta persona?

—Habla, te digo — replicó el Rey.

—Pues bien — respondió el valet —. El gato flaco es vuestro pueblo.

—¿Ah! — exclamó Luis.

—El gato gordo representa a los que se ocupan de las finanzas.

—Está bien visto — dijo el Rey sonriendo.

—El gato tuerto, es vuestro consejo de ministros.

—Bien puede ser que tengas

“EL PRISIONERO DE CHILLON”

(Continuación de la pág. 9)

torres almenadas levantándose en un paisaje de idilio, había suspirado endechas de amor y de nostalgia para Augusta, a quien no se resignaba a perder del todo. Y en las mismas orillas del Lemán, no puede olvidar que allí vivió Voltaire. Acaba de visitar a la espiritual castellana de Coppet, Mme. de Staël, rinde su tributo de fervor al dulce Clarendon y evoca, con trazo duradero, al enamorado solitario, acechado por la locura, cuyos escritos iban a precipitar el curso de los acontecimientos más trágicos de la historia. Y, al final del canto, vuelve su pensamiento hacia su hija en la cuna, como si buscara en ella a una Antígona y llama sobre ella las bendiciones del cielo.

Byron estaba en plena ebullición creadora. En un recodo del lago, donde la montaña abrupta domina casi perpendicularmente las aguas, se levanta el sombrío castillo de Chillon, fortaleza de los tiempos medios, construida, en el siglo XI, por los duques de Saboya. En el fondo de siniestra mazmorra, situada debajo de la superficie del lago, Bonivard, su enemigo político, fué sepultado vivo, durante seis años. Shelley y Byron, como lo recuerda de paso André Maurois, salieron profundamente impresionados de su visita al lúgubre “monumento de la tiranía espantosa del hombre sobre sus semejantes”. Byron grabó su nombre en una de las columnas de la cárcel de Bonivard. Y el patriota ginebrino quedó inmortalizado en el “Prisionero de Chillon”, poema que Byron escribió en dos días, imprimiéndole la garra del genio. En un próximo capítulo estudiaremos esa obra netamente byroniana, impregnada de su personalidad y donde el espíritu de hosca independencia de los cantones helvéticos, respirado por Byron en su contorno nativo, ha encontrado un símbolo perenne. Apreciado en junio de 1816, “El prisionero de Chillon” se intercala por modo natural en el canto III de que hemos venido discutiendo.

LECTURAS INFANTILES

razón, pero, ¿y el cuarto? ¿Quién es el cuarto?

El valet no respondió, limitándose a rascarse la cabeza, pero ante la insistencia del monarca se armó de valor y respondió:

—El cuarto gato, el ciego, es Vuestra Majestad, que no quiere ver lo que pasa.

Ante semejante impertinencia Luis XV enrojeció y estuvo a punto de enojarse, pero recuperando su sangre fría, respondió:

—¿Cómo quieres que las cosas anden bien en un país en que los valets se permiten dar lecciones a los soberanos? ¿Ocupate de tus asuntos, inútil! Me has atado mal las cintas de mis zapatos. ¿No sabes hacer ni eso, y pretendes regentar a un Rey? Rey?

La historia no dice si el valet haya insistido en sus profecías.

EL CAMALEON

LA propiedad de cambiar de colores se encuentra, aunque en diferentes grados, en las ranas y en varios reptiles. Pero el animal más conocido desde este punto de vista, es un reptil, pariente cercano de los lagartos, llamado camaleón, al que no se deja de comparar a todo lo que cambia de color. Por lo general el camaleón adquiere un color claro cuando está en la obscuridad y un color obscuro cuando está en plena luz. Paul Bert, que ha estudiado particularmente este animal, ha demostrado que su piel se compone de dos capas diferentes, una superficial de color amarillo pálido, y otra más profunda marrón y negra. Ha demostrado igualmente que los cambios de color del camaleón son debidos al poder de la luz: estando un camaleón en reposo, se interpone entre él y el sol una hoja de

cartón, en la que se ha practicado unos agujeros desiguales. Después de cierto tiempo se retira esta hoja y se puede ver sobre la piel del camaleón, los agujeros del cartón reproducidos en un tono más obscuro, por ser los que han sido expuestos a la luz.

DANZA DE LOS ANIMALES

ENTRE los rupícolas o gallo de las rocas es posible observar deportes de carácter coreográfico. Hudson ha observado que ellos se proporcionan una sala de baile al aire libre, la que consiste en un terreno liso, pastoso, rodeado de arbustos y cuidadosamente limpio de piedras que pudieran incomodar las evoluciones del bailarín emplumado. Estas aves se reúnen en ese espacio bajo circunstancias que se desconocen aún. Por cualquier causa que sea, cuando la reunión está en su apogeo, un macho de plumaje y copete color naranja, se adelanta hacia el centro de este espacio libre y con sus alas desplegadas y la cola caída, empieza una serie de movimientos análogos a los de un minuet. Poco a poco el animal se excita, y animándose cada vez más, salta dando vueltas de la manera más extravagante. Pronto se retira extenuado y de actor se convierte en espectador, mientras uno de sus camaradas ocupa su lugar.

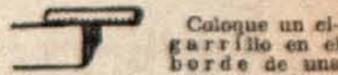
UNA MAESTRA HEROICA

EL pueblo entero de White Hill, del Estado de Illinois, en los Estados Unidos, se reunió los otros días para honrar la memoria de una heroica maestra de escuela, llamada Ana Luisa Kellar.

Hace dos años un ciclón azotó esa comarca. Luisa se encontraba dictando su clase a 22 niños, cuando comprendió la angustiosa situación. El huracán se hacía cada vez más intenso y ella comprendió que la casa, hecha de pobre material, no po-

COMO HACERSE PRESTIDIGITADOR

El cigarrillo movedizo



Coloque un cigarrillo en el borde de una



mesa. Acérquelo luego una lapicera de depósito y verá que el cigarrillo se inclina hacia ella.

El secreto consiste en frotar la lapicera anteriormente contra la manga de su saco. La



electricidad que se producirá de este modo bastará para atraer al cigarrillo.

dría resistir la fuerza del viento. Ordenó entonces a los niños que se ocultaran debajo de sus pupitres, agarrándose bien de ellos, y con palabras tranquilizadoras y guardando una calma aparente, consiguió que ellos se mantuvieran en su lugar.

De repente el techo del colegio voló y una pared, al desplomarse, aplastó a la desgraciada Luisa, que murió en el acto. Cuando pasado el ciclón, vinieron a socorrerlos, encontraron a todos los niños que no habían abandonado aún su puesto debajo de los pupitres, espantados al ver a su maestra tendida en el suelo.

LOS PETISOS Y EL JUEGO DE POLO

(Continuación de la pág. 39)

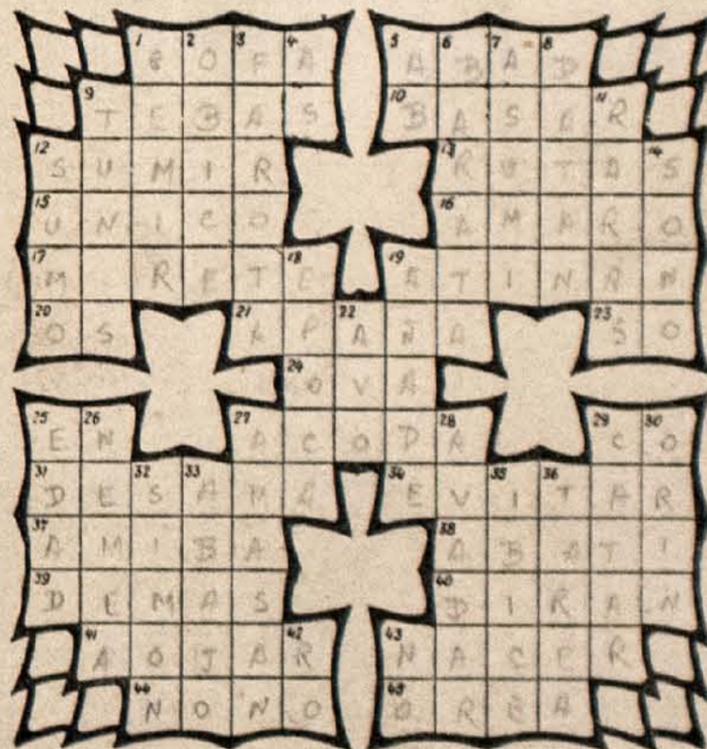
propias en las que se efectúan partidos periódicamente. También se hace polo en varias localidades más retiradas de Buenos Aires, como, asimismo, en la mayoría de las provincias, todo lo cual demuestra la gran difusión de este juego entre nosotros desde diez años a esta parte.

No hay duda que por las noticias llegadas al extranjero de los partidos jugados en ésta, como asimismo de los que más tarde se realizaban con teams de varias naciones de Europa y Norte América, resultando triunfantes en la mayoría de los casos, por más que nuestros representantes fueran argentinos eran considerados como ingleses dado el apellido de los más. Este casi prejuicio ha ido desapareciendo, pues a los Lacey, Harrington, Macdonald, Nelson, Kenny y tantos otros, en la actualidad los acompañan los Andrada, Reynal, Uranga, Ceballos, Martínez de Hoz, Oliveira César, Peña, Sintas, del Campo, etc., los que, con su acción encomiable han colocado este deporte en un lugar de preferencia. Baste para ello recordar la última jornada en Norte América, donde supieron convertir a diez y seis partidos jugados en otros tantos triunfos.

El ejército también ha contribuido a su difusión; continuamente se realizan partidos entre las distintas unidades, desarrollándose un juego correcto. Se distinguen entre ellos, en primer término, el mayor Enrique Padilla, componente del team argentino vencedor en los juegos olímpicos, como también el teniente coronel Samuel A. Casares, el mayor Juan González Arribau; el capitán Germán Gutiérrez, teniente primero Manuel G. Molinuevo, teniente Pedro A. Fox, subteniente Federico Peró y muchos otros.

De no ser, como hemos dicho, tan costoso este deporte, su difusión hubiera sido mucho mayor; actualmente se lo juega hasta en las estancias, donde constituye para las peonadas una de las mayores diversiones en los días feriados.

PROBLEMAS DE PALABRAS CRUZADAS



- 41. Hacer mal de ojo.
- 43. Empezar a salir un vegetal de su semilla.
- 44. Noveno.
- 45. Da el viento en una cosa, refrescándola.

Verticales

- 1. Expresar con sonido y voz lastimera, la pena y dolor que aflige el corazón.
- 2. Obstáculo, estorbo, impedimento.
- 3. Familiarmente, mujer descarada y sin juicio.
- 4. Carta de la baraja.
- 5. Preposición inseparable que denota separación, intensidad o exceso de acción.
- 6. Trueque, cambio.
- 7. Atraje a mí, tomé para mí.
- 8. Techar.
- 11. Extrañas, poco comunes en su clase.
- 12. Jugo.
- 14. Hizo o causó ruido una cosa.
- 15. Temporada de considerable duración.
- 19. Agrega, incorpora una cosa a otra.
- 22. Terminación que se añade a los números cardinales para significar las partes en que se ha dividido una unidad.
- 25. Cada uno de los períodos en que se considera dividida la vida humana.
- 26. Pequeña comarca de la Argólida, donde, según la fábula, comedia los mayores estragos el león que mató Hércules.
- 27. Figurada y familiarmente, disponen bien las cosas para el logro de lo que se intenta.
- 28. Menguar los ríos y arroyos tanto, que se puedan vadear.
- 29. Probar, gustar alguna cosa para examinar su sabor o sazón.
- 30. Óxido rojizo que se forma en la superficie del hierro por la acción del aire húmedo.
- 32. Nombre de varón.
- 33. Hacia lugar o parte inferior.
- 35. Cabra montés.
- 36. Cualquiera obra o trabajo que se realiza en un momento.
- 42. Emplear, repetir o hacer arrullar a los niños.
- 43. Adverbio de negación.

REFERENCIAS

- Horizontales
- 1. Necla, ignorante, grosera.
- 5. Título que llevan los superiores de los monasterios.
- 9. Ciudad del Egipto antiguo, una de las más célebres de la antigüedad.
- 10. Fundar, apoyar.
- 12. Hundir o meter debajo de la tierra o del agua.
- 13. Caminos, rumbos, derrotas de un viaje.
- 15. Solo y sin otro de su especie.
- 16. Planta labiada, de flores de olor nauseabundo, que se usa como tónico para las úlceras.
- 17. Circulo de cuero que los guarnicioneros ponen debajo de las cabezas de los clavos, o para tapan los remaches de los mismos.
- 18. Acertar una cosa por conjeturas.
- 20. Dativo y acusativo del pronombre personal vosotros.
- 21. Recogen y guardan alguna cosa.
- 23. Preposición inseparable que indica bajo o debajo de.
- 24. Alga filamentosas de las aguas corrientes o estancadas.
- 25. Indica lugar, tiempo o modo.
- 27. Mete debajo de tierra el vástago de una planta sin separarlo del tronco, para que, echando raíces, forme otra nueva planta.
- 29. Preposición inseparable que denota unión o compañía.
- 31. Aborrece, quiere mal.
- 34. Excusar, huir de incurrir en algo.
- 37. Protozoo microscópico provisto de síndopos que le sirven para moverse.
- 38. Derribé, derroqué, eché por tierra.
- 39. Precedido de la preposición por, forma un modo adverbial que significa en vano, inútilmente.
- 40. Expresarían con palabras su pensamiento.

BETTY

por C.A.Voight

© 1929 N. Y. TRIBUNE, INC.

CUESTION DE BIGOTES

(DERECHOS EXCLUSIVOS PARA LA ARGENTINA ADQUIRIDOS POR "LA NACION". CUALQUIERA OTRA REPRODUCCION DE ESTA HISTORIETA EN NUESTRO PAIS DEBE CONSIDERARSE ILEGITIMA)



LA NACION

COLUMNAS

CLASIFICADAS

COMPRA-VENTA E HIPOTECAS

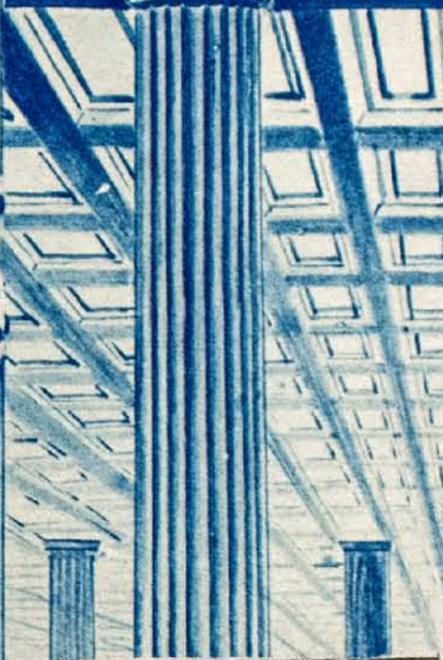
VENTA DE AUTOMOVILES, MAQUINAS, ETC.

SERVICIO DOMESTICO, EMPLEADOS, ETC.

PROFESORES Y PROFESIONALES

ALQUILER DE CASAS, DPTOS, PIEZAS, ETC.

COMPRA-VENTA DE OBJETOS DIVERSOS



"El centenario de un gran historiad. Fustel de Coulanges", por Celestin Bouglie Pág. 11
 "La mujer en la obra de Wells", por Ana Maria Benito Pág. 12
 "Los argentinos según Ortega y Gasset", por Manuel Gálvez (caricatura de Fresno) Pág. 14
 "El teatro, el cinematógrafo y la guerra. Sigfrido espectador", por Corpus Barga Págs. 15 y 16
 "La verdad acerca de Rodolfo Valentino", por Natacha Rambova. Página 17
 "Film" social Pág. 19
 Variedades gráficas Pág. 20
 Cuatro preguntas a Hilda Moreno. Página 21
 Actualidades extranjeras Pág. 22
 Notas de arte Pág. 24
 Instantáneas Pág. 25
 Variedades gráficas Pág. 26
 Kodak teatral Pág. 27
 Sport extranjero Pág. 29
 "La elegancia femenina. Los tapados de piel" (dibujos de Pierre Fossey) Pág. 28
 "Mi vida. El regreso a Rusia", por León Trotzki (ilustración de Pedro Delucchi) Pág. 31
 "Cara de Cristo" (cuento), por J. Miranda Klix (ilustración de Luis Macaya) Págs. 32 y 33
 "Horas de la historia. El príncipe que fué mendigo. La vida novelada de Sir Basil Zaharoff", por Rodrigo Soriano Pág. 34
 "Máscara blanca. La extraña filosofía del profesor Mason", por Edgar Wallace (ilustración de Luis Macaya) Pág. 35
 "Bridge vulnerable", por León Casabal Pág. 36
 "El espectáculo de la "season" en Londres", por Lucio Walker Leigh. Página 37
 "Los petizos y el juego de polo", por José Luis Domínguez Pág. 39
 "El novio de Rosita. El feminismo avanza" (historietas cómicas), por Geo McManus Pág. 40
 Lecturas infantiles. Palabras cruzadas. Entretenimientos. Pág. 41
 "Betty. Cuestión de bigotes" (historieta cómica), por C. A. Voight. Página 42

REVISTA DE "LA NACION"

"El vestido nuevo" (carátula en colores), por Rafael de Penagos. Página 1
 "Un casamiento de conveniencia" (novela corta), por W. Somerset Maughan (ilustración de Alejandro Sirio) Págs. 3, 4 y 5
 "Alfonso Castelao, dibujante y escritor humorista", por Eduardo Blanco Amor (dibujos de Castelao) Págs. 6 y 7
 "La mujer de agua" (cuento), por Horacio Schiavo (ilustración de Bartolomé Mirabelli) Pág. 8
 "El prisionero de Chillón", por Héctor Díaz Leguizamón Pág. 9
 "Byron" (versos), por Ernesto Mario Barreda (Dibujo de George Henry Harlow) Pág. 9
 "Aspectos del viejo Buenos Aires. Los primeros cinematógrafos", por Julio A. Quesada Pág. 10



Debajo de estas columnas funciona continuamente un mercado enorme en donde se llenan las múltiples necesidades de la vida diaria.

Visite Vd. este mercado leyendo y utilizando estos avisos y seguramente obtendrá su propósito.

Puede colocar su aviso en ellas telefónicamente llamando a Avenida 1001. Nosotros lo publicamos y más tarde mandaremos el cobrador.



LE SANCY

Espuma de Flores

35
centavos



Perfumeria
Dubarry